

ARCHIVO 21



ENSAYO O
ESCRITO LIBRE

Aa

21



POESÍA



UNA PALABRA

DIBUJO E
ILUSTRACIÓN



Raíces mágicas que no se sueltan

2



Wendy Irazú Ruiz Hernández

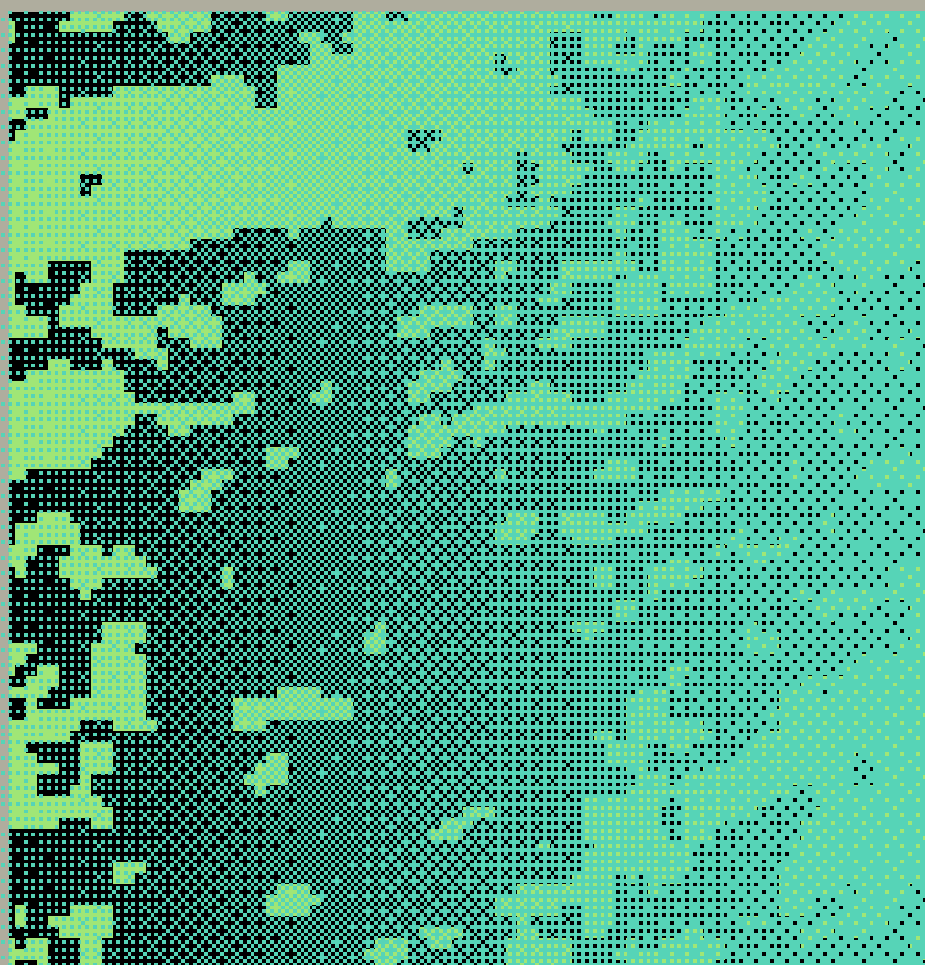
Vivo en un México que se mueve más rápido de lo que puedo entenderlo. Crecí con la sensación de que nada está garantizado: ni el trabajo, ni la estabilidad, ni siquiera el futuro que nos prometieron cuando éramos niños. Mi generación ha vivido con incertidumbre desde que tengo memoria, y muchas veces esa incertidumbre se compara, casi como si fuera una competencia, con lo que vivieron nuestros padres o abuelos. Pero yo prefiero verlo de otra manera: no como una comparación que nos hace perder, sino como una prueba de cuánto hemos avanzado.

Pienso en mi mamá, en mis abuelas, en mis tías. Ninguna de ellas pudo estudiar más allá de la secundaria o la preparatoria. No porque no quisieran, sino porque el México en el que crecieron no les dio esa posibilidad. Hoy yo estoy a punto de terminar una carrera universitaria, y eso, para mí, es una forma de justicia histórica. Cada mujer de mi generación que llega a un salón de clases, que termina una carrera, que ocupa un espacio que antes le fue negado, está cerrando una herida que empezó generaciones atrás. Ese es el México que ya estamos construyendo, aunque a veces no lo veamos con claridad.

Y sin embargo, no todo está resuelto. Seguimos discutiendo, todavía hoy, si nuestro cuerpo nos pertenece, si nuestras decisiones son nuestras, si merecemos los mismos derechos que cualquier otra persona. Me parece increíble que, después de tanto avance, sigamos teniendo que defender lo más básico: el derecho a decidir sobre nosotras mismas. Quiero un México donde eso deje de ser una conversación pendiente y se convierta, de una vez, en un hecho.

También pienso mucho en cómo mi generación se relaciona con la tecnología. Nos dicen que somos la generación de las redes sociales, de los influencers, de las pantallas, y es cierto. Pero no creo que eso sea necesariamente malo: la tecnología nos ha dado herramientas de comunicación que antes no existían, formas de organizarnos, de informarnos, de encontrarnos entre quienes pensamos distinto pero queremos lo mismo. El problema no es la tecnología, sino el punto en el que dejamos que nos automatice, en el que dejamos de estar presentes en nuestra propia vida por estar mirando una pantalla. Quiero que mi generación aprenda a usar estas herramientas sin perderse en ellas, a comunicarnos sin dejar de vivir el presente.

El México que quiero también es uno que cuide lo que tiene. Tenemos una biodiversidad enorme, paisajes y ecosistemas que no existen en ningún otro lugar del mundo, y muchas veces no los valoramos hasta que empiezan a desaparecer. Quiero que las generaciones que vengan después de nosotros puedan conocer el mismo México que conocieron nuestros ancestros: sus bosques, sus costas, sus

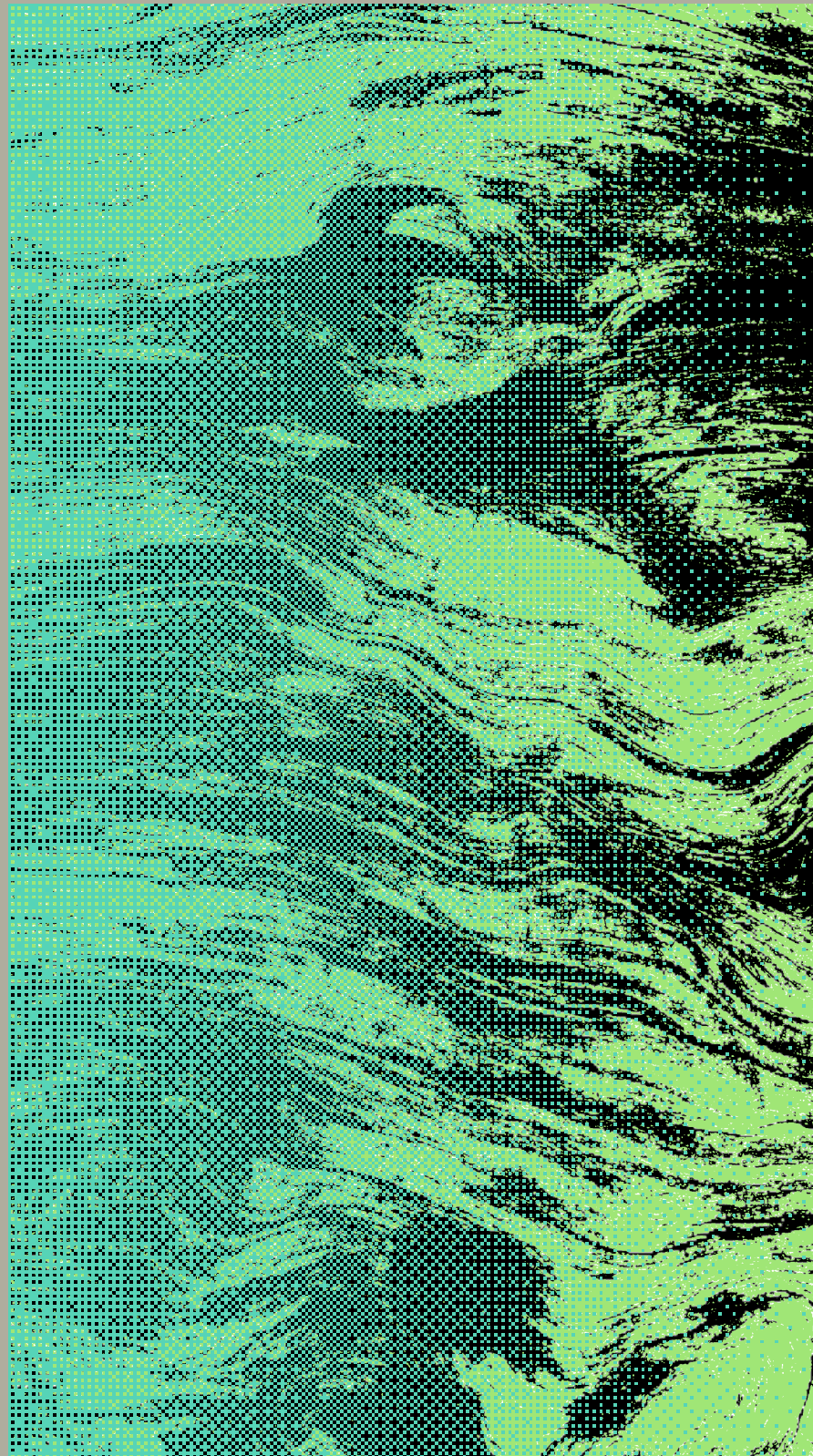




desiertos, su gente. Cuidar el ambiente no es un tema aparte de construir un mejor país, es parte de lo mismo.

Y, sobre todo, el México que quiero es uno que no pierda sus raíces. Amo este país de una manera que a veces no sé explicar del todo. Amo su comida, sus tradiciones, sus colores, la manera en que cada región tiene su propia forma de celebrar la vida. Amo que, a pesar de la incertidumbre, sigamos siendo un país que canta, que cocina, que se junta, que resiste. Quiero que mi generación siga transformando a México sin dejar de ser mexicana en el sentido más profundo: sin dejar de honrar lo que nuestros abuelos nos heredaron.

No sé si el futuro que imagino llegará exactamente como lo pienso. Pero sé que quiero un México donde ser mujer no sea una limitante sino una fuerza, donde la tecnología nos conecte en lugar de aislarnos, donde la naturaleza se respete tanto como se ama, y donde nuestras raíces sigan siendo el lugar al que siempre podamos volver. Ese es el México que estoy dispuesta a ayudar a construir: uno hecho de memoria, de presente y de esperanza.





Cuando era niño, el espíritu de la generación de mis padres, entrando al siglo del internet, podría decirse que era una de esas cosas que hacían creer que este siglo sería sencillo para todas las generaciones siguientes.

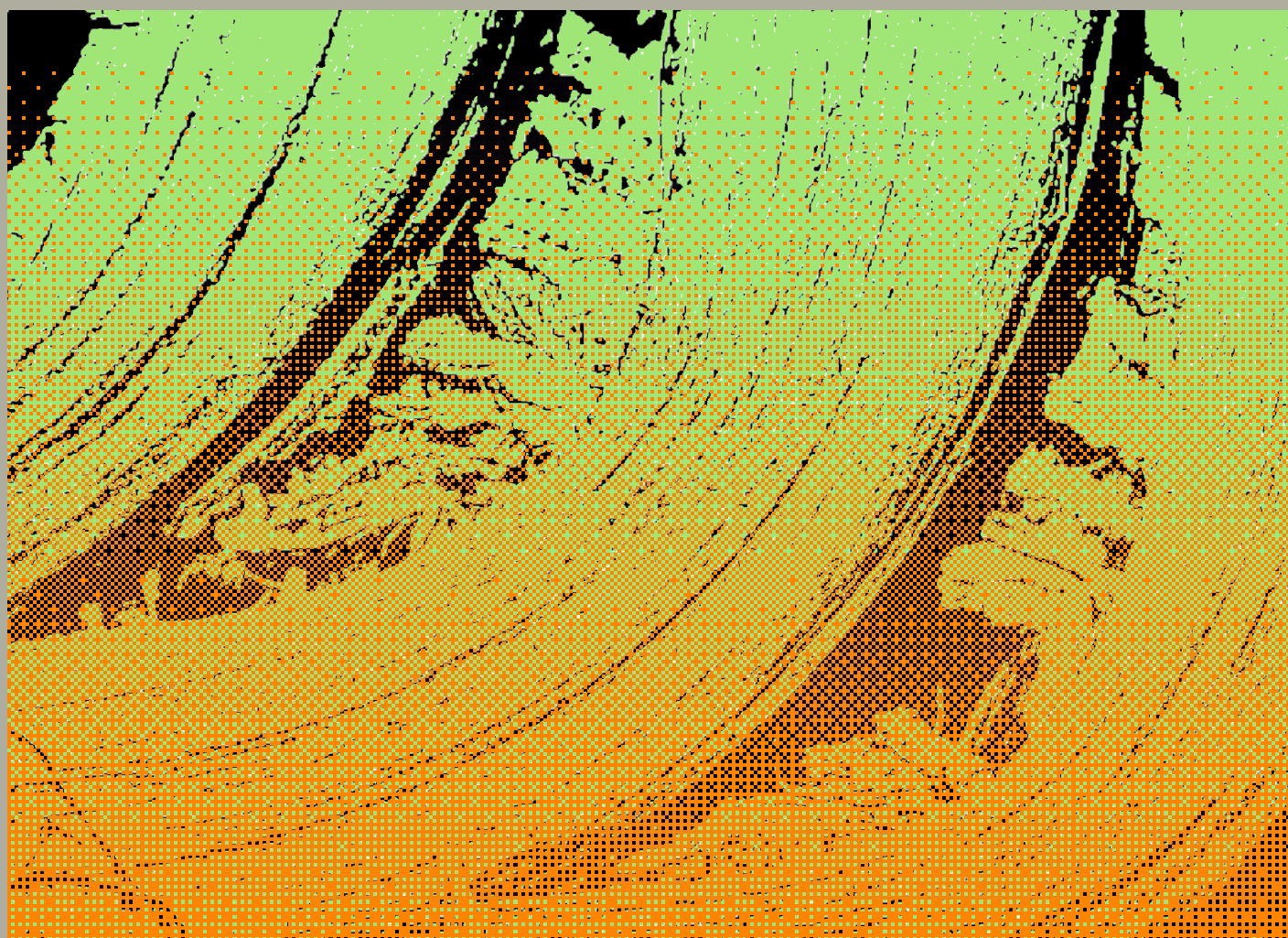
Lo cierto es que la generación Z es complicada (iniciando porque ni siquiera sé dónde empieza y dónde termina), pero a mí me gusta definirla como la generación que aprendió a leer al mismo tiempo que aprendió a usar internet. Dicho eso, creo que ya estamos todos en la misma página.

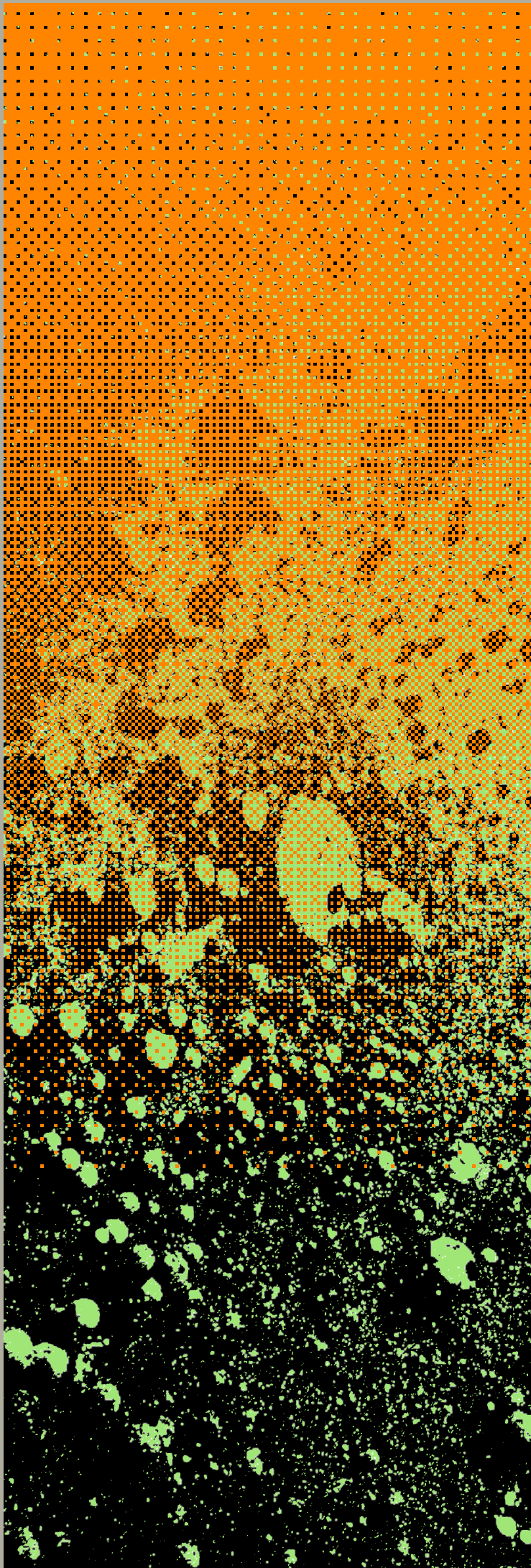
Hace un tiempo me dijeron que mi generación ya no está enterada de nada, ni de lo que ocurre en el mundo ni de nada de la vida, según. En su momento no sabía en qué sentido lo decían. Porque, considerando que la generación Z es la que más tiempo consume internet y más contenido ve, cualquier evento internacional, comunicado o polémica que aparece en las noticias de la televisión nosotros primero la vimos a través de alguna publicación o meme.

Yo creería que lo mencionaban porque quizá esa inmediatez nos permite anticipar la incertidumbre: todo lo sabemos y todo nos inunda con rapidez tras cinco minutos haciendo *scroll*. Sin embargo, ya sea por la falta de atención o por la pérdida de importancia que adquieren las cosas cuando todo sucede al mismo tiempo, pareciera que la información ha dejado de informarnos.

Quizá tanta información termina generando una especie de indiferencia. Lo noto porque en ocasiones parece que solo importa aquello que afecta directamente mi vida y, cuando no se puede cambiar, es más sencillo ignorarlo. Sospecho que ese es un sentir que varios de los Z's compartimos.

En mi caso, a menudo viene a mi cabeza la idea de que mis padres, a mi edad, tenían mucha más certeza sobre sus vidas. Ellos ya tenían una casa, un auto y mi padre un trabajo estable que incluso iba a otorgarle una plaza definitiva, porque era una institución que, en su momento, necesitaba a muchos profesionistas de cualquier nivel.





Ahora, lo que más preocupa a mis padres es pertenecer a la primera generación sin pensión. Por eso, a veces pienso que yo pertenezco a una generación que ya no solo no tendrá pensión, sino que tampoco tiene trabajo estable y mucho menos una casa propia.

Y aunque en mi caso la idea de independizarme me resulta tentadora, también tiene algo de profundamente desolador. Independizarme implicaría dejar de estudiar; por eso prefiero seguir dependiendo de mis padres para poder continuar mi formación y conservar un trabajo con el que apenas me alcanza para comprar las cosas que me gustan, pero que está muy lejos de ser suficiente para costear una vida independiente.

Y, paradójicamente, ese mismo trabajo termina siendo indispensable. Sin él no podría adquirir la experiencia que necesito para aspirar a esos empleos que, a su vez, exigen más experiencia y ofrecen un salario que permita, al menos, rentar un departamento o incluso un cuarto.

Por eso, la idea de formar una familia me parece cada vez más un lujo en lugar de una realidad que algún día pueda experimentar. Por esa razón me pareció curioso ver hace unos días una noticia de una nota que decía algo como: “Los Mexicanos de generación Z ya no quieren tener hijos” o “La generación Z es la que menos alcohol bebe”. Yo les respondería que la razón detrás es simplemente que somos una generación que tiene que competir en todo para poder tener un poco de certidumbre sobre el futuro.

Andrea Aguilar Plata

Qué temor le tienen aquellos a la muerte.
Yo la imploro noche y día.
Cuento los días y las noches, cada instante.
Deseo desvanecerme para volver a mirarte.
Conocernos una vez más.
Andar por los senderos eternos.
Tomados de la mano.
Viviéndonos.

El espejismo de la espera

7

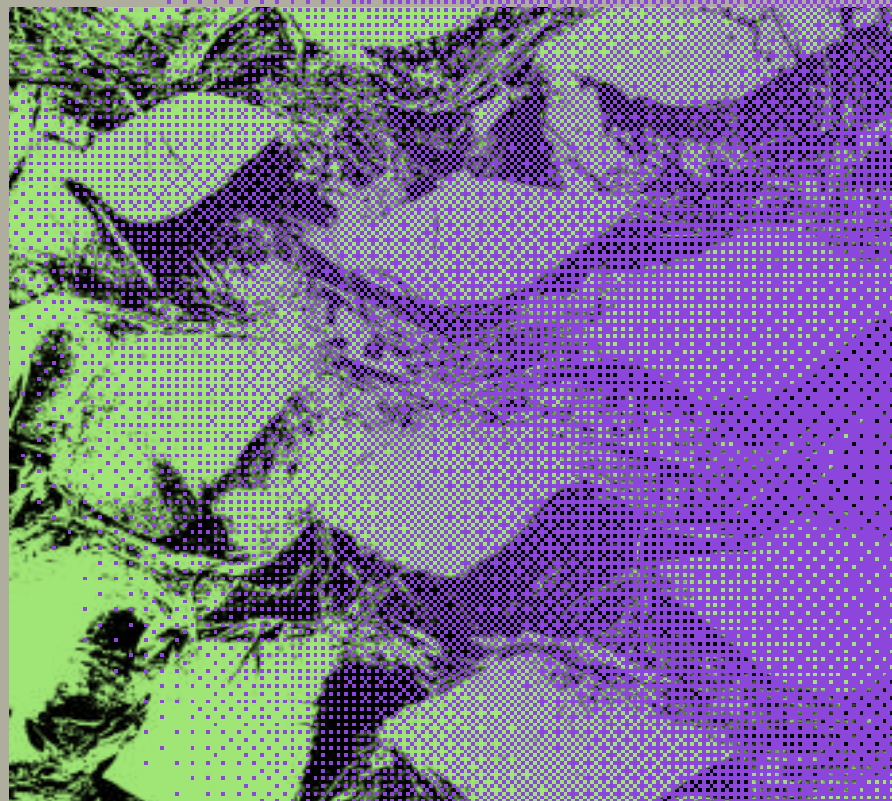


José Luis González Rodríguez

“¡Qué bello porvenir sonreía a la nación independiente! ¡Jamás pueblo alguno, al conquistar su autonomía, se vio en posesión de tantos dones y de tan seguras esperanzas!” Así describe Ignacio Manuel Altamirano a nuestra patria naciente. Una nación joven que apenas comenzaba a escribir su historia, con todo y nada, con la capacidad de su pueblo y la fe de construir un mejor futuro.

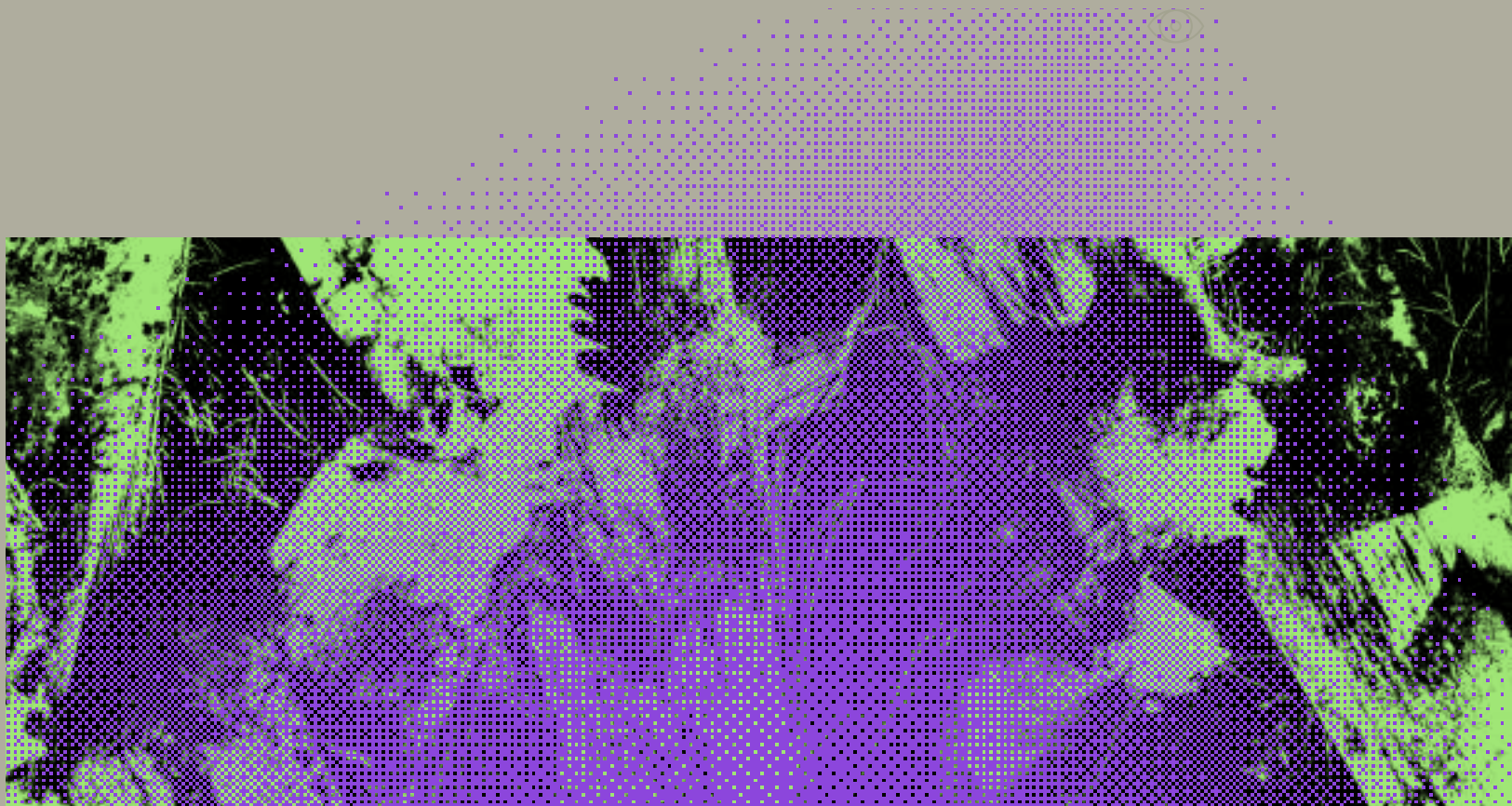
Más de un siglo después, pareciera que parte de esos dones y de esa esperanza desaparecieron. En México, fuera de confiar en nuestra sociedad organizada, aún se espera la llegada de una especie de salvador, sí, de un salvador, como en muchas religiones, culturas y países. Y con salvador me refiero a esa expectativa de que una sola figura política resolverá problemas estructurales, problemas de un país de más de 132 millones de habitantes. Cambia el nombre. Cambia el partido. Cambia la época. Cambia la narrativa. Pero la expectativa sigue ahí: ya llegará el líder que, en un solo sexenio, haga lo que generaciones enteras no han conseguido. El problema no es la idea, el problema es de quienes creen en esa idea, o peor aún, de quienes creen que son ese mismo salvador. Se trata, pues, de un espejismo de nuestra cultura política.

Para estar claros, no niego la importancia del liderazgo, ni mucho menos. De hecho, sostengo que las sociedades necesitan personas capaces de organizar, inspirar y conducir procesos de cambio. Lo complicado viene cuando dejamos de ver a los políticos como servidores públicos y empezamos a convertirlos en figuras casi infalibles. Los colocamos -y se colocan solos- en un pedestal que pare-



ciera imposible que bajen, pero cuando a estos mismos los ciega un curul, una silla, un nombramiento, y no cumplen con las expectativas o simplemente se equivocan, se prefiere justificar sus errores, y quienes los admiran no los dejan caer, he ahí donde emana el error, la mayoría de las veces, las caídas son necesarias, te enseñan.

Paradójicamente, mientras que la sociedad deposita una enorme importancia y grandes expectativas en los políticos, porque se entiende que están en una posición en donde pueden cambiar la realidad de una comunidad, estado o país, cada vez más y más personas se niegan a participar en cualquier actividad política, sobre todo por miedo al rechazo social o “al qué dirán”. Se aplaude que alguien



cambie las cosas, pero se cuestiona a quien decide involucrarse para intentarlo.

Aquí aparece una gran contradicción difícil de ignorar, creemos que la política es el instrumento más poderoso para cambiar las condiciones diarias, la realidad de las personas, pero al mismo tiempo desalentamos la participación ciudadana en ella. Es decir, ¿Esperamos gobiernos extraordinarios sin construir una ciudadanía igualmente comprometida? al parecer, consideramos la política demasiado importante como para ignorarla, pero demasiado desprestigiada como para participar en ella.

La historia nos ha demostrado que las grandes transformaciones de nuestro país, rara vez o nunca han sido obra de una sola persona. Detrás de cada reforma importante, conquista de derechos o avances en materia democrática, siempre ha

existido una suma de voluntades. Asimismo, frecuentemente existen líderes en estos cambios, los cuales ayudan a acelerar procesos, organizar esfuerzos, representar causas, aun así, ninguno de estos cambios permanece si la sociedad fuera simple espectadora.

Encontremos ese equilibrio. No podemos seguir creyendo en la idea de que una sola persona lo cambiará todo. Quizás, la clave es dejar de buscar salvadores, y empezar a buscar ciudadanos que participen, se cuestionen y propongan, ciudadanos que exijan y que sepan diferenciar el valor de un líder sin convertirlo en culto. No dejemos que la exacerbación de los ánimos llegue al colmo. Hay que involucrarnos más en la política, siempre cuestionando, nunca idealizando, y así un bello porvenir le seguirá sonriendo a esta nación independiente.

José Guillermo Hernández Alemán

Agradezco que me hayas destrozado,
porque me di cuenta que sin tu amor no soy nada,
solo soy materia divagando entre memorias que no me pertenecen.

Agradezco que me hayas destrozado,
porque gracias a ti sangro,
y las almas como la mía pensamos que no tenemos corazón
hasta que lo vemos latir en la ausencia.

Agradezco que me hayas destrozado,
porque aprendí que el amor no se mendiga,
pero sí se llora con dignidad.

Agradezco que me hayas destrozado,
porque ahora sé que el abismo también tiene nombre,
y el tuyo lo pronuncio cada noche sin voz.

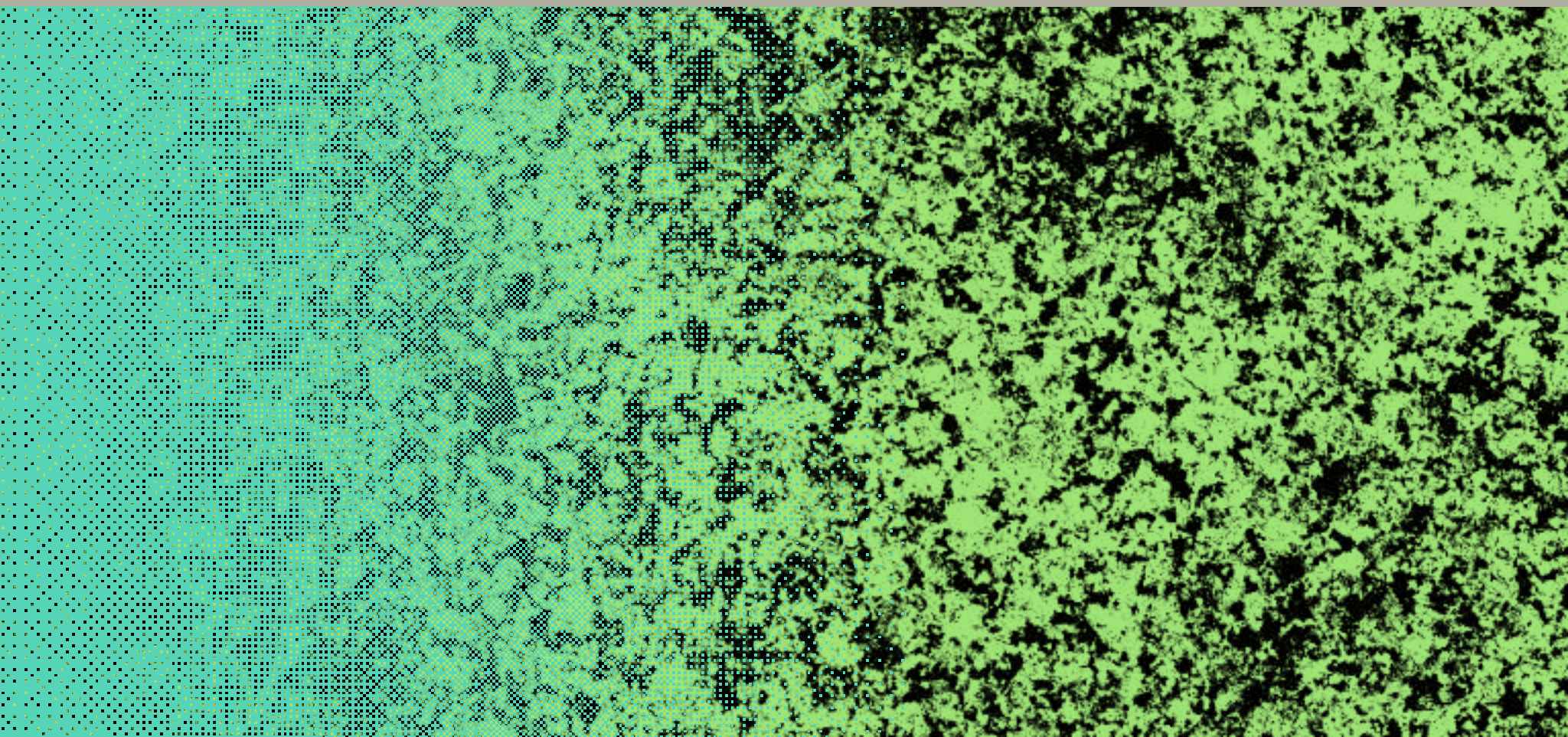
Agradezco que me hayas destrozado,
porque me enseñaste que la belleza puede doler
más que la muerte misma.





Se rompió mi teclado y me quedé sin la tecla “enter”. Es extraño verla ahí, destacando por su forma particular, visible a todo ojo pero inútil. Incluso si pruebo tocarla ... nada ocurre. Qué pesadilla, la imposibilidad del respiro entre ideas. Qué horror, saberme atorado en un solo tema, porque bien sabe el escuincle de primaria que la separación de párrafos se fija de acuerdo con la unidad racional de la idea. Tenía pensado escribir sobre mí: lo que pasó anteayer, la urgencia de mandar un mensaje, la ira que siento hacia ella porque no muestra señal de vida y todo aquello que he comenzado a sofocar por necesidad y necesidad. Pero no puedo. No hay Yo escrito en un papel sin pausas o respiros. El teclado truncado niega la racionalidad de la escritura personal. ¿Quién es él, para negarme expresión clara, honesta y ordenada? ¿Quién es uno cuando no es posible reorganizarse (como si de verdad fuéramos tan complejos) en bloques discretos sobre la página, privados —gracias a Dios— de la permeabilidad que, como moho, colorea las paredes entre el Yo y el afuera? ¿No hay ya tantos signos, tantas pausas gramaticales disponibles al que escribe, que al final el deseo de cambiar de párrafo se vuelve una nimiedad? Y, ¿qué más decir sobre esto? Me he quedado atrapado en el

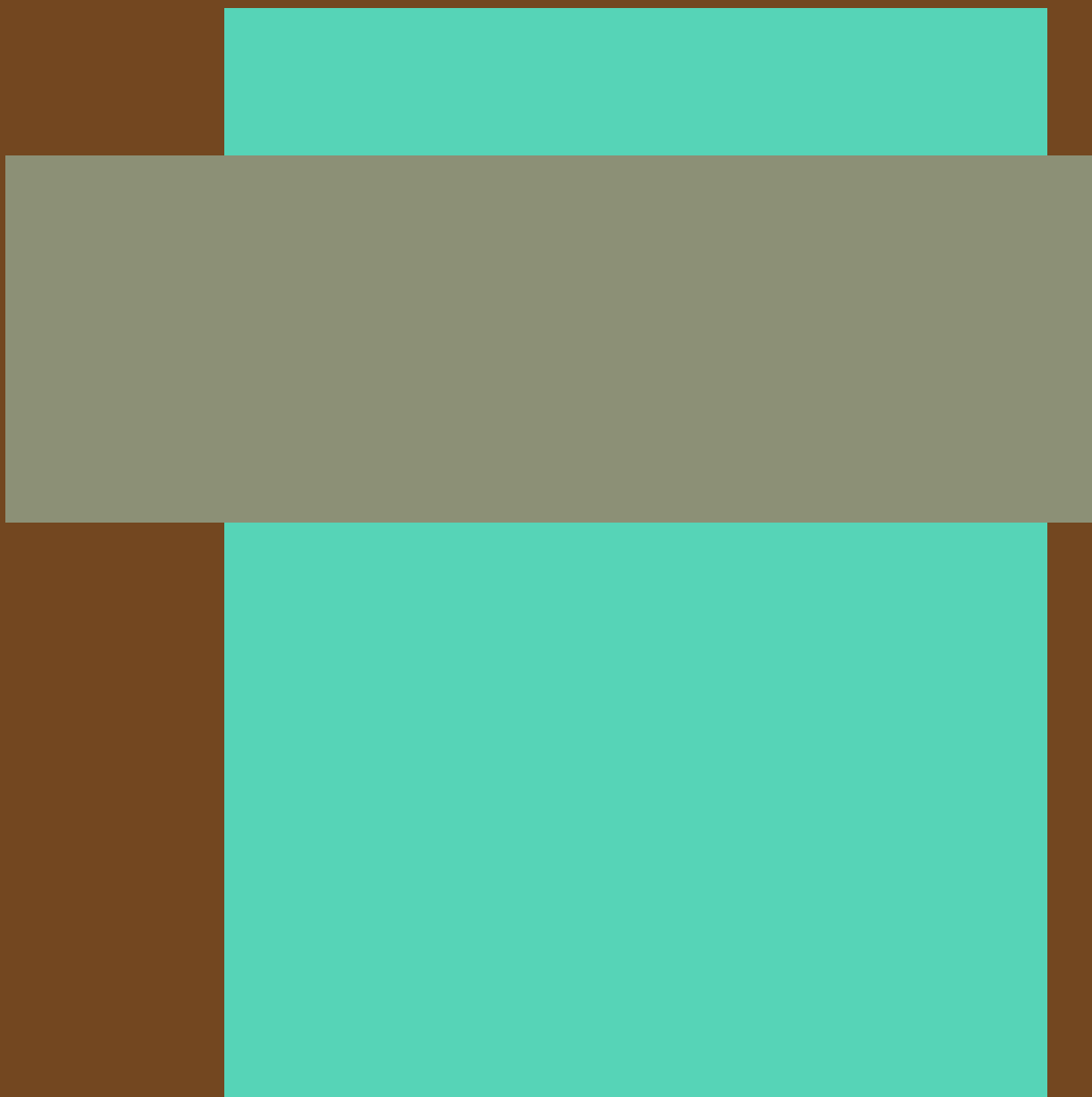
mismo tiempo y tema, incapaz de contarte algo más. Tomé un *post-it* y, deslizando la parte adhesiva por debajo de la tecla descompuesta, intenté retirar cualquier mugre que, por su sola presencia, me obliga a quedarme encerrado en este recuadro de palabras. Verás que he comenzado a usar comas y rayas, pero no me surten el rescate que solicito: son tan sólo pausas de hidratación que, por su sola aparición, me exigen un regreso a la misma idea, a concluir la oración en el mismo lugar en el que la inicié, si bien ligeramente alterado. Esos símbolos únicamente me permiten un cambio efímero, un cambio de carril. Ahora necesito un cambio más brusco; me urge una separación entre el párrafo de ahora y el siguiente. El final me resultaría más claro si pudiera descansar, repensar y virar por completo. ¿En dónde acabaré? Escribiré párrafos en documentos distintos, conectados por un hilo conductor invisible. Me repartiré en páginas, no en párrafos. No conseguiré la división clara que me proporcionarían los compartimentos tan cuadrados, tan contabilizados —catorce renglones por párrafo me parece ahora una exageración—, pero, si me buscas bien, me verás redactado en miles de documentos distintos, impresos y pegados en las paredes de mi habitación.



Ana Saraí Martínez Hernández

En el conocimiento, de que para todo hay tiempo,
en donde la plenitud de la juventud,
no hay nada oculto de nuestros ojos,
no somos indiferentes, somos resilientes,
¿Quién dirá que somos frágiles?
¿cómo ser libres?
¿No hay quien se quiebre?
el brillo no es resplandeciente no hay en quien esperar.
¡oh, divina juventud!
Expresa con fuerza,
la valentía es mi coraza,
mi voz podrás escuchar,
grita por aquel que se encuentra abatido,
Ten valor y fuerza, ¿qué gran sentido!,
ante tanta perversidad,
somos quienes en realidad
lo enfrentamos con la verdad.
¡oh, divina juventud!
canta y expresa,
rompe barreras y crea,
firmeza al hablar con libertad,
en medio de la dificultad,
paz, es lo que anhela mi corazón,
pero debo actuar desde la razón.
¡oh, juventud mía!

la virtud es el arte de la sabiduría,
¡hasta dónde te llevará tú perseverancia!,
entrégate a la disciplina
para la realización de tus sueños,
clamemos por justicia, y
nunca te canses de hacer el bien,
porque la recompensa vendrá,
para alguien que es humilde y valiente,
en el corazón justo de un joven.





Historia, memoria y poder: reflexiones sobre el discurso político

Octavio Jaret Hernández Dávila

La historia nunca permanece únicamente en los libros o en las aulas; por el contrario, forma parte de la vida política y social de los países. Cada gobierno, partido político o líder construye narrativas sobre el pasado con el propósito de explicar el presente y convencer a la sociedad de que su proyecto representa el camino correcto.

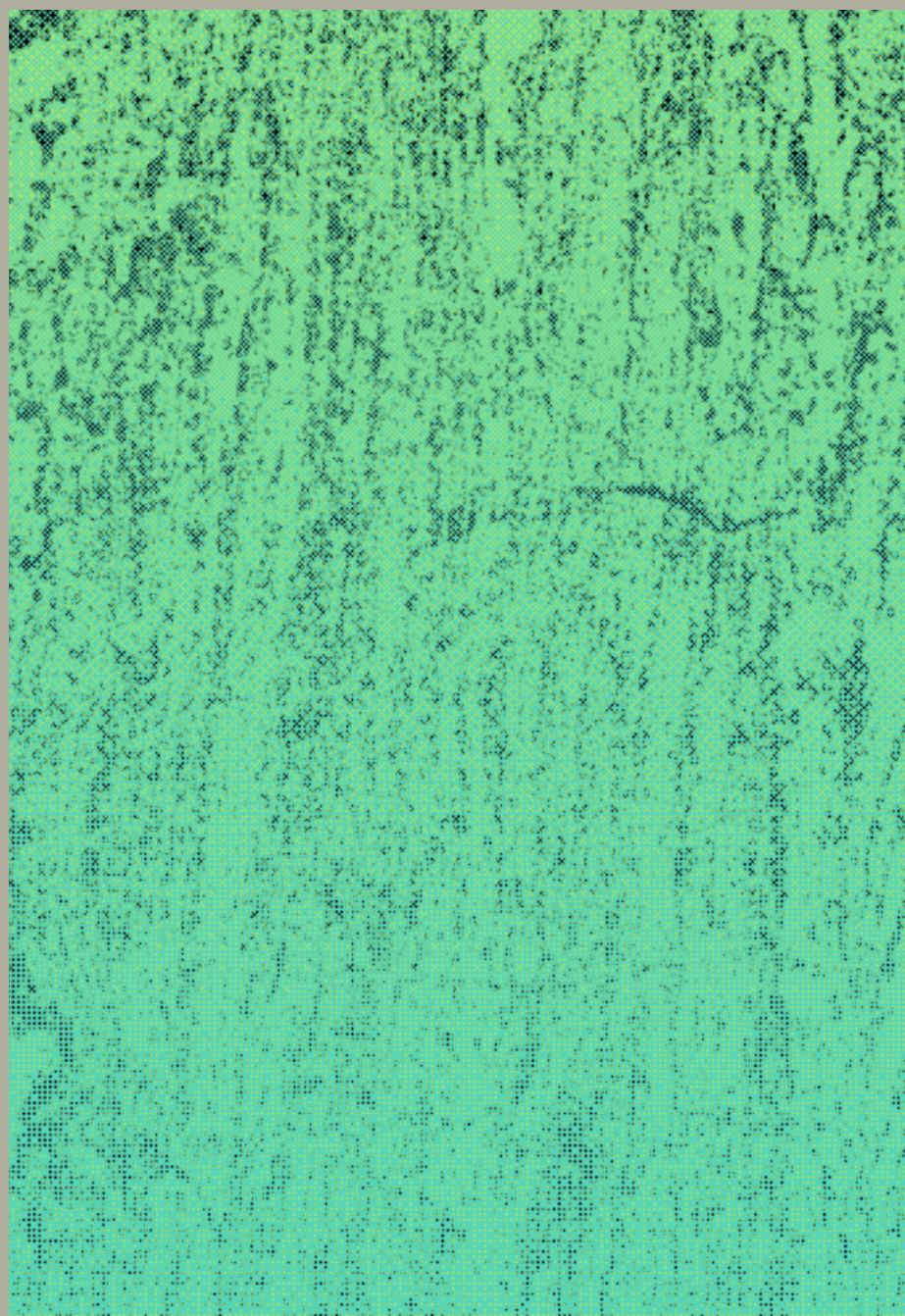
Esta reflexión surge al observar cómo, en la actualidad, el uso político de la historia se ha convertido en una herramienta constante para legitimar discursos, fortalecer identidades y justificar determinadas decisiones.

En los últimos años resulta evidente el crecimiento de movimientos de ultraderecha en distintas partes del mundo, así como el resurgimiento de dis-

courses nacionalistas que parecían haber perdido fuerza décadas atrás. Sin embargo, este fenómeno no puede comprenderse únicamente desde la ciencia política o la economía. También es necesario analizar la forma en que estos movimientos utilizan el pasado para construir sus argumentos. La historia se convierte entonces en un recurso que permite dotar de legitimidad a proyectos políticos y presentar determinadas ideas como la recuperación de un supuesto orden perdido.

Un ejemplo de ello puede encontrarse en los discursos del presidente argentino Javier Milei, quien ha hecho referencia al origen europeo de gran parte de la población argentina para diferenciarla del resto de América Latina. Más allá de la discusión sobre la veracidad o el sentido de estas afirmaciones, resulta interesante observar cómo la historia y la identidad nacional son utilizadas para respaldar un discurso político contemporáneo. De manera semejante, es frecuente que sectores de derecha recurran a los casos de Cuba y Venezuela para desacreditar propuestas identificadas con la izquierda, utilizando la historia reciente de ambos países como argumento de autoridad.

La izquierda tampoco es ajena a esta práctica. En México, Andrés Manuel López Obrador presentó su proyecto de la Cuarta Transformación como la continuación de tres grandes momentos de la historia nacional: la Independencia, la Reforma y la Revolución Mexicana. Con ello, su propuesta adquiere un significado histórico que trascendía un simple programa de gobierno y se vinculaba con procesos considerados fundamentales para la



construcción del país.

Otro caso ampliamente conocido es el de Donald Trump con el lema “Make America Great Again”. Esta consigna apelaba directamente a la idea de recuperar una época de grandeza nacional, despertando sentimientos de nostalgia, patriotismo e identidad.

Lo relevante no es únicamente el contenido del discurso, sino la manera en que el pasado es utilizado para movilizar emociones y obtener respaldo político.

Todos estos ejemplos permiten comprender que la historia no solo sirve para conocer hechos pasados, sino también para construir legitimidad, identidad y proyectos de Estado. La forma en que se recuerdan ciertos acontecimientos o se exaltan determinados personajes depende, en gran medida, del contexto político en que se desarrolla una sociedad.

En México esto puede apreciarse después de la alternancia política del año 2000, cuando el cambio de partido en el poder transformó la manera en que se interpretaron distintos episodios históricos. Más tarde, durante el gobierno de López Obrador, la Revolución Mexicana, la memoria histórica y los discursos sobre la lucha social recuperaron un

papel central dentro de las conmemoraciones oficiales y del discurso presidencial.

A partir de todo lo anterior considero que el estudio de la historia debe ir más allá de memorizar fechas o personajes. La verdadera importancia de la disciplina radica en desarrollar la capacidad de analizar críticamente los discursos que utilizan el pasado como fuente de legitimidad. Comprender la historia permite identificar cuándo un acontecimiento es interpretado de manera objetiva y cuándo es empleado para fortalecer una determinada ideología o un proyecto político.

En consecuencia, aprender historia significa también aprender a cuestionar. Nos brinda herramientas para reconocer que el pasado puede ser interpretado desde diferentes perspectivas y que ningún discurso está completamente libre de intereses. Solo mediante una visión crítica es posible evitar caer en narrativas simplificadas o en discursos que, aprovechando el prestigio de la historia, buscan justificar posturas excluyentes o peligrosas.

Por ello, considero que la enseñanza de la historia sigue siendo indispensable para formar ciudadanos capaces de reflexionar sobre el presente y participar de manera consciente en la vida pública.

Marijose Dominguez Castillo

Me levanto cada mañana
con el cabello desacomodado
y el sonido del despertador.
Me miro al espejo
y siento que es alentador.
El agua fría del lavabo
humedece mi rostro,
despidiendo el sueño.

Revisó los cajones:
la blusa, los pantalones.
Paso mi mano por las telas
y tomo mis decisiones.
Desayuno en silencio,
con la compañía de mi presencia,
nadie en la mesa.

Sirvo agua en mi botella,
veo lo que me espera
en este día por la ciudad.
Tomo mis llaves y el calzado,
camino decidida
a alegrar mi jornada.

Llego tarde a mi primera clase,
pero aún no pierdo el ánimo.

Mi día

Sigo optimista,
lo miro desde el mejor ángulo.
Un poco desgastada, cansada,
quiero sentir el relleno de mi almohada.

Deseo regresar de nuevo a casa,
para compartir con mi familia
la noche de julio tranquila,
dándole un sorbo a la taza.
Bebiendo té de canela
mientras el tiempo pasa como arena.



Natalia Bello Lara

Siempre me ha dado miedo la inmensidad, o lo inmenso no sabría decir con exactitud cuál de los dos es. Durante la secundaria en aquella institución que me oprimió y me hizo aún más reducida de lo que venía de por sí —ensardinada— me iba en transporte escolar. Esa era mi cotidianidad durante las mañanas, muy de mañanas, y las tardes no tan tardes, soleadas con el hedor de la fábrica de jabón por la que siempre pasábamos, que se parecía más al olor de la comida de Coli mi mascota.

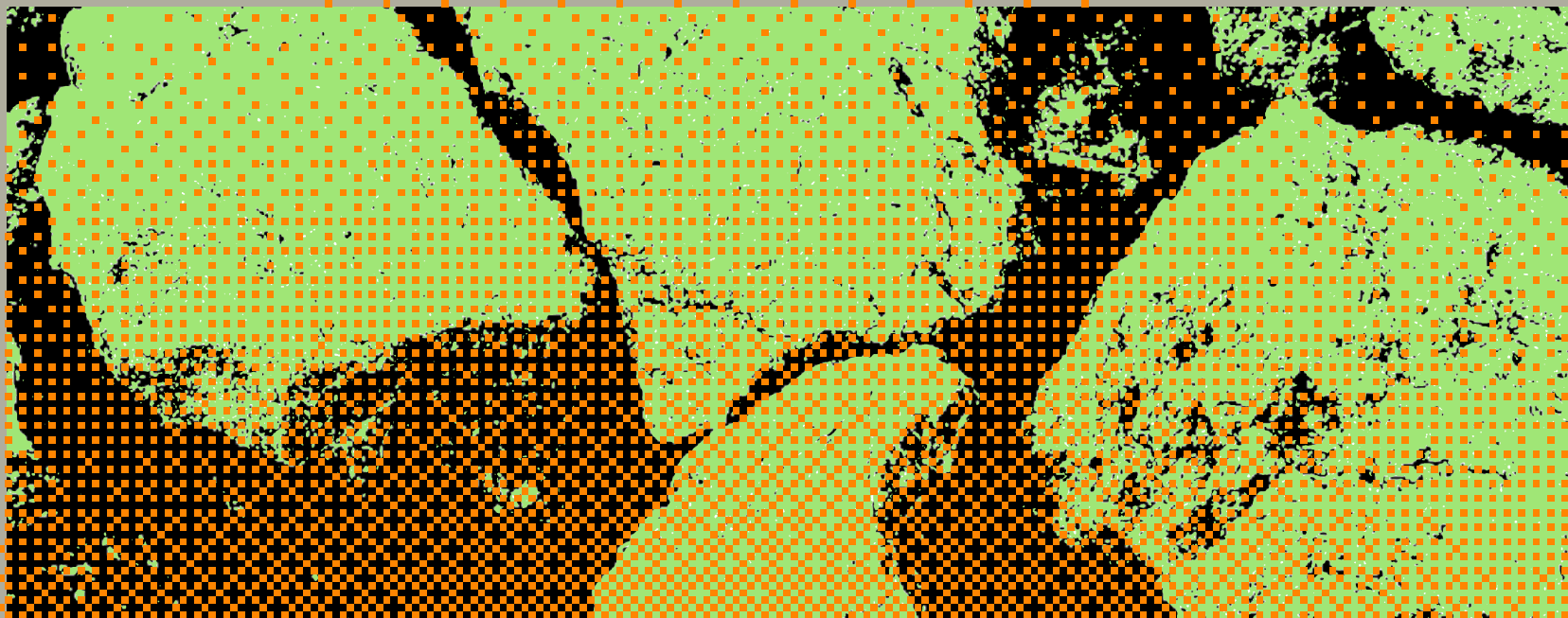
El trayecto era tardadísimo, aunque ya me lo había memorizado, siempre pasábamos al lado de “El Vigilante”, un hombre, si es que se le puede llamar así, en posición de cuclillas con una máscara que terminaba en pico y alas inmensas, de ángel, de águila que inspecciona quien será su próxima presa. Cuando buscas El Vigilante en Google, la primera búsqueda no arroja esa estatua. En vez encuentras el reparto de una serie de terror llamada igual. Un show de televisión del que nunca he oído hablar, pero que por sus 3 estrellas puedes deducir el por qué. Pero entonces, en las jerarquías de internet, (y del mundo probablemente) sí es más importante “El vigilante”, la serie, que cualquier monumentucho a la mitad de la carretera México-Pachuca.

De más chica creía que era una estatua famosísima. No lo es. Hice una encuesta a mis relaciones más cercanas que colindan en el hogar de El Vigilante y ninguna sabía de qué hablaba. Lo que me

hace preguntarme si realmente El Vigilante existía solo en mi imaginación. Como el producto de una mente muy ociosa que transitaba la ciudad en una combi sucia con olor a grasa quemada a la que llamaba “El Transporte”. Nombre de superhéroe, de automóvil viejo y con más refacciones que piezas nuevas, que separa la mitad del cerro del Chiquihuite donde colinda lo peor del Estado de México y la Ciudad.

Ahí estaba, colosal, exorbitante, antinatural. Al pasar al lado de ella me entraba vértigo. La sensación de pequeñez e indefensión. Algo (o alguien) a quien le mandas visiones rápidas, periféricas, de esas que espantan y aceleran el corazón. La segunda entrada de mi búsqueda en Google dice: “en una muestra de arte colosal y significación cultural, Ecatepec de Morelos en el Estado de México da la bienvenida a transeúntes y visitantes con una figura imponente [...]”

Ecatepec de Morelos era cuna de una muestra de arte con impacto cultural. Era la primera vez en mi vida que leía el nombre del lugar que me había visto crecer en una oración que era buena. Qué raro. Mi rancho siempre fue bien conocido por ser todo menos un lugar de significancia humana. Al contrario, la gente siempre se refiere a Ecatepec con una serie de apodos (la mayoría de las veces ofensivos, aunque les digan “coloridos” para apaciguar el mensaje) y creativos: “Ecatererror” “Ecatepunk” “Ecatepulgás” “Ecatemugre” y varios etcéteras.





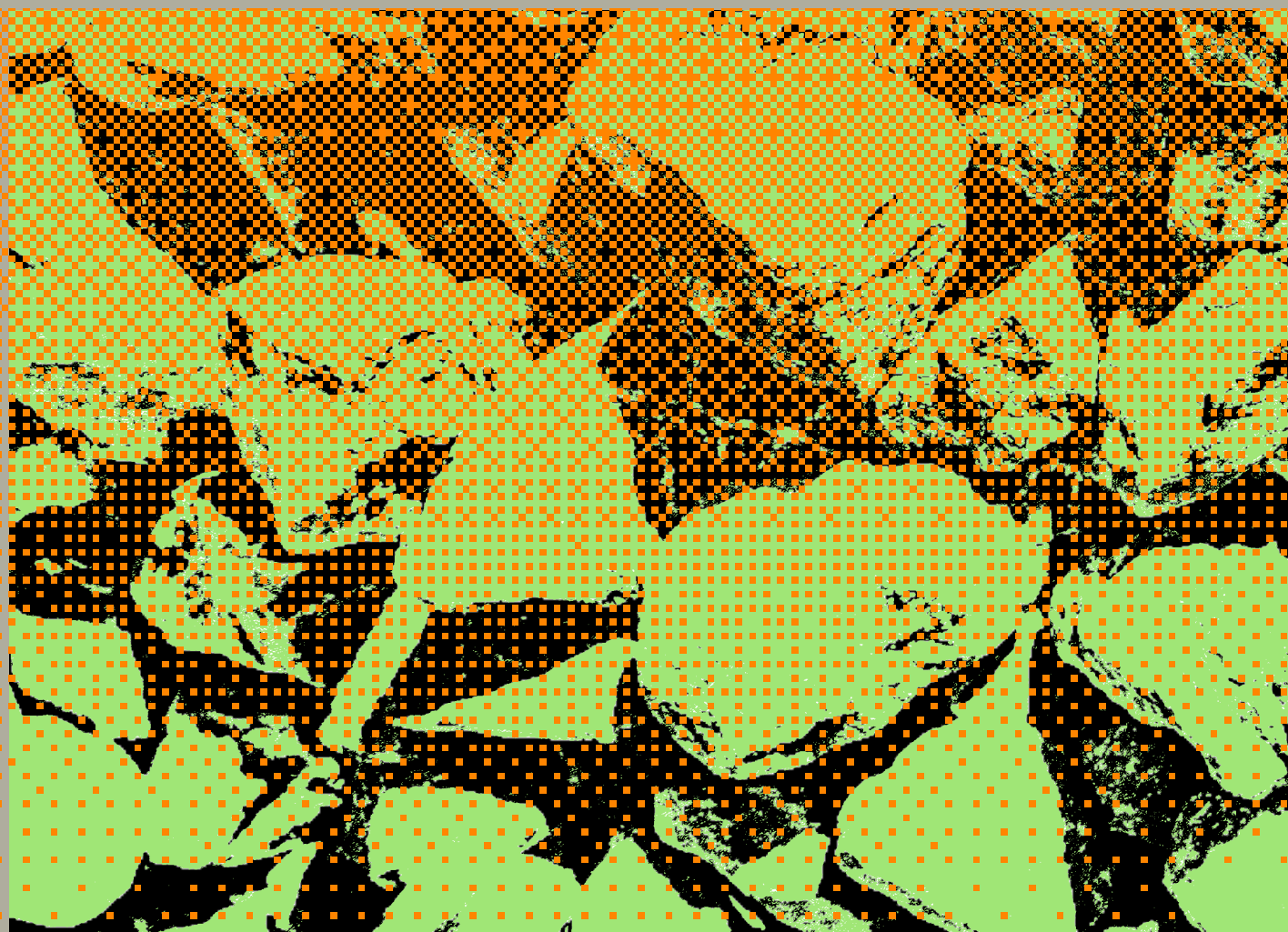
Al hablar de Ecatepec también fue la primera vez que supe que los espacios tampoco se escapan de los apodos viles. Como cuando en la secundaria me rebajaron a “masita” porque al parecer no tenía una personalidad tan fuerte. Para mí, ese apodo era equivalente a la definición de *Pick me girl*, eso era yo, sigo siendo, creo. La presión cerebral de ser siempre tierna, linda, empática, buena persona. Pero también el recordatorio de haber querido pertenecer, ser digna de un apodo, querer que alguien me lo adjudicara sin yo tener que pedirlo.

Eso significan nuestros nombres, El Vigilante, los 31 metros de imaginación del escultor Jorge Marín sobre la contemplación hacia los nuevos retos de la vida, los comienzos. Mi nombre, idea de mi madre, una adolescente de 18 años con un gusto adquirido a las canciones de Natalia Lafourcade. Natalia. De nacida en Navidad. Los apodos que he tenido en mi vida son una imagen colectiva de quien era o pretendía ser, casi siempre autoim-puestos, porque quien tenía apodo tenía redes cercanas que se lo adjudicaban. Gente que lo quería. La sensación de pertenencia.

El Vigilante forma parte de un proyecto de recuperación de espacios públicos en el Estado de México. Un proyecto de pertenencia, de “transformación del entorno urbano para hacerlo más acogedor”. Esfuerzos del Estado para adjudicar nombres a estatuas, espacios; cariño y pertenencia a la hostilidad de las ciudades.

De alguna forma lo lograron. Encontré las maravillas de maravillarme algunos segundos al día, todos los días, un pequeño gran esfuerzo por hacer el paisaje menos hostil. Mi mente menos hostil, permitirle la pausa, la contemplación.

No es una casualidad ponerlo a la mitad de la carretera, es un recordatorio para los conductores, para los copilotos y sus acompañantes; incluso para niños en una combi de regreso a casa después de la escuela. Un recordatorio para seguir admirando las raíces de su cotidianeidad, de la comunidad. Que todos sepan (quién quiera que sean esas personas) que en Ecatepec aún hay gente que mira a su alrededor.



LA JUVENTUD NO ES UN NÚMERO EN EL TIEMPO

No es la cuenta exacta de los almanaques,
ni el simple recuento de los años ligeros.
La juventud es un estado del alma,
un fuego secreto que se niega a apagarse
con el polvo del cansancio.
Es un motor encendido en el pecho,
un impulso indomable que empuja a actuar,
a sacudir las esquinas de la apatía
y convertir la risa en un estandarte.
Ser joven es llevar el mundo en las manos
y decidir, sin miedo, cambiarle el rumbo.

EL HILO QUE NOS UNE

Vivimos a veces mirando hacia adentro,
habitando el pequeño eco de nuestros propios pasos,
hasta que un día decidimos abrir la puerta.

Es entonces cuando ocurre el milagro:
cuando las manos dejan el encierro
y se vuelven puente, abrazo y refugio.
Tejer redes con quienes nos rodean
es entender que nadie se salva solo, que el dolor compartido pesa menos y que la
alegría se multiplica
cuando se siembra en colectivo. El hilo que nos une

TERRITORIO VIVO

México no es tan solo un trazo en el mapa,
una línea distante de colores y fronteras.
México late en el asfalto caliente,
en el mercado donde se pregona la vida,
en las esquinas donde los pasos jóvenes reivindican la esperanza.

Habita en la memoria colectiva de los abuelos,
en el sueño cotidiano de quienes madrugan
para construir un mañana más amable.
Es nuestra casa común y nuestra trinchera,
un país que se reinventa cada día
en cada acto de amor y de entrega.

Como herida de espada
rastro de tinta deja mi bolígrafo, las palabras hieren
más que apuñalada con cuchillo.
Escucharte me lastima
sangran mis oídos con tus mentiras, esa falta de empatía
me recuerda la persona vista aquel día.

Abrazar al causante de mis heridas, intentar ver entre oscuridad,
solo es forzar la vista
para ver que nada es realidad.
¿La diferencia?
Monstruos en las sombras con luz se transforman en ti,
con sol hacen presencia.

Una herida vieja me acompleja
tiñiendo mis días color sangría,
siempre mi interior refleja
neblina mental y fantasía.
La calma en la tormenta se resume a tu ausencia,
eres tempestad violenta
tu presencia solo es agonía.

Valeria Nicolé Velazquez Sánchez

Jamás creí sentirme así,
tan plena, tan viva, tan yo.
Pensé que quedaría atrapada
en esa tierra árida
donde lo bueno nunca florece,
donde la esperanza muere al alba.

Pero salí,
Y al salir,
como un recién nacido
en brazos de su Padre,
descubrí el color que el mundo
se atreve a llamar "amor"

Y al reír,
Escuche decir
"La niña está contenta"
¿En qué momento aprendí
que hasta la risa puede ser
sinónimo de felicidad?

Viví largo tiempo,
en una sombra tan densa,
que ni el sol mas brillante
lograba alcanzarme.
Mis palabras,
en vez de salvarme,
me herían.
Cada sentencia mía
era una bala al pecho.
Y me preguntaba;
"¿Acaso no tengo compasión por mí?"

Solo debía hablar,
dar mi testimonio,
entregarme...
Pero en su lugar,
tomé el arma del guardia
y pedí que disparará.
¿Qué más daba? -pensaba-
si este lugar sería mi tumba...
¿O acaso alguien querría
ocupar mi lugar?

Nunca imaginé
ver la luz de nuevo,
nacer otra vez
y encontrar en todo y en todos,
una belleza incomparable.

Como un niño instruido
en el amor de su Padre,
recibí palabras que no juzgan,
pero penetran hasta los tuétanos.
Palabras que se clavan
como semillas en la piel,
y germinan cicatrices
no de dolor,
sino de memoria.

Cuando pregunten
por mis marcas,
les diré que estuve
en un lugar oscuro,
con heridas de bala
disparadas por mi propia
mano,
pero fui sanada.

Alguien me vendó,
Alguien me amó.
Alguien me alcanzó
Alguien tomo mi lugar
Cuando creí
que ya no valía.

Y cada gota de alcohol,
cada trozo de venda,
permanece en mi recuerdo
como sagrada medicina.

Porque renacer
NO es un mito,
CAMBIAR,
levantarse de entre los escombros,
NO es un cuento.

Yo estuve ahí,
Yo lo viví.
Y hoy,
Soy testimonio vivo
de que la luz
puede más que todas
las huestes de maldad
en la tierra.

Del estado natural al estado civil en Hobbes y Rousseau

26



Marisol Guzmán Blanco

En este ensayo se comparará el estado de naturaleza en Hobbes y en Rousseau, así como también desde sus perspectivas en cuanto el pacto o contrato social y el estado civil. Aunque ambos filósofos reflexionaron sobre el estado de naturaleza, sus perspectivas difieren significativamente en términos de su visión de la naturaleza humana, el contrato social y el estado civil.

El Estado de naturaleza

Es una condición hipotética que permite ser un ejercicio en razón del cual se intenta pensar cómo serían las condiciones de comunicación, de interacción de los seres humanos en un contexto en donde la sociedad aún no es una realidad mediada por reglas, por el derecho, por las instituciones. De ahí su nombre estado de naturaleza, históricamente este estado de naturaleza nunca ha existido, Hobbes así lo reconoce y así lo admite, como una hipótesis.

Hobbes es reconocido como el primer gran sistematizado de la idea del estado moderno, porque imprime a esta idea del estado moderno una dimensión absolutista, es decir, considera que toda sociedad necesita un poder central superior, por encima de todos los seres humanos y que la finalidad de este poder es garantizar las condiciones de estabilidad y paz, en razón de ello se justifica un predominio, una penetración de este estado sobre todas las esferas del ser humano, si acaso existe un único límite de este poder absoluto es el de perder legitimidad cuando no puede garantizar exactamente eso que promete, el bien superior, el

bien máximo que sería protegernos de una muerte violenta.

En la naturaleza humana donde predomina el énfasis del rol que cumplen las pasiones para explicar el comportamiento humano, obviamente el ser humano es un ser racional pero también es un ser pasional, en este equilibrio Hobbes claramente predomina la dimensión pasional, son las emociones las que explican el comportamiento de los seres humanos. Parte de un principio de igualdad radical;

"la naturaleza ha hecho a los hombres tan iguales en las facultades del cuerpo y del espíritu que si bien un hombre es a veces evidentemente más fuerte de cuerpo o más agás de entendimiento que otro cuando se considera en conjunto la diferencia entre hombre y hombre no es tan importante que uno pueda reclamar a base de ella para sí mismo un beneficio cualquiera al que otro no puede aspirar como el, por lo que respecto a la fuerza corporal el más débil tiene bastante fuerza para ma ar al más fuerte, ya sea mediante secretas maquinaciones o confederándose con otro que se haya en el mismo peligro en el que él se encuentra"

(Hobbes, 1679)

Los hombres son iguales por naturaleza, las diferencias entre fuerza y talento que se pueden encontrar en los diferentes seres humanos se neutralizan en formas diferentes, pero en realidad Hobbes dice que hay hombres listos, sin embargo los hombres más listos tienen límites y de hecho el principal peligro de los hombres muy listos es que sobrestiman su inteligencia, se creen más listos de lo que en realidad son, sobrestiman sus propias



capacidades y fuerza, de hecho subestiman las capacidades de sus adversarios, de los que conviven.

De esta condición natural Hobbes no saca una conclusión que permita pensar el inicio de la cooperación de los seres humanos entre unos y otros, sino que es hasta lo contrario, la desconfianza, porque somos todos iguales por naturaleza el germen de la relación de los seres humanos es la mutua desconfianza, de la igualdad nace la desconfianza porque todos los hombres quieren lo mismo y todos en potencia tienen capacidad de adquirirlo, para mí del otro.

Entonces de esta condición de igualdad natural la conclusión que obtiene Hobbes es la que lo va a llevar a su famosa frase *“en el estado de naturaleza las relaciones de los hombres con los demás hombres no son relaciones de cooperación sino todo lo contrario, son relaciones de competencia, de desconfianza y por lo tanto de lucha”* (Hobbes, 1679) o como también escribe de *“guerra de todos contra todos”*.

Su lógica implacable en realidad el estado de naturaleza es por naturaleza un estado de discordia, porque todos somos iguales y esta igualdad pone el terreno de un escenario de mutua competencia, si todos competimos por lo mismo no establecemos relaciones de cooperación sino relaciones de desconfianza.

La anticipación será entonces el factor para triunfar, el que es más hábil para anticipar es más hábil

para dominar por tanto la competencia supone atacar primero, la desconfianza supone encontrar la manera de imponerme, imponerme como superior y en este ejercicio voy a ir obteniendo más ventajas en la medida, un rasgo profundamente humano como la aspiración de gloria.

Es un estado de socialidad humana muy negativo es desventajoso, porque no hay forma de establecer bases de convivencia humana, frágil e insostenible, en cuanto al estado de naturaleza de Rousseau, él argumenta al estado de naturaleza también hipotético pero sirve de base para explicar porque es necesaria la sociedad; las características principales del estado de naturaleza que describe Rousseau fundamentalmente es un estado de libertad y paz donde el hombre es bueno por naturaleza, no hay inclinaciones malvadas como mencionaba Hobbes, sino disfruta de su libertad natural sin que otros le puedan violentar, también cuida de sí mismo, es lo que Rousseau llamó amor de sí.

En el estado de naturaleza de Rousseau, el hombre tiene las necesidades básicas cubiertas, eso implica que no necesita pelear para cubrirlas, otra característica es también que no existe la propiedad privada. Con estos conceptos esenciales nos encontramos con un estado de naturaleza de Rousseau casi perfecto, donde no se necesita al otro para la supervivencia.

Ante un estado de naturaleza con estas características más positivas a comparación de los conceptos del estado de naturaleza de Hobbes, entonces



¿porque hay necesidad de sociedad?, pues la característica de Rousseau sobre el hombre, es bueno por naturaleza, esto implica una posible unión, solo puede tener consecuencias positivas y después hay otra característica de Aristóteles, que es, el ser humano es un animal social y político, social por naturaleza por tanto dada la necesidad de sociabilidad el hombre en Rousseau verá

como algo bueno y positivo la asociación con otros hombres. El hombre es un ser racional y esta racionalidad para Rousseau hará que la entrada en sociedad esté dada bajo parámetros racionales, que se verán en el contrato social en el concepto de voluntad general.

El Pacto o Contrato.

Como consecuencia de la caída de las teorías medievales relativas al fundamento divino del poder político, Hobbes preocupado por las guerras civiles en el siglo XVII en Inglaterra y de observar esta realidad, cree en el carácter no natural del estado basándose en el presupuesto en que los hombres habían vivido inicialmente en una condición pre social, un estado de naturaleza primitivo, desorganizado e individualista, muy diferente sin embargo a como Hobbes describía dicho contrato, lo nombraba un pacto de sujeción por el que cada individuo renuncia a su libertad individual en nombre de la seguridad colectiva, de modo decididamente pesimista consideraba la condición del salvaje pre social según la máxima *homo o mini lupus* en ausencia de toda ley, rige solo la lucha por el dominio de unos sobre otros.

El único medio para hablar de cualquier forma de prepotencia es que todos renuncien de la libertad delegando el poder en un individuo, un soberano o una asamblea que decida por el bien de todos y por lo tanto de nadie en particular, en *El Leviatán*, Hobbes propuso el siguiente texto como fórmula contractual: “yo transmito mi derecho de gobernar a mí mismo a este hombre, a condición de que tú también cedas tu derecho de la misma manera” (Hobbes, 1651)

Según Hobbes el estado es comparable al Leviatán, el monstruo bíblico de tres cabezas, es el dios moral al que debemos después del dios inmortal nuestra paz y defensa, con esta autoridad que le otorgan los individuos el estado tiene tanta fuerza y poder como para someter a disciplina la voluntad de todos.

Es un pacto de cada individuo con cada individuo, realizado ante Dios, por el cual cada uno se compromete a obedecer a un tercero, al cual nombran en ese acto, y hacer suyas sus órdenes. Rousseau se opuso a las nociones sobre el tema de Hobbes, pues Rousseau era contrario a las corrientes de pensamiento que estaban vigentes en ese momento, por esa razón fue odiado por algunos filósofos de la época como Voltaire, en ese momento todos veían con buenos ojos el progreso de las artes y las ciencias, pero Rousseau pensaba que el hombre en la sociedad no era más que un esclavo de todo ese progreso.

Todo se remonta a su visión acerca del hombre primitivo en contraste con el hombre histórico, en el



contrato social dividido en cuatro libros, Rousseau plantea que fue la civilización la que finalmente lo corrompió al hombre convirtiéndolo en el hombre histórico que conocemos hoy, dice que trata de conservar las formas buenas, pero en el fondo solo es movido por la ambición y razón, muy diferente a lo que planteó Hobbes, como antes mencionaba. Para Rousseau era la propiedad privada el origen del sometimiento del pueblo a los intereses particulares de ciertos individuos y que trajo como resultado la burguesía, para Rousseau el hecho de que alguien se apropiara de algo, lo hacía privilegiado al resto, generando una desigualdad social, y es que para él no hay una autoridad natural de un hombre sobre los demás y por lo tanto esta tiene que ser impuesta generando gobiernos tiránicos y la esclavitud de los hombres. Esta idea se puede ver en la siguiente frase:

"el hombre ha nacido libre y sin embargo por todas partes se encuentra encadenado" (Rousseau, 1778)

Pues que contradicción, hasta ahora entendemos el pensamiento de Rousseau lo siguiente, la bondad del hombre es natural y segundo, la corrupción y la maldad es cultural, más bien creada artificialmente, entonces si la sociedad que hemos creado es corrupta, también hay la posibilidad de crear una que no lo sea, ya que nuestra naturaleza es buena. Es aquí cuando Rousseau plantea la idea del contrato social, que no es más que su forma de proponer una reforma donde hay más justicia e igualdad, tiene su fundamento en la enajenación de todas las voluntades, es decir, es una sociedad semejante a la que existía en el estado de natura-

leza donde todos se dan a un bien o interés común, para esto debe darse un pacto de unión entre iguales, no un pacto de sumisión a un tercero a comparación de Hobbes.

Con esto se pierde la libertad natural, ya que no podemos volver al estado natural tal como era antes, pero se ganaría la libertad civil; el nuevo hombre civil es el que se derivará del histórico que está corrompido.

Para que todo esto sea posible el hombre tiene que renunciar a sus beneficios individuales y privados, en post de los beneficios o el interés colectivo, esto no es más de lo que Rousseau llama voluntad general, pero no se debe confundir esta con la suma de voluntades individuales, sino que es una voluntad superior, la del colectivo. La suma de voluntades individuales siempre apunta a un interés particular, una parte de la sociedad así sea esta mayoría, lo cual para Rousseau no es la ideal, la voluntad general que era el bien para el conjunto de la sociedad, es decir, el pueblo.

"la soberanía reside en el pueblo, el estado será el medio a través del cual el pueblo expresará su voluntad y el instrumento que usará para ellos serán las leyes, así es más sencilla la obediencia de una ley que responde a la voluntad general, y esto es precisamente lo que nos haría libres" (Rousseau, 1778)

El modelo que propone es muy parecido al de una democracia directa, porque según el solo a través del sufragio directo se puede conocer la voluntad general del pueblo y como quiere ser permisivo en todo, también hace una propuesta de cómo no viciar el proceso que podría verse como muy peculiar:



1) Debe darse una deliberación pública, bajo el compromiso de atender el bien común.

2) El voto debe de ser racional, dejando las pasiones a un lado (contrario a lo que

Hobbes aportaba sobre el estado de naturaleza del hombre)

3) Durante el proceso de votación y hasta conocer el resultado no debe haber comunicación entre el pueblo para no manchar su criterio.

El Estado Civil.

Partiendo de la perspectiva de Hobbes en la que el hombre es incapaz de salir de su estado de guerra, la guerra no consiste solo en batalla sino en la voluntad de contender, aun así, los hombres están cansados de dicha condición, pero especialmente de no tener miedo y por conveniencia opta por indignaciones que lo llevan a una paz como el buen vivir, el no

desear morir y sobrevivir con su trabajo, escrito está entre líneas que el hombre debe procurar la paz hasta donde pueda y cuando no, recurrir a una guerra.

La única forma de lograr preservar la paz es tener entereza para vencer las propias pasiones en pro del beneficio mutuo, donde la penumbra de la turbación lo cubra todo, de tal modo que cambie el desasosiego en esperanza, combatiendo así miedo con miedo, hasta el final de los tiempos.

El deseo acompañado de la idea de satisfacerse se le denomina esperanza, despojado de tal idea de desesperación, la elocuencia es poder porque tiene aspecto de prudencia, por ello se hace necesario un soberano, y más que eso un ente, una fuerza que infunda temor, solo él puede preservarla dominando las pasiones del otro.

Su monarquía entre los sobrevivientes debe obtenerse porque el pueblo lo elige o por herencia, cuestión intrigante en cuanto a las leyes que ahí se desprenden en búsqueda de armonía, paz, escribiéndose diecinueve leyes.

Las almas, la voluntad y el derecho que por naturaleza eran nuestros, se han cedido implícitamente por el miedo, un ente superior, un ente opresor fantástico como el leviatán, pero, aunque decidiéramos vivir ahí en medio del miedo y de la nada, ¿por qué debe de ser el miedo la fuerza que domine nuestras pasiones?, y si son nuestras pasiones tan terribles, ¿porque las leyes resultan tan inocentes, hipócritas viduales?

El hombre siempre ha de vivir en un estado de guerra permanente, la paz es una utopía incluso aunque el soberano intente someterlos a todos, le será imposible lograrlo por sí solo, luego solo infamias que corrompen la labor del soberano se dice que imponer las normas que desea, siempre y cuando él no atente con el derecho natural, pero, ¿acaso es permisible darle el poder y la libertad de crear normas que le beneficien?

Todo esto llevado por la avaricia y aunque Hobbes



propone una ley contra la avaricia nada tiene sentido en medio del miedo ya que el miedo es volátil, ¿acaso el miedo puede ser mayor que la voluntad y la autonomía del hombre?

Por otro lado, si hemos de hablar de fuerza es bien sabido que la del alma es superior a la del cuerpo, en todo sentido y el soberano sabiendo esto lo aprovechará para ser la cabeza de dicho cuerpo inexistente y desordenado sin él, pero no habiendo un consenso en voluntades sin arbitrariedad al gobernar uno o un pequeño grupo de personas, el gobierno es absurdo, especialmente porque el soberano indirectamente buscará dividir a los súbditos y mantenerlos en un estado de guerra para que ellos no afecten su poder, ya que un soberano tiene en tiempos de armonía y paz nada que restringir, y por lo tanto se vuelve inútil.

La justicia es tan relativa que no valora a los hombres por sus intenciones o actos, sino por el simple hecho de cumplir el contrato, por eso el fin (sobrevivir) justifica los medios, la injusticia hace que los hombres compitan por un fin a la fuerza y no a través de las propias capacidades, causando la lucha directamente, donde el hombre buscará ganar por el simple hecho de que no le gusta perder. Con lo anterior, el cumplimiento del contrato muestra justo a quién violando la ley entrando a su estado de naturaleza atenta contra otra persona siendo injusto, pero no juzgado, ya que dichas características solo son posibles en el estado civil y por lo tanto se genera la impunidad en medio de la dualidad de que es justo en el estado civil y en el estado natural a sobrevivir.

En conclusión, el estado de Hobbes no se puede llevar a cabo, ya que la maldad del hombre, corrompería las leyes, acomodándolas a su preferencia, donde prevalezca el estado natural de cada ser.

En cambio, para Rousseau, el estado civil son leyes que provocan un cambio en el hombre, es decir, le otorga la moralidad que faltaba; debido a esto se ocupa la voz del deber y no la del impulso, es decir, el hombre se ve obligado a consultar razones ante sus inclinaciones privando las ventajas de ser natural, o sea que nos ayuda a desarrollarnos y convertirnos de animales irracionales a racionales.

Entre las ventajas y desventajas que Rousseau hace alusión, son la libertad civil y propiedad privada como ventaja y como desventaja se pierde el contrato social, la libertad natural y poseemos un derecho limitado:

“el hombre es dueño de sí mismo” (Rousseau, 1778)

Hobbes y Rousseau presentan dos perspectivas contrastantes sobre el estado de naturaleza y el contrato social. Para Hobbes, el estado de naturaleza es un estado de guerra y caos que solo puede ser superado mediante la creación de un estado civil autoritario. Por otro lado, Rousseau ve al estado de naturaleza como un estado de libertad y bondad, y aboga por un contrato social basado en la soberanía del pueblo. Estas diferencias fundamentales en sus filosofías políticas reflejan sus distintas concepciones sobre la naturaleza humana y cómo la sociedad debe organizarse para asegurar el bienestar y la justicia.

OCÉANO

En la vida hay misterios y me gusta investigar.
Para mí, la indiferencia y la ignorancia son imperdonables.
Tranquila, navegando en mis ideas,
te encontré sin darme cuenta;
un misterio se encontraba en tus ojos tan brillantes.
No sabía qué buscaba,
pero tu inteligencia me ayudó a suponerlo.
Eres como el océano:
por momentos tranquilo y por otros maligno.
Algo ocultas y me gustaría saberlo,
algo ocultas y me gustaría encontrarlo.
Algo sabes que yo no,
algo tienes que me quedo contigo.
Tal vez sea mi curiosidad,
tal vez sea mi sentido de aventura.
En la vida hay riesgos que valen la pena,
pero mis penas se arrastran a tu corazón herido.
Mis sentimientos se encierran en este barco hundido.
Estoy lista para mi sepultura en tus recuerdos más amados.
Por rebelde me quedo aquí,
ahogando mis emociones en tus olas,
vertiendo mis lágrimas para que seamos uno mismo.
Oye, océano, ¿tú me amas?
Oye, océano, ¿tú me extrañas?

Oye, océano, ¿me contarías tus secretos?
Me estoy hundiendo en ti,
me estoy extrañando a mí misma,
no encuentro respuestas y este ahogo me lastima.
Pero soy terca, soy curiosa y soy rebelde:
"Prefiero morir sabiendo que vivir en la ignorancia".
Y aquí estoy, luchando por no ahogarme
en tu arrogancia disfrazada de compasión.

Calma tus olas, querido océano,
para matarme de amor aún no es la ocasión.
En ti se encuentra un iceberg
que llega tan profundo como tus secretos.
Haces que mi imaginación funcione
y se haga mil inventos.
¿Qué ocultas para mantenerme atrapada en este gran océano?
Te amo tanto que me estás ahogando con tus olas.
Me encuentro al fin en una isla creyendo que estoy a salvo.
Veamos cuánto falta para terminar este lamentable naufragio.

VEN

Ven, "Ben".

Dime tus secretos.

Ven, ¿por qué eres tan incierto?

No te sientes seguro y concreto.

No eres isla ni desierto.

Eres eso que necesito,

¿no es cierto?

Eres cálido, eres seguro,

pero no te sientes fuerte como un muro.

¿Qué me escondes?

Realmente no quisiera otro misterio.

No quisiera que tus grietas dañaran nuestro hogar.

Camino con seguridad hasta encontrar la falla. ~

Arenas movedizas, ¿quizás?

Eso que te traga si no pisas con cuidado,

pero no eres peligroso, no me consumes ni me abrumas.

Solo son mis dudas.

Si la tierra y el agua se fusionaran,

harían tu combinación única y rara.

Esa que me gusta porque el barro construye,

pero también, fácil se destruye.

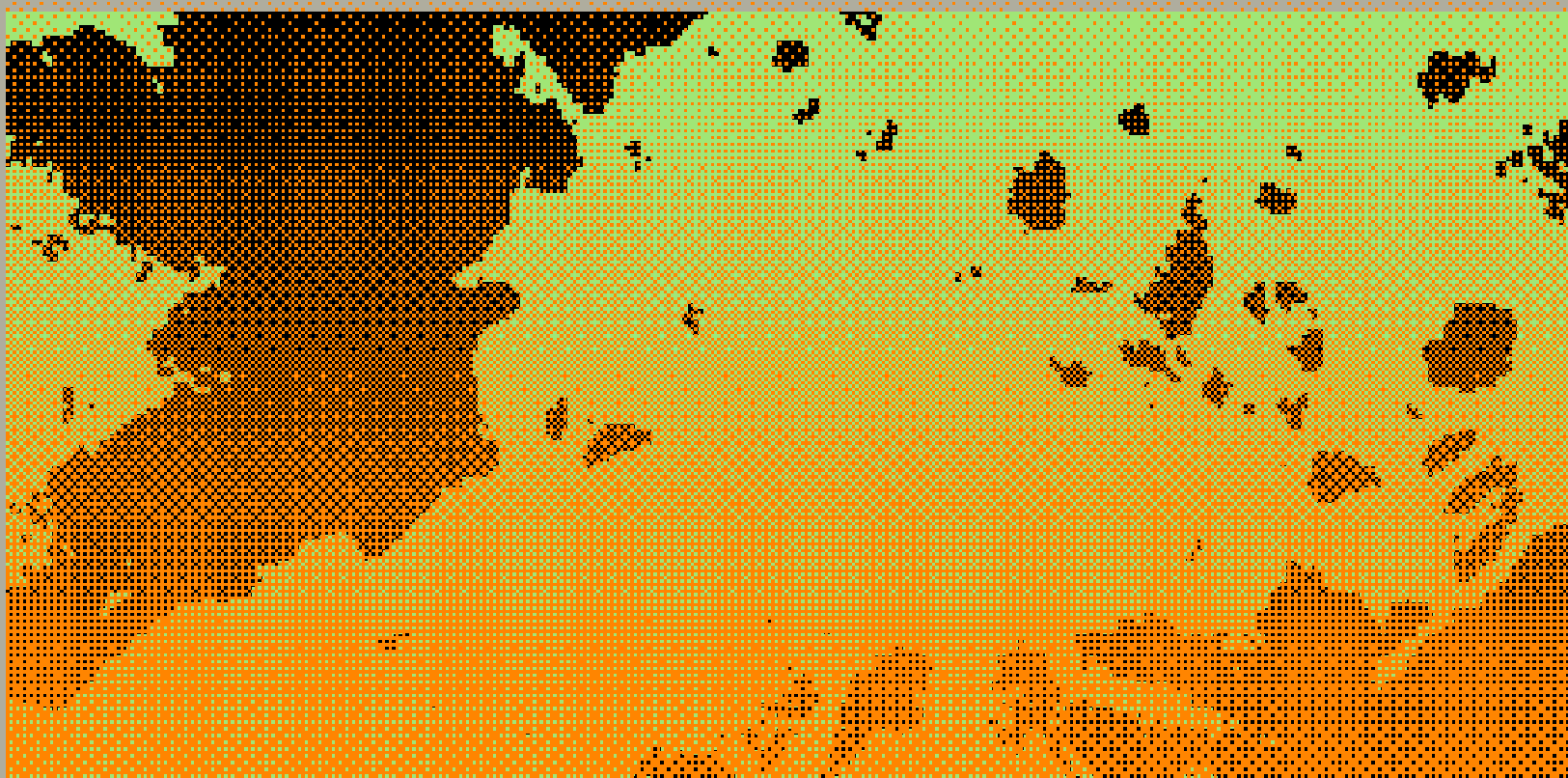
Ven, ven, dime.

Si no ahogas como el océano,

si no cubres como la isla,



Leslie Odette Medina Rodríguez



¿Por qué siempre nos dicen que los jóvenes somos el futuro, cuando somos nosotros quienes estamos construyendo el presente?

Durante mucho tiempo hemos escuchado que la juventud representa el mañana de nuestro país. Se nos dice que algún día tendremos la responsabilidad de cambiar la sociedad, de tomar decisiones importantes y de construir un mejor México. Pero pocas veces nos detenemos a mirar todo lo que los jóvenes ya estamos haciendo hoy.

Porque antes de ser el futuro, somos el presente... Somos quienes llenamos las aulas con sueños y preguntas, quienes trabajamos para alcanzar nuestras metas, quienes ayudamos a nuestras

familias y quienes buscamos abrir caminos donde antes parecía no existir ninguno. Somos una generación que quiere avanzar, pero que también enfrenta retos que muchas veces permanecen invisibles para los demás.

Ser joven no significa solamente tener energía o imaginar grandes sueños. También significa aprender a tomar decisiones mientras descubrimos quiénes somos, enfrentar errores, levantarnos después de las dificultades y encontrar nuestro lugar en un mundo que muchas veces parece exigirnos demasiado.

Pero debemos reconocer una realidad importante: no todas las juventudes viven la misma historia...



No somos el futuro somos el presente

Hay jóvenes que tienen la oportunidad de dedicarse completamente a sus estudios, pero también existen quienes tienen que trabajar para poder continuar con ellos. Jóvenes que despiertan antes de que salga el sol, que recorren largas distancias para llegar a una escuela, que estudian después de una jornada laboral y que hacen sacrificios que pocas personas conocen.

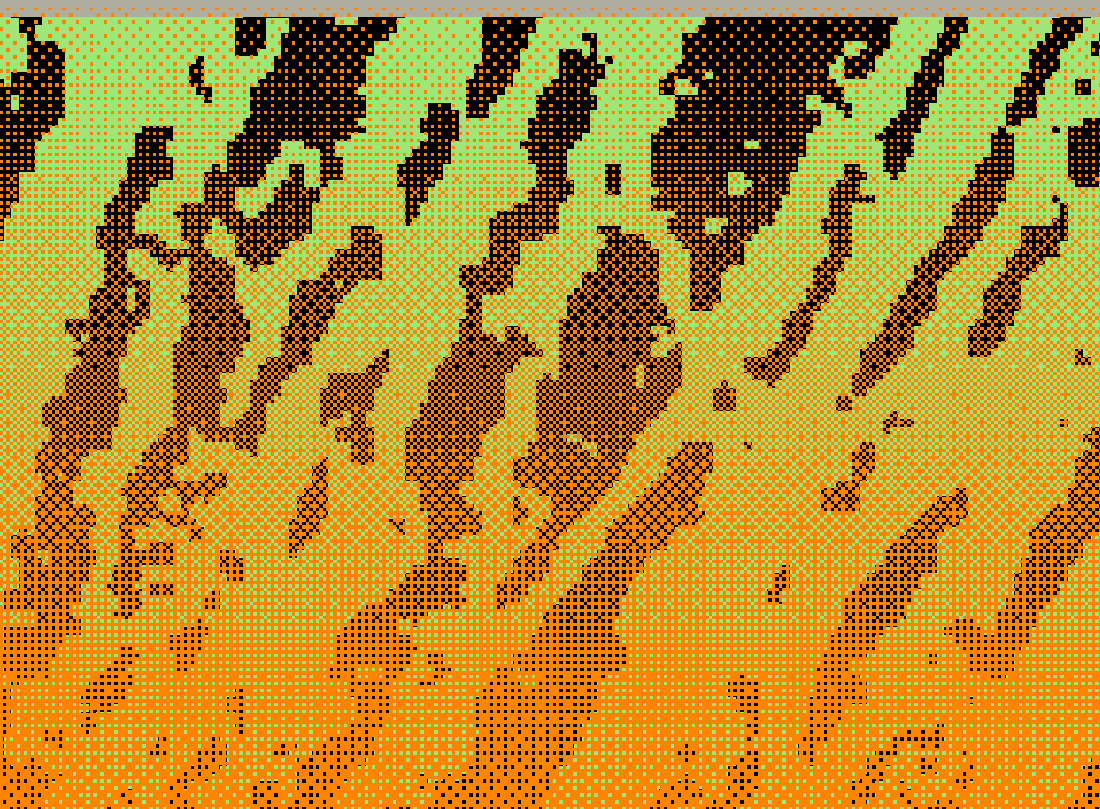
Hay quienes han tenido que ir a clases con cansancio, con preocupaciones económicas o con la incertidumbre de saber si podrán continuar el próximo semestre. No porque les falten ganas, inteligencia o sueños, sino porque muchas veces las circunstancias hacen que alcanzar una meta requiera un esfuerzo mucho mayor.

Y detrás de cada joven que lucha por salir adelante existe una historia de esfuerzo familiar. Existen madres, padres, abuelos y personas que han trabajado, que han renunciado a muchas cosas y que han dado apoyo sin esperar reconocimiento. Personas que quizá no tuvieron las mismas oportunidades, pero que desean que las nuevas generaciones puedan llegar más lejos.

Porque detrás de un joven que cumple un sueño, muchas veces existe una familia que también luchó para hacerlo posible... Sin embargo, también debemos mirar a quienes no tuvieron las mismas oportunidades. A los jóvenes que cambiaron una mochila llena de libros por herramientas de trabajo. A quienes cambiaron un uniforme escolar por un uniforme laboral. A quienes tuvieron que dejar sus estudios no porque no fueran capaces, sino porque la necesidad llegó antes que la oportunidad.

Ellos también tienen sueños. Ellos también tienen talento. Ellos también merecen ser escuchados. Porque el lugar donde una persona nace, su situación económica o las dificultades que enfrenta no deberían decidir hasta dónde puede llegar. También existen jóvenes que han tenido que dejar su hogar buscando un mejor futuro. Jóvenes que se van a otra ciudad para estudiar o trabajar, dejando atrás a su familia, sus costumbres y momentos importantes, con la esperanza de construir nuevas oportunidades.

Pero mientras algunos buscan cumplir sus sueños lejos de casa, también existen familias que siguen esperando a jóvenes que desaparecieron. Historias





que no pueden convertirse solamente en cifras, porque detrás de cada nombre existe una vida, una familia y sueños que merecían continuar.

No podemos acostumbrarnos al dolor. No podemos permitir que una ausencia se vuelva parte de la normalidad. Cada joven importa. Cada historia importa. Cada vida merece ser protegida.

Pero hablar de juventud también es hablar de esperanza. Es hablar de quienes levantan la voz, de quienes participan, de quienes defienden sus ideales y de quienes creen que México puede cambiar. Existen jóvenes que han decidido involucrarse, ayudar a sus comunidades y luchar por causas que consideran justas. Jóvenes que entienden que transformar un país no es responsabilidad solamente de quienes tienen poder, sino también de quienes tienen conciencia y voluntad... Porque el cambio no pertenece únicamente a quienes ocupan un cargo.

También pertenece a quienes ayudan, a quienes escuchan, a quienes acompañan y a quienes deciden no quedarse indiferentes. Hoy vivimos una época donde las redes sociales forman parte de nuestra vida. Son herramientas que pueden unirnos y permitirnos compartir ideas, pero también pueden hacernos creer que todos tienen la misma historia, las mismas oportunidades y el mismo camino.

Vemos logros, éxitos y momentos perfectos, pero pocas veces vemos las dificultades que existen detrás. Por eso debemos recordar que cada perso-

na tiene un proceso diferente y que nuestro valor no depende de compararnos con los demás.

También debemos aceptar que como jóvenes podemos equivocarnos. Podemos tomar decisiones apresuradas, dejarnos influenciar o buscar caminos fáciles cuando enfrentamos momentos difíciles. Pero antes de juzgar a un joven por sus errores, debemos preguntarnos qué apoyo faltó, qué oportunidad no llegó y quién pudo haber estado ahí para acompañarlo.

Porque la juventud no necesita solamente críticas. Necesita oportunidades. Necesita educación. Necesita espacios seguros. Necesita personas que crean en ella antes de señalarla.

Los jóvenes no somos un problema que resolver. Somos parte de la solución... Somos una generación que conoce las dificultades, pero también conoce la fuerza de levantarse. Somos quienes vivimos los retos de nuestro país, pero también quienes podemos construir nuevas respuestas.

Por eso hoy no queremos que solamente nos llamen el futuro... Queremos que nos reconozcan como el presente. Un presente que sueña. Un presente que lucha. Un presente que tiene voz.

Porque cuando un joven encuentra una oportunidad, cambia su vida. Pero cuando una generación decide escuchar, actuar y construir un mejor camino para todos...

Puede cambiar la historia de un país.

¿UN PARQUE?

Vas por los espacios vacíos pintando y rellenando cuan si fueran lienzos en blanco.

Caricias primeras en un parque que decoraste con dulzura y encanto.

Casi la mitad de nuestra historia metidos en un parque , que tú convertiste en nuestro parque.

Digo nuestro porque impregnamos jugueteo ahí, impregnamos más amor de lo que pudimos imaginar, impregnamos parte de nuestro ser sin querer hacerlo.

Momentos que ayudaron a llenar el lugar de pasto...

Pasto que acolchonó caídas.

Pasto que pintó nuestras historias de vida.

Pasto que al mojarse, desprendía los olores de nuestro ser.

Con flores acompañando el terreno, representaron nuestra belleza y el arte natural de amarnos.

Éste parque, no fue solo un parque.

Fueron los frutos de nuestra historia.

Fue la materia viva de nuestro amor.

Ese lugar fue más que un parque,
fue nuestro parque.

DAÑO INVISIBLE

Pequeña alegre que llegué a ser, te extraño.

Pequeña dulce y tierna que llegué a ser, te extraño.

Pequeña con grandes esperanzas, te extraño.

Etapas tan linda que vivía antes de saber de ti, antes de conocerte.

Tiempos en los que me sentía llena de luz.

Tiempos en los que jamás había visto oscuridad, tu oscuridad.

El simple hecho de tenerte en mi vida fue como una promesa a sufrir

Época de confusión, te llamo ahora.

Época invisible, te hago presente.

Época de sumisión, te detesto a ti.

No necesité de golpes ni daños físicos para que me abolieras.

Acabaste conmigo.

Me dejaste rota, desecha.

Y sin una pizca de fé, ni siquiera en Dios.

HOY

Hoy amor mío, de nuevo me iré.
Me marcharé en aquel carro que el motor le falla.
Pasaré por aquel parque que nos apropiamos.
Hoy me iré, y conoceré nuevas personas,
nuevos mundos
que no dudo ni por un segundo que son
infinitas imposibilidades de volvernos a encontrar.

Me iré con mi desesperanza en la palma de mi mano.
Renacerán nuevas galaxias.
Tu presencia se esfumará.
Pero amor mío, no dudes ni por un segundo
que hoy, te extraño.

Carta a la Mujer que Seré en 10 Años

41



Kendra Sofía Guerra García

No sé dónde estarás cuando leas esta carta. Quizá la encuentres olvidada entre archivos digitales, en una carpeta con nombre genérico o impresa dentro de algún libro que un día decidiste no regalar. Tal vez sonrías al recordar a la joven que la escribió, o quizá te sorprenda descubrir cuánto de ella sigue viviendo en ti. Yo, en cambio, solo puedo imaginarte.

Hoy tengo veintiún años. Es 2026 y pertenezco a una generación que aprendió demasiado pronto que el mundo puede cambiar de un día para otro. Crecimos viendo una pandemia detener al planeta, aprendimos a convivir con algoritmos que parecen conocernos mejor que nosotros mismos, despertamos cada mañana con noticias que hablan de guerras, crisis climática, migraciones forzadas y desigualdad.

Quizá cuando leas esto muchas cosas hayan cambiado. Tal vez la inteligencia artificial sea parte de la rutina de cualquier profesión, existan ciudades más sostenibles o formas completamente distintas de comunicarse. Espero que el mundo sea un poco más justo que el que hoy habitamos. Pero, sobre todo, espero que tú no hayas permitido que la rapidez del progreso te haga olvidar la importancia de las personas.

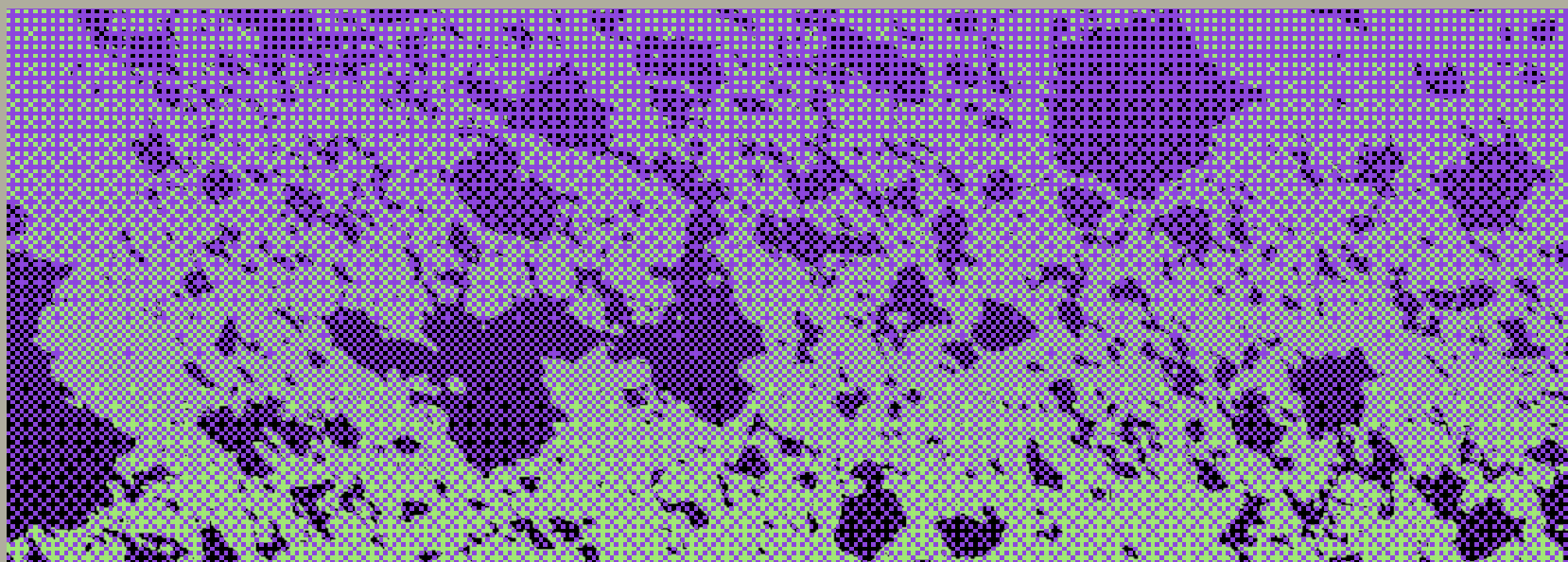
No quiero preguntarte cuántos posgrados obtuviste, cuánto dinero ganas o cuántos reconocimientos tienes. Eso nunca ha definido realmente el valor de alguien. Lo que de verdad quiero saber es si todavía te conmueven las historias de quienes

sufren injusticias, si sigues creyendo que escuchar a otra persona es un acto de resistencia, si aún haces preguntas incómodas y conservaste la capacidad de indignarte cuando algo no está bien.

Vivimos en una sociedad que constantemente nos invita a endurecernos. Nos dice que sentir demasiado es una debilidad, que ser idealista es ingenuo. Sin embargo, creo que nuestra generación intenta demostrar lo contrario. Dicen que somos la generación de las pantallas, pero también somos la que organiza colectas desde un teléfono, que denuncia injusticias con un video de pocos segundos, que descubre nuevas formas de construir comunidad incluso en medio de la distancia.

No somos perfectos. Nos distraemos con facilidad, vivimos ansiosos, dudamos de nosotros mismos más de lo que admitimos. Pero también heredamos desafíos enormes y decidimos no ignorarlos. En un tiempo donde parecer indiferente resulta más sencillo que comprometerse, muchos jóvenes seguimos creyendo que participar vale la pena.

También quiero confesarte algunos de mis miedos. Tengo miedo de que algún día te acostumbres a la desigualdad, de que escuchar una historia de violencia ya no te provoque el mismo nudo en la garganta, de que el cansancio te convenza de que hay problemas demasiado grandes para intentar resolverlos, de que la rutina te haga olvidar por qué comenzaste a hacer lo que haces.



Te vi en aquel parque,
curiosidad absoluta entre robles inmóviles.
Fuiste, y aún eres en mi retina,
un destello de luz contra mi mirada,
una extraña certeza.

Estabas sentada sobre la madera.
El verde de la hierba palidecía
ante la química salvaje de tu cuerpo,
el estruendo silencioso con que ocupabas
el hueco exacto que antes de ti era ausencia.

¿Cómo contener tanto mundo
bajo esa piel engañosamente frágil?
Siempre fuiste
un cielo imposible de galaxias,
un cosmos tenso en el límite de tu piel.

Te miro las manos y adivino el pulso de una estrella,
la sangre arrastrando polvo de luz
por venas azules, caminos radiantes
donde la gravedad me ancla a ti.
Tu cuerpo, mapa vivo,
respira órbitas a mi lado mientras finges
ser sólo materia, sólo humana,
sin saber que tus huesos son la estructura profunda

de un universo en expansión.

¿Qué explosión te creó así,
tan densa y tan vasta a la vez?
Quise acercarme a tu mirada
hasta que la distancia fuera sólo un aliento,
como quien desciende al centro de su propio miedo
sólo para hallar el horizonte ahí dentro,
en la pupila oscura donde toda mi luz se apaga.

Te cultivé en la distancia, mujer de cosmos,
memorizando la ciencia exacta de tus gestos mínimos,
calculando el desorden de tu risa,
adorando el misterio terrible de tus átomos
ordenados en esa forma perfecta, dolorosa,
que insisto en llamar tû.

Ahora el sol se extingue tras los árboles.
Sólo queda el calor de tu paso.
Te has ido, pero tu peso curvó mi tiempo para siempre.
Ya no estás en el banco,
y yo sigo aquí,
orbitando tu ausencia.



¿Y si hubiera elegido otra carrera?

¿Y si hubiera aceptado aquel trabajo?

¿Y si hubiera empezado un año antes?

¿Y si hubiera dicho que sí?

¿Y si simplemente ya voy tarde?

Existen interrogantes que aparentan ser personales, pero en realidad reflejan la experiencia de una generación completa. Nos formamos bajo la creencia de que podemos alcanzar cualquier objetivo y, junto a esto, aprendimos a confiar en que siempre hay algo mejor esperándonos tras cada elección. Nunca antes habíamos tenido tantas opciones para definir nuestro rumbo y, curiosamente, nunca había sido tan sencillo sentir que estamos eligiendo mal. Entre nuestras propias aspiraciones, las de los demás y la velocidad vertiginosa con la que parece avanzar el mundo, muchos jóvenes sentimos que llegamos tarde a una meta que nadie nos explicó cuándo deberíamos cumplir.

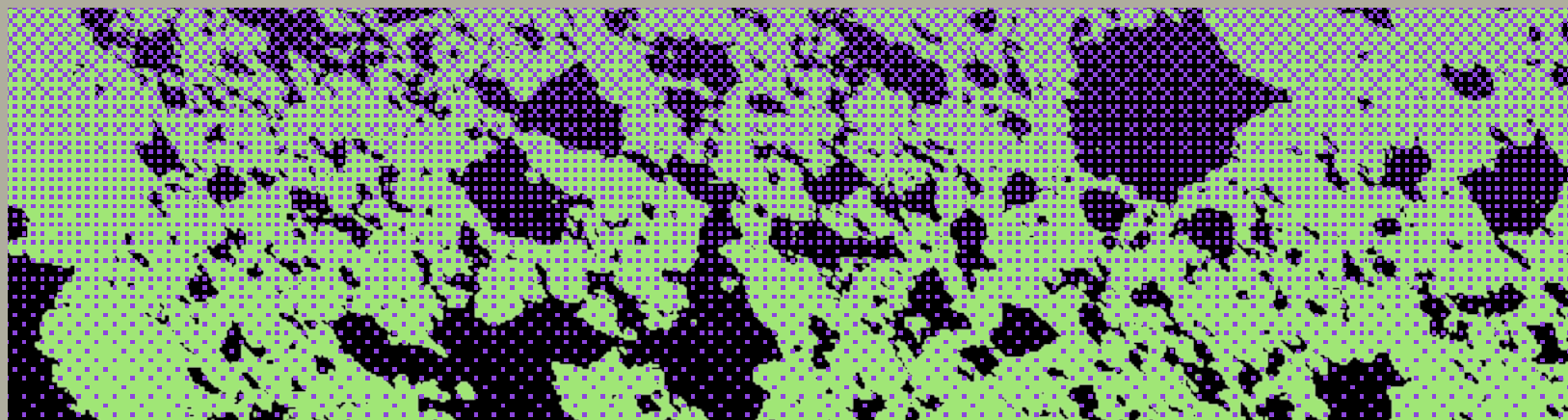
Vivimos en una época donde cada decisión parece definitiva. Las redes sociales nos muestran personas que, con nuestra misma edad, ya emprendieron un negocio, viajaron por el mundo, encontraron

el amor, compraron una casa o alcanzaron el éxito profesional y, sin darnos cuenta, comenzamos a medir nuestra vida con el calendario de alguien más. La presión ya no proviene únicamente de cumplir las expectativas familiares o sociales; también nace de esa sensación constante de preguntarnos: ¿y si hubiera?

Fue precisamente esa pregunta la que me llevó a reflexionar sobre todas las decisiones de las que alguna vez me he arrepentido. ¿Y si hubiera tomado otro camino? ¿Habría sido más feliz? Quizá esa sea una de las dudas más silenciosas y universales entre los jóvenes de hoy.

Hace poco terminé de leer *La Biblioteca de la Medianoche*, de Matt Haig. A través de Nora Seed, el autor plantea una idea inquietante: ¿qué pasaría si entre la vida y la muerte existiera un lugar donde cada libro representará una vida distinta, construida a partir de una decisión diferente.

Desde las primeras páginas conocemos a una protagonista que carga una sensación profundamente familiar: la de sentirse incompleta, convencida de que en algún momento tomó la decisión equivocada. Como señala Haig, “el arrepentimiento es solo una forma de castigarnos por no haber sabido entonces lo que sabemos ahora”. Impulsada por esa idea, Nora comienza a recorrer distintas





versiones de su vida, creyendo que en alguna de ellas encontraría la felicidad que tanto buscaba. En esencia “a veces, la única manera de aprender es vivir”. No basta con preguntarse qué habría pasado; es necesario experimentar cada decisión con todo lo que implica. Es entonces cuando Nora descubre que ninguna de aquellas vidas era perfecta. Cada una tenía sus propias renunciadas, sus propias heridas y también sus propias alegrías. Comprende que cada elección abre una puerta, pero inevitablemente también cierra muchas otras. Hay una frase del libro que resume esa enseñanza con una sencillez poderosa: **Nunca podrás vivir todas las vidas. Tendrás que vivir solo una.**

Pero ¿por qué resulta tan fácil creer que la vida que no vivimos siempre parece mejor que la que tenemos? En el libro se mencionan ciertos filósofos e investigaciones, y me llamó mucho la atención una de las paradojas más conocidas de la física: el gato de Schrödinger. En 1935, el físico Erwin Schrödinger propuso un experimento mental que hoy conocemos con ese nombre. En él imaginó un gato dentro de una caja cerrada cuya vida dependía de un evento cuántico; mientras la caja permaneciera cerrada, el gato podía entenderse como vivo y muerto al mismo tiempo. Esta paradoja nos recuerda que aquello que permanece como posibilidad siempre parece contener infinitos futuros. De alguna manera, nuestras decisiones funcionan igual. Mientras un camino no ha sido elegido, parece conservar todas las posibilidades. Sin embargo, en cuanto abrimos la caja y decidimos vivir una de esas opciones, aparecen también los errores, las dudas y las renunciadas. Tal vez por eso las vidas que

no vivimos siempre parecen mejores que las que tenemos, porque en nuestra imaginación permanecen intactas, libres de las imperfecciones que inevitablemente acompañan a la realidad.

Quizás el mayor reto de nuestra generación no sea hallar la opción ideal, sino renunciar a la idea de que esta existe. Hemos sido educados en la creencia de que el triunfo tiene un momento preciso, que los anhelos tienen un plazo de caducidad y que tardar en alcanzarlos equivale a haber fracasado. Sin embargo, la existencia no se trata de una carrera contra el tiempo, sino de un viaje en el cual cada individuo forja su propio sendero.

Tal vez siempre cuestionemos “¿y si hubiera...?”. Esta es una curiosidad profundamente humana. No obstante, tal vez la solución no radique en soñar con todas las vidas que pudimos experimentar, sino en tener el valor de crear la única que realmente nos pertenece. Porque, al final, la fantasía de una existencia ideal se desvanece al entender que ninguna elección asegura la felicidad. Lo que verdaderamente moldea nuestra narrativa no es escoger la ruta correcta, sino aprender a andar con la certeza de que, a veces, la única manera de aprender es vivir.

Quizá nunca lleguemos a vivir tendremos la oportunidad de hacer extraordinaria la única que sí estamos viviendo.

Porque la vida correcta nunca estuvo esperándonos al final de otro camino; siempre estuvo esperándonos en el valor de recorrer el nuestro.

Recuerdo aquella primera mañana;
Sentí el peso de tu sombra instalarse en mi cuerpo
justo cuando me despojabas de la libertad.

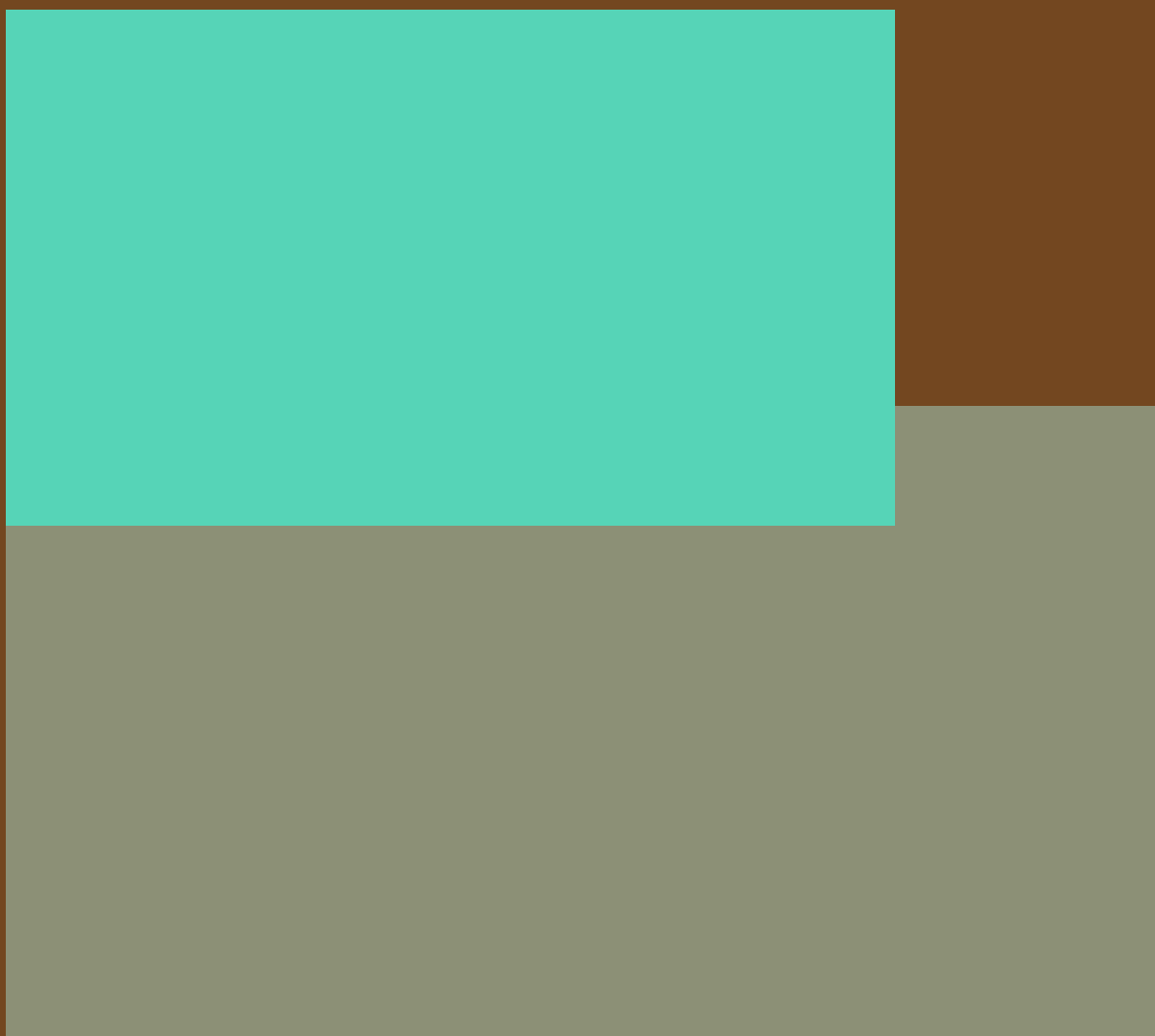
Llegabas sin avisar, sin reloj ni rumbo,
envuelta en un calor que irradiaba,
calor que quemaba por dentro,
vestida de inflamación y de un dolor
que me arrastraba como olas en tormenta.

Al principio parecías pedir permiso;
solo me rebuscabas,
reclamando tu espacio en el silencio de las madrugadas.
Pero la tregua duró poco.
Un día decidiste no volver a irte.
Decidiste echar raíces en mi existencia,
frenar mis pasos,
apagar el eco de mis sueños
y consumir mi vida... con una lentitud feroz.

Cuando el diagnostico le puso tu nombre a mi condena,
supe que el mundo que conocía y había construido;
Estaba roto.
Comprendí que no hay un mapa

para atravesar este duelo,
que no hay paz entre el naufragio del duelo de la negociación
y el incendio constante de la rabia.

Y en la penumbra me pregunto, una y otra vez:
¿Por qué a mí? ¿Qué culpa cargo en las manos?
¿No sería más piadoso arrancarme la vida de golpe?



Más allá del código postal

Juventudes actuales y la construcción del nuevo México

48



Jimena Sarahi Salazar Aguilar

¿Cómo recordarán a las juventudes que vivimos las primeras décadas del siglo XXI?

Tal vez como la generación que creció entre redes sociales, inteligencia artificial y cambios tecnológicos que transformaron nuestra forma de vivir. Yo espero que también nos recuerden por algo más: por haber sido una generación que decidió no quedarse inmóvil frente a los desafíos de su tiempo.

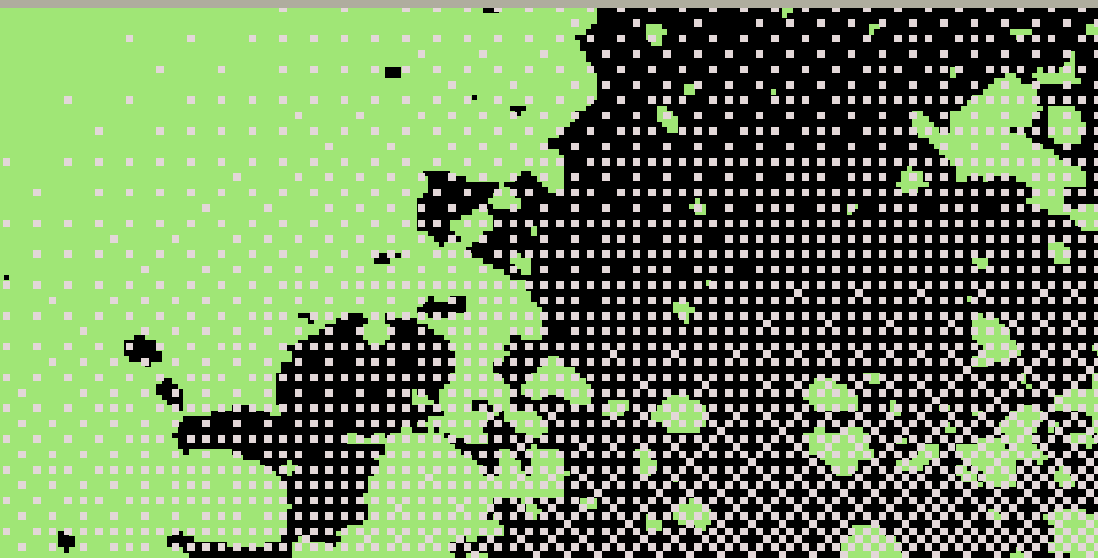
Ser joven en México nunca ha significado una sola cosa; no es igual crecer en una comunidad rural que en una gran ciudad, ni vivir en el centro que en una periferia. Cada historia comienza desde un lugar distinto y enfrenta desafíos diferentes; sin embargo, todas comparten algo en común: el deseo de construir un nuevo México, un futuro mejor.

Escribo desde la realidad que conozco, la de las periferias. Ahí aprendí que los sueños también

tienen tiempo de traslado. Para miles de jóvenes, estudiar comienza mucho antes de entrar al salón de clases. Comienza cuando todavía es de noche y hay que salir de casa; comienza en un autobús, en un vagón del Metro o en un trayecto donde repasamos apuntes, desayunamos sobre la marcha y hacemos del camino un espacio para seguir aprendiendo. Muchas veces llegamos a casa únicamente para dormir y volver a empezar al día siguiente.

Pero la distancia nunca ha sido solamente geográfica; también existe la distancia que construyen los prejuicios, la que aparece cuando el lugar donde nacimos habla antes que nuestro nombre. Durante años, las periferias han sido descritas por sus problemas antes que por las personas que las habitan; pareciera que un código postal pudiera explicar quiénes somos o hasta dónde podemos llegar.

Sin embargo, esa nunca ha sido toda la historia. En las periferias también hay jóvenes que investigan, crean, emprenden, participan en sus comunidades y dedican años de esfuerzo para convertirse en profesionistas. Hay madres y padres que hacen sacrificios silenciosos para que sus hijos estudien; familias que creen en la educación incluso cuando el camino parece demasiado largo. Detrás de muchos logros individuales existe un esfuerzo colectivo que pocas veces se reconoce.

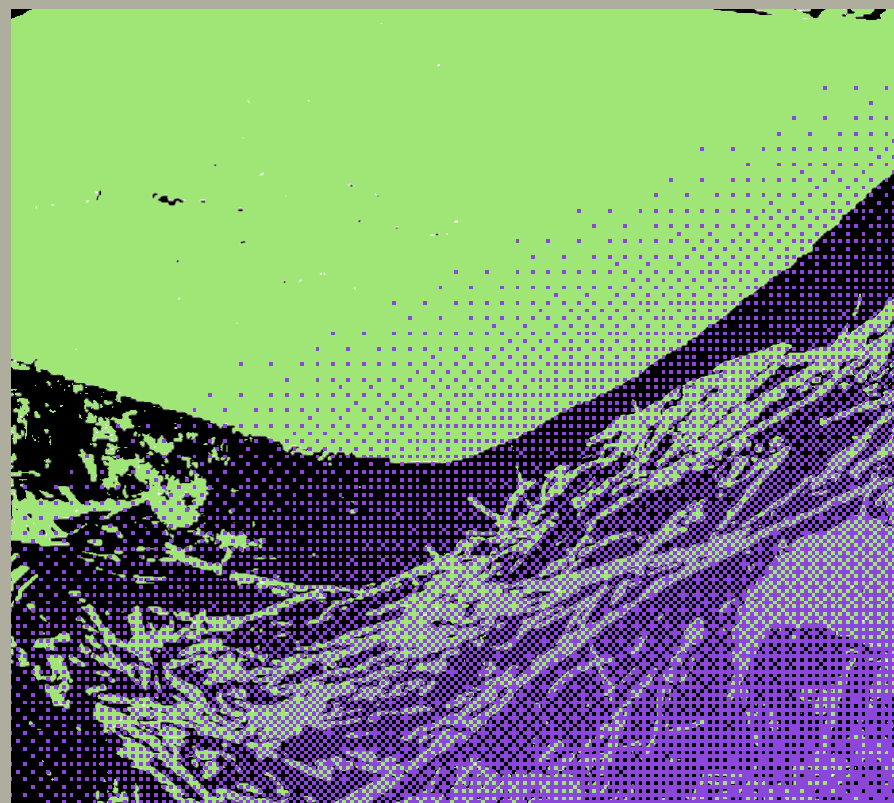




Hojas esparcidas en el piso, el perchero acostado y un saco revuelto humedeciéndose en refresco, las sillas de escritorio en medio de la oficina y silencio, en ese silencio desperté, mientras llenaba información en un archivo Excel. Me paré de mi silla y decidí recorrer el lugar, un lugar donde el dorado del atardecer acoge el mobiliario, salido de una ventana con cortinas movidas como velas de barco en altamar, y a lo lejos solo veo nubes, y veo el cielo, ¿soy un ángel prisionero en el cielo?

Empecé a caminar y cada paso rozaba suavemente el piso, me apoyé en la pared con mi mano, el tacto era rasposo, y decidí estirar el cuello viendo hacia arriba, la luz blanca Led impactó repentinamente en mi ojo, ocasionando que viera manchas negras por un momento. Veo una columna de expedientes con una nota que dice: “pendientes para Félix”, luego está una taza acostada con café esparcido en el escritorio llegando a una laptop, me entra un ansia de prenderla. Camino y trueno una pluma de escribir en el piso, después dirijo nuevamente mi mirada a la ventana, ¿estoy en una oficina, viendo el cielo por la ventana como ideal de salvación?

Caminé, sobre las hojas esparcidas y sobre el saco, me percaté que el reloj de la oficina no estaba empotrado en la pared, sino en el piso. Agarré el reloj y lo vi, estaba roto su cristal, no tenía su péndulo, estaba arrumbado hacia el rincón. Un reloj de adobe con ornamentos dorados, un reloj de otra época, de casa de la abuela, en el piso, ¿Cuánto tiempo llevo encerrado aquí? Veo sus manecillas pausadas, ¿Dónde me encuentro? Ni siquiera pue-



do verme en el reflejo de cristal del reloj ¿Esto es real, o un sueño?

Mientras trato de verme en el reflejo del cristal roto del reloj, escucho varias voces, cada vez acentuándose más, siento como haber sido descubierto de los escombros de una tragedia, esas voces vienen y se sienten refrescantes como una ola llegando a la orilla de la playa, remojando mis pies, sin embargo, llegan pasando a lado mío. Su presencia se siente como aire de invierno que pasa por el cuerpo y después desaparece. Cada quien va a su escritorio, recogen las cosas del piso, ordenan su lugar de trabajo, limpian las bebidas vertidas, algunos se sientan, ingresan a la computadora y abren un archivo Excel.



Llega mi jefa, y me quita de las manos el reloj, me comenta: ni modo, lo mandaré a arreglar.

Llega mi compañero, con un café de Starbucks en la mano, va hacia mí. Lo primero que le veo son sus ojos, y me percato que estoy yo en sus pupilas. Tengo ojeras y una mirada desconcertada.

¿Por qué no saliste? - me pregunta.

Después de la pregunta, se va hacia su escritorio.

Direcciono mi mirada hacia la ventana. Sigue entrando aire refrescante, haciendo mover las cortinas, y la tarde entra con su calor en la oficina. Ninguno de mis compañeros ve hacia la ventana.

¿Cómo salir si no sé volar?

Saco mi celular del pantalón, veo las notificaciones:

Sismológico Nacional: SISMO Magnitud 7.4 Loc
63 km al SUR de COALCOMAN, MICH 11/07/26
13:05:09 Lat 18.22 Lon -103.29 Pf 15 km.

ELOGIO

No era nombre alguno, sino espectro en el abismo,
signo de un fatal designio,
ángel sin cielo que en mí se cernía.
¿Fue amor, o solo una idea infinita?

¡Callad!, por temor a la verdad:
dicha plegaria de confusa condena,
en mi querer, de forma más pura,
mis labios jamás le han pronunciado.

En sueños se me revelaba;
quisiese que fuese real,
más su figura, ya transfigurada,
y el corazón, deseoso de sombras y alientos,
demandaba un refugio corpóreo
donde mi angustia hallase tregua.

Más vino la real y triste verdad,
y dejó en ruinas la idea concebida:
su presencia ya orbitaba,
y esa órbita no me incluía.

¿Por qué has negado lo que se sustenta?
Mi alma, devota de un Dios inexistente,
fiel de su ausencia perfecta.

Más otro ocupa mi gracia soñada,
mi vestigio tardío y sin carne.

Dicen que fui yo quien te rescató, nosotros sabemos la verdad

52



Ixchel Del Valle

Hoy mi gato Jorge tiene ocho años, es atigrado, duerme mucho, está gordo y esponjado, y sí, se llama Jorge por la famosa caricatura, sin embargo, yo aún lo veo como las primeras veces.

Cuando le hice una cama con una caja de cartón en el patio, y lo arropaba; Veía sus ojos verdes, con las pupilas dilatadas y brillantes mirándome bajo una noche fría, entendiendo que ahora estaría seguro. Me veía mientras me alejaba para entrar a casa, yo volteaba y él se levantaba para seguirme, volvía para arroparlo, pero era inútil, él siempre elegía estar a mi lado.

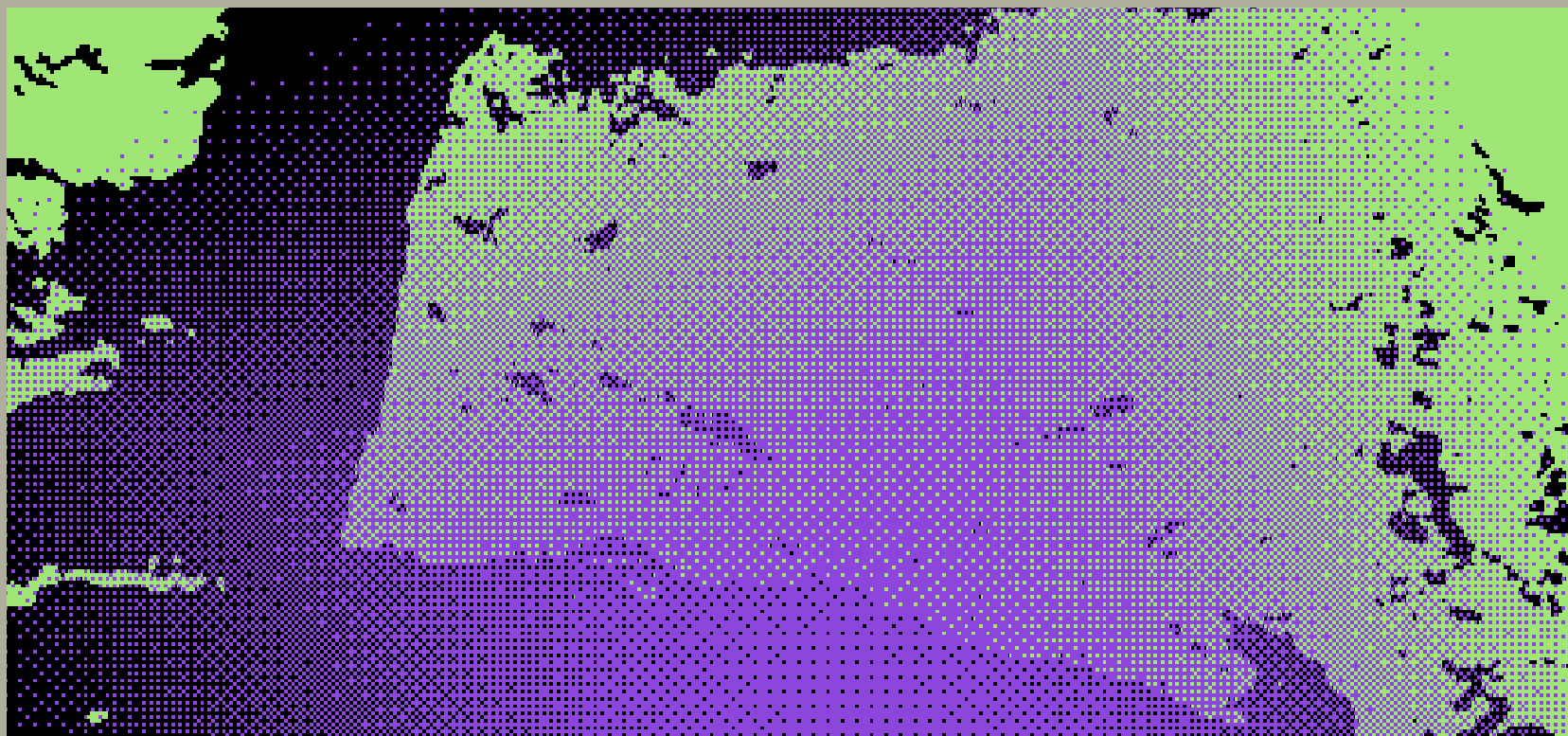
Un día con frialdad mi psiquiatra me dijo que los animales de compañía solo necesitan agua, comida y un lugar para dormir. Que no son conscientes y no entienden el amor como nosotros creemos. Por un momento lo creí, dudé de mi cordura y me pregunté si solo era mi desesperada necesidad de sentirme útil. Pasaron unos días y volví a ver a Jorge, se levantó para recibirme en la puerta, caminamos a mi cuarto y nos recostamos. Pero en mi mente seguía recordando esas duras palabras.

Me di la vuelta y me acosté boca abajo mientras lloraba. Jorge ronroneando se levantó, alzó una pata y movió el cabello que cubría mi cara, se acostó más cerca de mí, pero dejando una patita sobre mi brazo.

Mire sus ojos verdes y recordé nuestros momentos. En uno de mis intentos de suicidio me encontraba sentada en la barda de la azotea de mi casa, un tercer piso. Tenía una sogá y estaba decidida a saltar. Pero entonces llegó él, mientras ronroneaba se acostaba en mis piernas, para luego estirar su cuello, olerme y darle un beso a mi nariz y lamer mis lágrimas. Lo acaricie, ví esos ojos verdes, y entendí que ahora tenía un motivo para continuar, él. Sabía con absoluta certeza que nadie lo va a amar y cuidar como yo.

Y si sigo aquí hoy es por él, creyendo que lo había rescatado, la realidad es que él me salvó, lo sigue haciendo, por qué esos pensamientos nunca se fueron, solo que ahora sí tengo una razón para vivir. Entonces le digo no a mi psiquiatra, existe una clara conexión con mi gato, con mi Jorge, porque cuando yo no tenía nada, él estuvo ahí, y cuando mi alma no puede más, él sigue ahí. Yo amo a mi gato, y él me ama, lo veo en su mirada, lo siento en su compañía y lo escucho en sus maullidos.

Durante mucho tiempo busqué una lógica para no morir. Pensé que esa razón era Jorge. Hoy sé que él solo lamía mis lágrimas mientras yo aprendía algo mucho más difícil; Encontrar un porqué, y cuando por fin la encontré, descubrí que no es en alguien, no es en un lugar y tampoco en un sueño... Es la vida misma, solo es vivir.



En esta obra quiero narrar cómo las almas de los mexicanos se entrelazan buscándose en un país marcado por la desigualdad, que oculta lo que pasa, que finge que no hay pobreza ni desaparecidos

LA MECEDORA DE LOS SUEÑOS

En una mecedora se pasean los recuerdos.

La casa perdió tu olor, se volvió fría; la fogata no da calor.

El cuarto vacío, tu risa se esfumó.

La abuela triste pregunta si ya volvió.

¿Qué fue de su gran soñador?

El soñador que se fue del país a buscar una vida mejor.

Ni el oro ni la plata valen para la abuela: ella solo quiere que él vuelva.

Mira a la puerta día a día esperando su regreso.

Las ojeras le pesan y el reloj le pasa factura.

Desea entre sus brazos a su soñador.

La factura cobró: murió la esperanza por "algo mejor".

Cansado en el desierto, perdido en la oscuridad.

Las estrellas se ocultan, no quieren observar.

De día, un camino en el que no puedes parar, marcado con llagas;
espinas que abrazan y no puedes soltar.

Estas tan cerca, ¿Dónde está el camino al sueño? ¿O siquiera a su realidad?

Ya no hay marcha atrás.

Escondido en los matorrales, tratando de alcanzar un sueño que lo consume
más y más.

Una mirada atrás: se pregunta qué será de la abuela.
Si piensa que la dejó o si sabe que lucha por una vida mejor.

Cruzando valles, cruzando el mismo infierno, para alcanzar el cielo.

Ha pasado el tiempo.

La mecedora solo guarda recuerdos, guarda vidas separadas por un país que calla,
que en cualquier momento estalla.

La abuela y su olor a café no volvieron a ver a su soñador.

Por la puerta nunca llegó.

La abuela espera hasta su última respiración.

En el lecho preguntó: ¿Qué habrá sido de mi soñador?

¿Tendrá cobija, tendrá café?

Sabe que aún lo espero y que mantengo la fe, en el mundo terrenal e incluso en el
más allá.

TIERRA EN LAS UÑAS

Un abrigo colgado, una habitación con recuerdos de antaño.
Una madre llorando.
Un corazón que no encuentra descanso.

Las uñas en la tierra buscando mi tesoro sin parar.
Buscándote en el suelo, en las rocas, quizás en el mar.
Rezando de sol a sombra porque estés en un buen lugar y regreses a casa sin ningún mal.

Anhelo verte cruzar esa puerta como sol de mañana, recibirte y que a mis noches les des calma.
Que corras a mi pecho y vuelva a sentir mi alma.
Y no ser solo una mujer ignorada.

Tal vez, si fuera un ave podría ser escuchada, podría tener su hora por la mañana y no ser ignorada.

Podría gritar por tu regreso a casa sin recibir ninguna amenaza.
El sistema que erosiona la esperanza.

La misma carne señala, las lágrimas no limpian mi alma.
Si encuentro tus huesos al menos sentiré calma, sabré que mi niño volvió a casa.

Mis brazos extendidos que te arrullaron y cuidaron
Hoy se extienden con tus fotos, solo son ignorados.
Esos brazos cansados desean cubrir tu cuerpo.

Madre encuentra siempre todo, no descansará hasta encontrar su tesoro.
Incluso podría enterrar las uñas en piedra, de rodillas pidiendo que vuelvas.

Espero no desaparecer yo también, espero que me volteen a ver a mí y a ellas,
las que buscan y las que encuentran, las que no se cansan y siempre retan.
En praderas tal vez te encuentras, te buscare en el amanecer incluso en
el anochecer. Madre siempre encuentra todo, y más si le robaron a su tesoro.

MARIPOSAS EN MIS HUESOS

Si entre espinas y matorrales mi cuerpo se arrastra, si mi respiración de desgasta y las larvas comen de mi carne, cada gota de sangre y cada llaga reclama mi nombre; reclama no ser olvidada, reclama no ser un número más
En un país marcado por la desigualdad, por la burla a los que no están y por esos rincones en los que descansas sueños que no se podrán hacer realidad.

Quiero ser encontrada en caso de no dejar rastro y mi cuerpo lo cubra el pasto.
Quiero gritar que no importa la ropa que llevaba, no merecía ser apagada.
Pienso en el mañana, en un país en el que no se roben las almas, en el que al menos pueda ser encontrada.

Jamás me iría de tus brazos, jamás dejaría mi cuarto.
Si desaparezco, no dejes mi nombre al viento.
Sé mi faro, ayúdame a encontrar el camino a tus brazos, aunque en mi cuerpo no quede carne y las mariposas se posen en mis huesos, espero que te informen que busco mi regreso.

En los dibujos que tracé en el piso; en las palabras que me enseñaste a pronunciar,
en ese uniforme que guardaste para alguien más, en ese cepillo que aún tiene mi
cabello, en mi taza especial...

Dejé un mapa, dejé mi corazón.

Dejé luciérnagas que iluminan mi oscuridad, que me recuerdas que me amas y me
buscarás.

No dejes que me convierta en un rumor, en un tema delicado, que mi nombre sea
censurado.

No dejes que me encarne en la tierra.

Araña las piedras, que he dejado huella.

Que mi nombre arda, que no se quede atascado en tu pecho.

¡Grítalo! Sé que lo podre oír.

Grítalo tan fuerte para que en tus brazos pueda dormir, para que las yemas de tus
dedos quiten los hematomas.

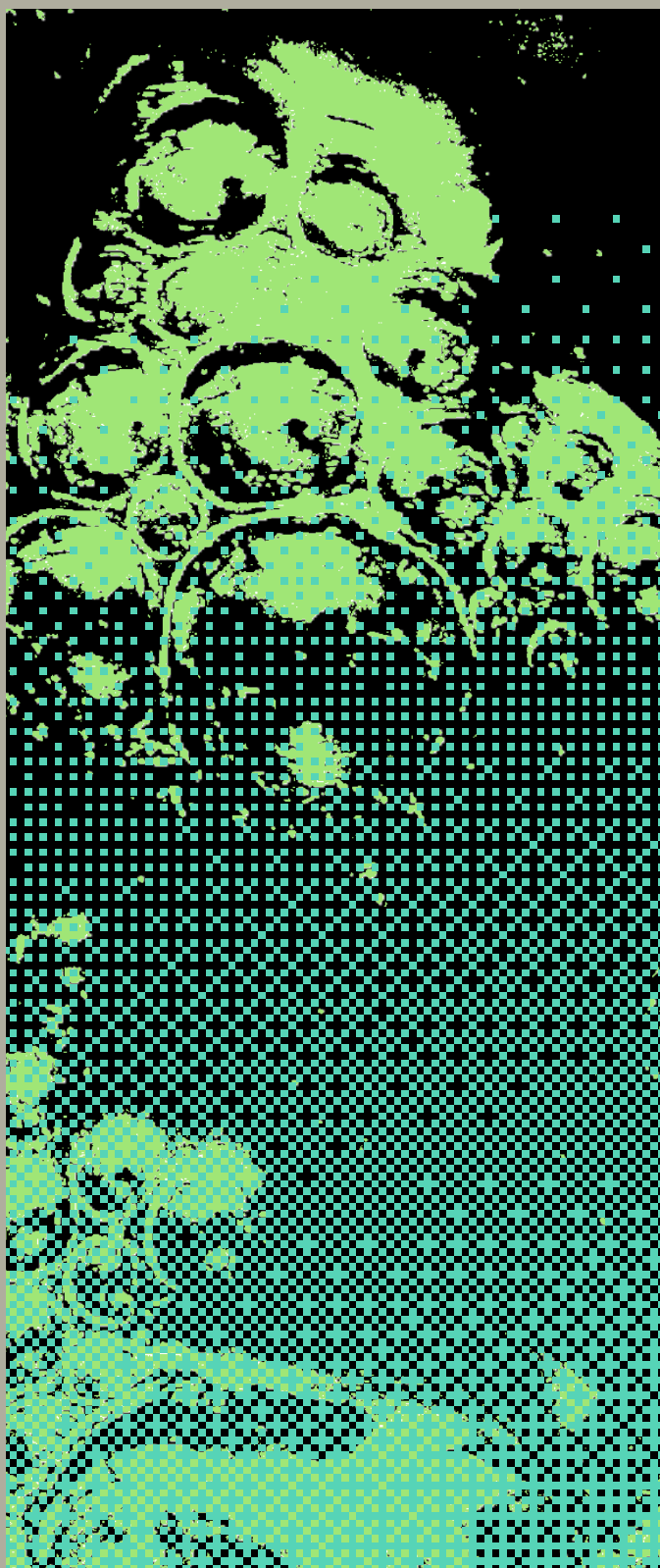
Cántame al dormir.

Sé que me contarás cómo un príncipe salvó a
la princesa de un destino infernal, y recordaré
cómo, sin armadura, te convertiste en caba-
llero.

Peleando con dragones, con dinero, con
poder... Con todo el país, con los tres colores.
Yo sé que volveré a dormir en casa, con luces
y tus mantas de colores a
mi alrededor.



Hristo Garza



No recuerdo haberme dormido. Me desperté al escuchar el murmullo fuera del salón, me levanté como pude, me puse los zapatos y fui directo al aula 4 dónde estaba dormida Molière, necesitaba alimentarla. Por alguna razón el pasillo estaba lleno, justo como me hubiera gustado el fin de semana. Somnoliento seguí mi camino. Había una junta, la cual me tocaría a mí dirigir, no pude. Ahí dentro estaba ella, el murmullo a pesar del pasillo venía realmente de aquí, este barullo me abrumaba mientras me convirtió por el instante de su perpetuidad en ciego, no había pisos y no había paredes, era como si se encargara de ser visible solo por sus ojos en rayos de sol. No la veía hace tanto y este reencuentro hacía más profunda mi finitud que solo pude retroceder, encerrarme con Molière y comenzar a transformarlo todo en lágrimas.

En nuestro México, hay muchos problemas, que ocasionan múltiples dilemas, entre ellos el cambio climático y la pobreza, por mencionar algunos, y que de ninguna manera podemos tomar con ligereza.

Si no me falla la memoria, la corrupción y la inseguridad son las protagonistas de esta historia. Además, consideremos los desafíos que como país vivimos, y que de pensarlo causan escalofríos. Cada día, somos más los jóvenes que no tenemos esperanza y vivimos en desconfianza. Nos vamos en silencio, dejando atrás familia y amigos, risas y recuerdos, Buscamos en otros países, las oportunidades que México debería ofrecer, ¿Acaso debemos pensar sólo en nosotros y dejar a nuestra patria fenecer?

Y aunque en la huida, encontremos un nuevo camino; en cada paso añoramos aquel lugar donde crecimos, somos mexicanos, hay que luchar, no podemos ceder; ese es nuestro deber, Hoy es nuestro momento, y por eso es que les pido hagamos un juramento, no seamos políticamente correctos, a cambio los invito a tener una voz y que esta vaya en aumento.

Empecemos con el cambio climático, y de ninguna manera desde un punto de vista diplomático, Estar consciente de esto, no es para asustarnos, sino para prepararnos,

Si estas tierras pudieran hablar, ¿nos darían las gracias?, no nos confundamos, esa idea es una falacia, ¿Acaso no quisieras evitar que el siguiente huracán que pase por Acapulco, cause destrucción? Esa debería ser la ilusión.

Nuestra nación ha elegido como Presidenta a una científica ambiental, de la que esperamos políticas públicas encaminadas hacia las energías renovables, siendo las únicas aceptables.

Sin embargo, no podemos esperar, para cuidar al planeta, no necesitas ser político, es muy simple, yo les explico, hay que disminuir el uso de productos desechables y optar por artículos reutilizables, Preservar la biodiversidad, plantando árboles para proteger la naturaleza, y así cuidar su belleza, ahorra el agua, que es esencial para el funcionamiento de los ecosistemas, el desarrollo económico, y la salud humana, por nuestro bien debe ser una actividad cotidiana.

Continuemos con la corrupción, la cuál le quita a México estabilización, Se disfraza de legalidad, pero tiene nombre y se llama impunidad, las manos que roban, lo que nos pertenece a todos, esas manos que buscan sólo su acomodo, los pactos oscuros, que eligen el rumbo de nuestra Nación, sin importarles la situación, Las voces silenciadas, mismas que parecen estar programadas, los deleznables engaños, que lo único que ocasionan son profundos daños. La corrupción en México ha sido señalada como uno de los principales problemas, considerándola como el mayor obstáculo para nuestro crecimiento, llevándonos al estancamiento.

Y no es para menos, ya que obstruye la democracia, la justicia, el estado de derecho y la seguridad, características necesarias para la prosperidad. La frase "el que no tranza no avanza" refleja cuán arraigada es la cultura de la corrupción en nuestro país, en donde no ser parte de la misma parece un desliz. Seguimos con la inseguridad, resultado de años de inequidad en nuestra comunidad, México era un lugar tranquilo y apacible, pero ahora hasta soñar con eso resulta imposible, Pasan las horas, pasan los días y la solución no aparece; el problema crece y se fortalece.

Somos privilegiadas, aquellas que al salir a la calle podemos llevar a cabo los planes del fin de semana, y despertar tranquilas el lunes por la mañana, pero la realidad en nuestro país, es que cada tres horas hay una mujer asesinada, Cada ausencia es una herida, con cada feminicidio una vida perdida, ser mujer es un acto de valentía, resulta increíble que regresar por la noche a nuestro hogar no sea una garantía.

Me llamo Daniela, y mi propuesta es sencilla, basta de lamentos y de quedarnos quietos, el cambio no viene con esperar, es nuestro momento de actuar! Así que dejemos por un minuto de ver el celular, y pongámonos a trabajar, Hoy no podemos estar tan ocupados, que permanezcamos callados, en esta generación está la decisión, de tomar en nuestras manos todos como hermanos, el destino de México y su renovación, alzando la voz con determinación porque en cada corazón se encuentra la solución. Es tiempo de soñar con un futuro mejor, de sembrar esperanza y cosechar valor, México nos necesita y juntos, su luz jamás se debilita.

Una justicia accesible no se mira desde lejos

62



Héctor Zavala

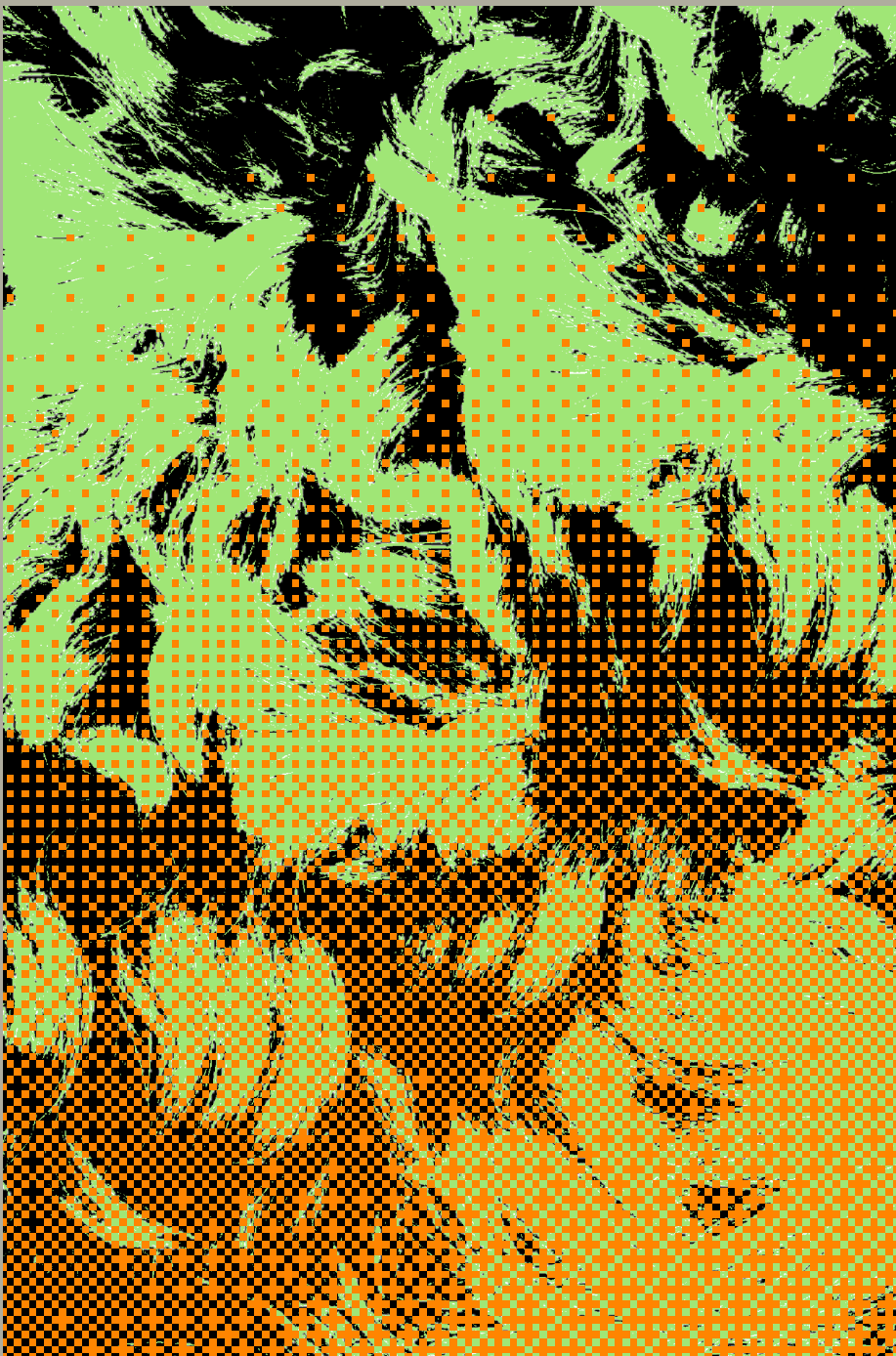
Durante mucho tiempo he escuchado que la justicia es solemne: por aparecer en libros, pronunciarse en los tribunales y parecen pertenecer únicamente a jueces, fiscales o abogados. Sin embargo, como estudiante de las licenciaturas en Derecho y Política y Proyectos Sociales me ha obligado a mirarla de otra manera. Hoy comprendo que la justicia no empieza cuando se abre una audiencia, sino mucho antes: cuando alguien decide no guardar silencio ante un abuso, cuando una comunidad se organiza y cuando una persona reconoce que el dolor ajeno también le concierne.

Ser joven significa crecer entre enormes posibilidades y contradicciones profundas. Tenemos acceso inmediato a información de todo el mundo,

pero todavía vemos personas excluidas por su origen, su género o su condición económica. Podemos denunciar una injusticia en segundos, aunque muchas víctimas pasan años esperando una respuesta. Si bien hemos aprendido a nombrar problemas que antes se ocultaban, la realidad es que corremos el riesgo de acostumbrarnos a ellos. Tal vez esa sea una de las formas más peligrosas de la injusticia: verla tantas veces que deja de sorprendernos y las personas lo normalizamos.

Las redes sociales nos permiten conocer, denunciar y organizarnos; también pueden convertir la indignación en un gesto fuerte. Compartimos una noticia, escribimos un comentario y, al deslizar la pantalla, sentimos que ya cumplimos. Pero observar no es lo mismo que transformar o hacer un cambio. La pregunta que mi generación debe hacerse no es solamente qué injusticias nos molestan, sino qué estamos dispuestos a hacer después de reconocerlas.

Participar no exige protagonizar actos extraordinarios ni pertenecer necesariamente a un partido político. Puede comenzar al informarnos antes de opinar, escuchar a quienes han sido ignorados, rechazar la corrupción cotidiana, denunciar una violencia, acompañar a una víctima o intervenir responsablemente en los asuntos de nuestra comunidad. También significa votar, exigir cuentas, debatir con respeto y defender la dignidad de otra persona incluso cuando hacerlo resulta incómodo. Son acciones pequeñas frente a problemas inmensos, pero ninguna transformación colectiva nace completamente formada.





A las juventudes se nos repite con frecuencia que todavía nos falta experiencia, como si participar fuera un derecho que se adquiere con los años. Sin embargo, las decisiones públicas afectan nuestro presente, no únicamente nuestro futuro. La inseguridad que limita nuestras calles, la desigualdad que condiciona oportunidades y la impunidad que debilita la confianza ya forman parte de nuestra vida. No somos solamente la generación que heredará México: somos una parte del México que existe hoy y que el día de mañana solo quedará la marca de nuestras acciones.

Eso no significa idealizar a la juventud. También podemos repetir prejuicios, difundir información falsa o refugiarnos en la indiferencia. Precisamente por eso, participar requiere preparación y autocrítica. La inconformidad, por sí sola, no basta. Necesitamos conocer nuestros derechos, comprender las instituciones, escuchar posturas distintas y convertir la emoción en propuestas. Una voz auténtica no es la que grita más fuerte, sino la que sabe por qué habla y acepta la responsabilidad de sus palabras.

Para mí, como estudiante no se debe de reducir a memorizar artículos ni a obtener un título. Debe ser una forma de aprender a mirar lo que otros prefieren ignorar y de poner el conocimiento al servicio de las personas. Crear estrategias como puente y no como una barrera; como una herramienta capaz de acercar la justicia a quienes suelen encontrar puertas bloqueadas. Esa aspiración empieza desde ahora, en la manera de escuchar, cuestionar, planear y actuar.

Nuestro México necesita instituciones firmes, pero también una ciudadanía que no renuncie a ellas ni deje de vigilarlas. Los tribunales pueden responder después de que el daño ocurre; una sociedad comprometida también puede prevenirlo. Cuando una persona joven rechaza normalizar la violencia, defiende la igualdad o propone una solución en su escuela, colonia o universidad, comienza a modificar el espacio público. Quizá no vea de inmediato el resultado, pero abre una posibilidad que antes no existía.

La esperanza, entonces, no es esperar pasivamente a que alguien más arregle el país. Es una disciplina: informarse, participar, insistir y conservar la sensibilidad aun cuando la realidad invite al cansancio. El archivo de nuestra época no debería guardar únicamente pruebas de todo lo que estuvo mal, sino también la memoria de una generación que decidió involucrarse.

La justicia no puede mirarse desde lejos. Se construye cuando dejamos de preguntarnos quién resolverá los problemas y comenzamos a reconocer qué parte nos corresponde. Si las juventudes nos manifestamos y cambiamos la indignación en conocimiento, el conocimiento en participación y la participación en compromiso, lograremos demostrar que nuestra edad no limita nuestra capacidad de cambiar al país. No basta con observar la historia ya que también tenemos la responsabilidad de escribirla para darle un gran futuro a las próximas generaciones.

Víctor Gabriel Martínez Servín

El yeso del techo cae sobre nuestros pupitres,
aprendemos a hacer promesas frente al pizarrón,
nadie nos entrega la contraseña de la esperanza.
Hablamos con serenidad de quienes murieron en el horizonte.

Somos la generación que encontró abiertas todas las ventanas,
como si el aire hubiera renunciado a entrar por la puerta.
Vivimos rodeados de voces que jamás tocan nuestros hombros,
amamos ciudades donde nunca estuvimos,
las guerras nos alcanzan convertidas en polvo de noticiero.
Todavía nos prometen la victoria.

Cuando alguien pregunte qué dejamos sobre la tierra,
no señalen nuestras fotografías, digan únicamente que permanecemos.
Que hubo en nosotros la obstinación de la hiedra entre los escombros.
Porque el mundo, pese a nosotros y a sí mismo, continúa mereciendo habitantes.

Las redes sociales y la romantización del retroceso

65



Frida Rincón

Durante décadas, las mujeres hemos luchado por obtener espacios que durante mucho tiempo nos fueron negados. El derecho a estudiar, trabajar, votar, decidir sobre nuestro cuerpo y futuro, todo esto fue resultado de movimientos sociales que impactaron la sociedad. Sin embargo, en pleno siglo XXI, cuando parecía que esos avances eran incuestionables, las redes sociales a manera de trend comenzaron a presentar una nueva narrativa: la del regreso a una feminidad tradicional, estética y aparentemente perfecta.

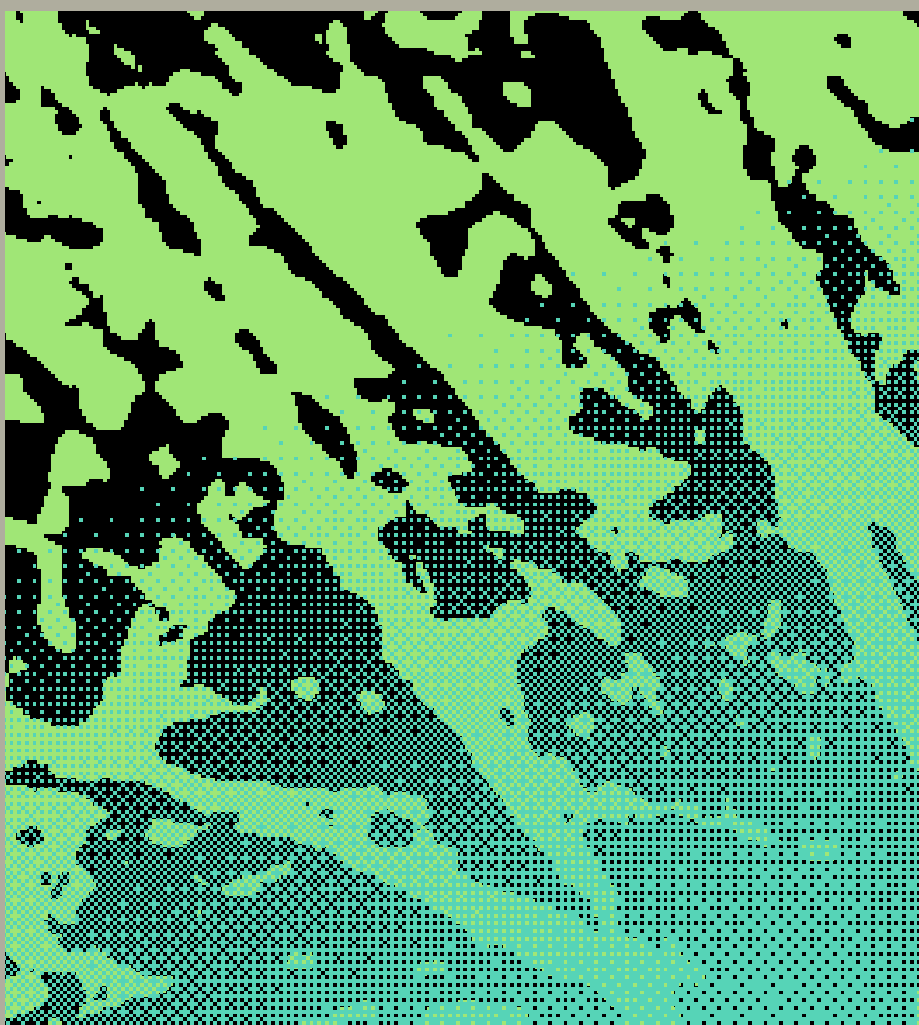
Al día de hoy, solo basta con abrir TikTok o Instagram para encontrarnos con videos de mujeres preparando el desayuno de su esposo, limpiando una casa impecable, maquillándose mientras hablan de la importancia de tener “energía femenina” o explican por qué desean abandonar sus carreras para dedicarse al hogar y maternidad. Esto lo hacen bajo etiquetas como *trad wife*, *clean girl* u *old money*, estos trends obtienen millones de reproducciones y se presentan como simples elecciones personales, sin embargo, detrás de esa aparente libertad de decisión existe un fenómeno

que merece ser cuestionado.

Las redes sociales funcionan por medio de algoritmos que nos muestra aquello que genera mayor interacción, ya que, cuanto más atractivo, aspiracional o estéticamente agradable sea un contenido, mayor será su viralidad. Debido a esto, muchas creadoras reproducen el mismo modelo de contenido donde se representa a una mujer joven, delgada, serena, perfectamente arreglada y dedicada al cuidado de los demás. Poco a poco, esa imagen deja de ser una posibilidad entre muchas para convertirse en el estándar que el algoritmo crea.

Ante esto es importante comprender que el problema no radica en que una mujer decida ser ama de casa, cocinar o disfrutar de su maternidad. La verdadera preocupación aparece cuando un único modelo de feminidad comienza a resentarse como el ideal al que todas deberían aspirar. Lo que durante décadas fue cuestionado por limitar las oportunidades de las mujeres reaparece pero ahora envuelto en un video de menos de 3 minutos y con una estética diseñada para parecer deseable.

El retroceso ya no llega mediante prohibiciones o leyes que limitan los derechos de las mujeres, sino que llega disfrazado de contenido. Ya no se impone desde instituciones, sino desde pantallas por medio de trends que muestran la “vida perfecta” de la mujer. La presión deja de ser explícita para convertirse en comparación, ya que, si otras mujeres logran verse impecables, mantener un hogar perfecto y sonreír siempre frente a la cámara, ¿por qué las demás no podrían hacerlo?



"Una colección de escritos que nacen de la contemplación de aquello que nos transforma: los finales que no elegimos, las batallas que libramos contra nosotros mismos, los recuerdos que permanecen y los momentos en los que debemos volver a encontrarnos.

Estas páginas recorren la complejidad de existir, amar, perder y resistir; exploran la relación entre nuestra libertad y nuestros límites, entre lo que dejamos ir y aquello que permanece dentro de nosotros. Son reflexiones sobre la condición humana, las heridas que nos cambian y la fuerza que encontramos cuando decidimos elegirnos.

Un compendio sobre la búsqueda de sentido en medio de la incertidumbre, donde cada texto representa una conversación íntima con aquello que nos rompe, nos transforma y finalmente nos permite permanecer."

ELEGIRME

En noches sombrías como esta, cuando las cobijas me hablaban de ti; donde el espacio en mi cama era más frío que la noche misma y el olor del café recién hecho no opacaba el aroma de tu perfume que el viento corría en complicidad para mí, el amor propio me salvó de ti.

ARDÍ, SOBREVIVÍ

No quiero que tus cajones empiecen a acumular cartas disfrazadas de reclamos. Me opongo a que mis sentimientos queden levitando en el espacio sin tener un destinatario. Prefiero hacerme a la idea de que un ser frío e insensible hizo caso omiso a tragarme la llamarada que mi corazón expelió.

ECOS DE FINALES IRREVOCABLES

Entiendo que los finales felices o deprimentes, representen el cambio y la transformación; el inicio de algo bueno o, por el contrario, de algo peor. Sin embargo, ¿cuántos de ellos recaen en nuestras manos y caben dentro de nuestro libre albedrío? ¿Cuántos están en manos del destino o incluso dependen de Dios?

Finales que dejan duelos eternos; almas y cuerpos que, al mostrarse inquebrantables, se azotaron por no encontrar ilusión. Creer y permitir que un final dependa de Dios puede ser hermoso y esperanzador, pero también puede diluir la responsabilidad al pensar que todo está escrito.

Decidimos cuándo terminar una relación o cuándo hacer a un lado una historia que amamos, pero no podemos elegir cómo, cuándo ni dónde morir. No es un anhelo de ser Dios ni la pretensión de ocupar su lugar; es, quizá, el reconocimiento de que el mayor castigo del ser humano es no tener el control absoluto: no decidir del todo qué está bien o mal ni dominar los ciclos que sólo al universo pertenecen. Aún así, hay finales que conceden calma, que devuelven la felicidad. Dichosos quienes, después de un final, vuelven a ver a su familia, se reencuentran con su persona favorita, escuchan la música que los sostiene o caminan descalzos sobre el césped. Dichosos los que, al cerrar una etapa, logran reconciliarse con su límite y descansar en él.

EL ARTE DE RESISTIR

Toda la vida me he dedicado a buscar la belleza y la plenitud en las cosas que, a

veces, catalogamos como insignificantes. Ante cualquier situación, lo primero que veo son escenarios que apenas logran sacarme un destello de felicidad; probablemente soy profeta del pesimismo, pero esta cultura refleja que la esencia máxima de la vida es una lucha que parece interminable, y los momentos en los que me siento dichoso llegan en un rato de tregua.

LA CELDA QUE SOY

En ocasiones me siento tan frustrado que me percibo atrapado dentro de mi propio cuerpo, como si la parte intangible que comprende mi existencia quisiera enseñarme lo que significa ser libre. Por años he sido prisionero de mis pensamientos, y el vínculo íntimo que sostenía la armonía entre el espíritu y mi cuerpo se ha fracturado, a tal punto que he carecido de autoconsciencia. He lanzado por la borda la plena acción que me hace volar.



El tiempo es una de esas cosas que experimentamos constantemente pero raramente entendemos. Lo medimos, lo perseguimos, lo lamentamos o lo desperdiciamos, pero pocas veces nos detenemos a reflexionar sobre su naturaleza verdadera y su influencia profunda en nuestras vidas. La crónica, ese género que captura los momentos significativos del devenir humano, nos invita precisamente a esto: a observar cómo el tiempo teje las historias de nuestras existencias.

Vivimos en una era de inmediatez. Las redes sociales nos entrenan para consumir experiencias en fragmentos de segundos, para convertir momentos en contenido efímero que desaparece en veinticuatro horas. Sin embargo, la vida nos recuerda que existe algo valioso en la pausa, en la narración pausada que permite comprender el espesor de lo vivido. Cuando crónica de nuestros días, estamos construyendo memoria, tejiendo significado en lo que de otra forma sería solo un flujo caótico de eventos.

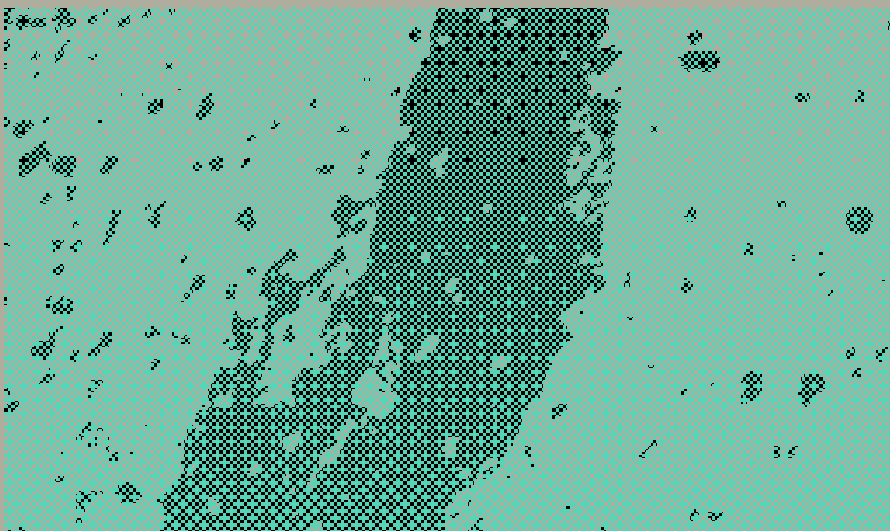
La paradoja fundamental del tiempo reside en su carácter dual. Por un lado, es profundamente personal: cada uno experimentamos el tiempo a través de nuestras vivencias particulares, nuestros recuerdos, nuestras esperanzas. La adolescencia transcurre lentamente, mientras que la adultez acelera su paso de manera inquietante. Una espera ansiosa dilata los minutos; una jornada de alegría los comprime. El tiempo psicológico no coincide jamás exactamente con el tiempo del reloj. Por otro lado, el tiempo es colectivo: experimentamos acontecimientos históricos que nos

trascienden, que nos insertan en narrativas más amplias que nuestras biografías individuales. Somos simultáneamente protagonistas y espectadores de la historia.

La crónica emerge precisamente en este espacio intermedio, donde lo personal y lo colectivo se encuentran. Un cronista captura el espíritu de una época a través de detalles concretos: la ropa que se usa, el dinero que circula, las palabras que se pronuncian, los gestos que definen a una generación. Gabriel García Márquez, en sus escritos más notables, demostró que la verdadera grandeza de la crónica radica en su capacidad de hacer lo universal a través de lo particular, de convertir los sucesos cotidianos en ventanas hacia verdades más profundas.

Pero hay un riesgo inherente: la tentación de la nostalgia. Miramos hacia atrás y frecuentemente idealizamos el pasado, olvidando sus angustias, sus limitaciones, sus injusticias. La crónica auténtica debe resistir esta facilidad, debe ser honesta sobre lo que fue, sin pretender que cualquier época anterior fue superior simplemente porque la distancia temporal nos permite romanticizarla. Sin embargo, también es cierto que cierta melancolía es justificada: perdemos cosas valiosas en el tránsito hacia el futuro. Cada momento que abandona la actualidad lleva consigo algo irrecuperable.

Lo que la crónica nos ofrece es una forma de reconciliación con esta inevitable pérdida. Al documentar, al contar, al reflexionar sobre lo vivido, transformamos la experiencia bruta en significado.





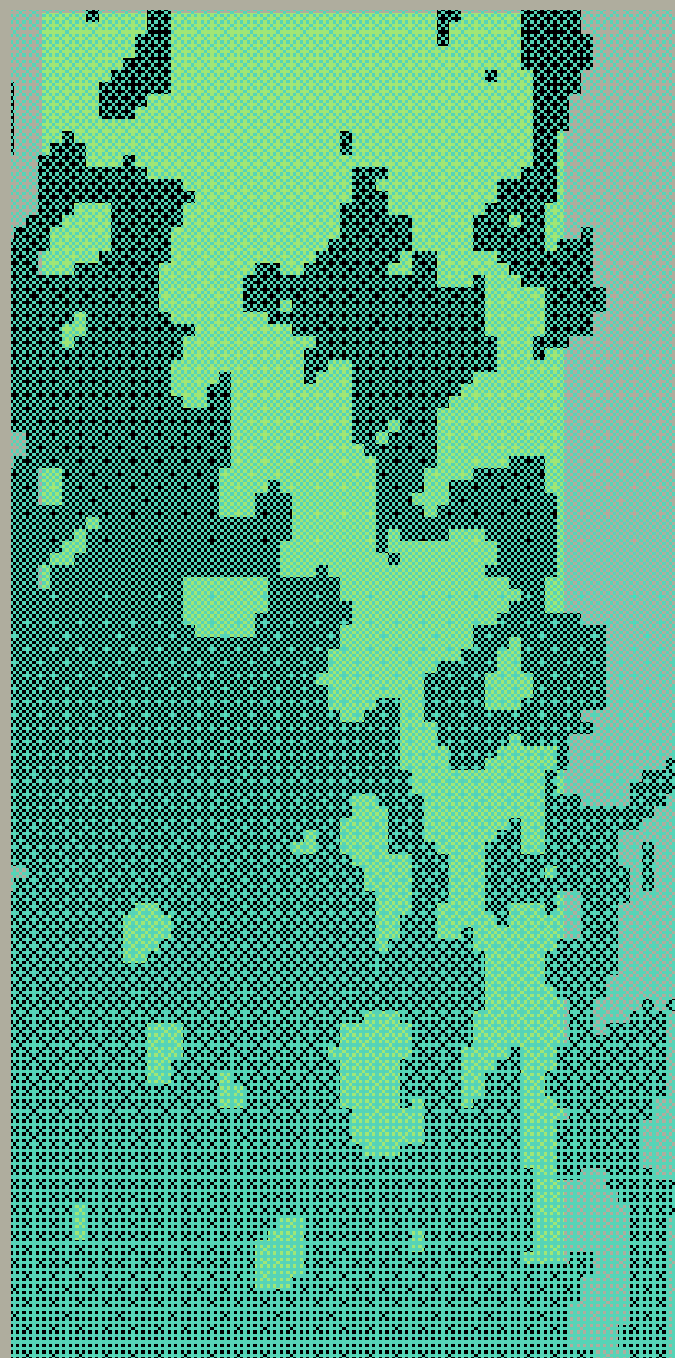
No detenemos el tiempo, pero lo capturamos en palabras, lo preservamos en la memoria colectiva. Esto es particularmente importante en nuestro presente, donde la información viaja a velocidades vertiginosas y donde la superficialidad amenaza constantemente con reemplazar la profundidad.

La reflexión crónica requiere valentía. Significa mirar de frente tanto nuestros logros como nuestros fracasos, reconocer tanto la belleza como la fealdad de nuestro mundo. Requiere la disposición de sentir incómodo, de cuestionarse, de admitir que los problemas que enfrentamos no tienen soluciones fáciles. En un mundo que constantemente nos presiona para simplificar, para elegir entre posiciones binarias, la crónica nos permite habitar la complejidad, la ambigüedad, la sombra gris entre los extremos.

Finalmente, la reflexión crónica es un acto de resistencia contra el olvido. Frente a la vastedad del universo y la brevedad de nuestras vidas, es fácil caer en la desesperación, en la sensación de que nada importa. Pero cuando nos tomamos el tiempo de narrar, de reflexionar, de documentar, afirmamos que nuestra existencia tiene peso, que nuestras experiencias merecen ser recordadas. No somos solo polvo que pasa; somos historias que resuenan, que se transmiten, que pueden tocar a otros años después de que hayamos partido.

El tiempo seguirá su marcha inexorable. No podemos detenerlo ni controlarlo. Pero sí podemos elegir cómo nos relacionamos con él. Podemos permitir que nos arrastre sin rumbo, o podemos, como los

cronistas, intentar capturar su esencia, darle forma y sentido a través de la palabra. Quizás esa sea nuestra única victoria verdadera contra el tiempo.







Hay frases que uno escucha tanto que terminan convirtiéndose en verdades, aunque nunca nos hayamos detenido a cuestionarlas.

“todavía estás muy joven” o “cuando crezcas podrás cambiar las cosas”, también el clásico “Tu momento llegará”.

Orecí creyendo en estas frases. Pensando que el futuro era un lugar lejano al que solo se llegaba con los años. Mientras tanto, solo me quedaba observar. Pero el tiempo nunca espera a nadie...

Mientras nosotros crecemos, el mundo también lo hace. Aprendimos a ver guerras desde la pantalla de un celular, incendios que consumían bosques, comunidades enteras luchando por salir adelante y jóvenes de nuestra edad enfrentando responsabilidades que parecían demasiado grandes para cualquiera de ellos. Pero también aprendimos que muchas personas sonríen en una fotografía mientras, por dentro, cargan batallas que nadie alcanza a imaginar.

Pero a decir verdad ser joven hoy en día no ha sido sencillo.

Vivimos entre la presión de encontrar nuestro lugar, el miedo de no ser suficientes y la incertidumbre de un futuro que cambia todos los días. A veces pareciera que el mundo nos exige tener todas las respuestas cuando apenas estamos aprendiendo a conocernos. Sin embargo, hay algo que pocas veces se dice de nosotros; que

a pesar de todo, seguimos creyendo.

Seguimos levantándonos para estudiar, imaginando proyectos, haciendo amigos, ayudando desinteresadamente a quien lo necesita y soñando con un país donde las oportunidades no dependan de la suerte. Cada día conozco jóvenes que dedican su tiempo a enseñar, crear, emprender, cuidar el medio ambiente, hacer arte, escuchar a los otros o trabajar por sus comunidades sin esperar aplausos.

Lo raro es que ellos casi nunca aparecen en los titulares. Pero existen, son muchos más de los que creemos. Entonces entendí que tal vez el problema nunca fue nuestra generación.

Tal vez el problema era la pregunta. Durante mucho tiempo nos acostumbramos a escuchar por qué algo no podía hacerse. ¿Por qué intentar cambiar las cosas? ¿Para qué participar si nada va a cambiar? ¿Por qué levantar la voz si nadie escucha? Pero toda transformación comienza cuando alguien se atreve a hacer una pregunta diferente.

“¿Y si sí?”

¿Y si sí podemos construir un país donde las diferencias no nos dividan? ¿Y si sí podemos demostrar que la empatía también transforma las vidas?

¿Y si sí podemos convertir una idea en un proyecto y ese proyecto en una oportunidad para alguien más?



¿Y si sí dejamos de esperar el momento perfecto para empezar? Nos dijeron que éramos el futuro. Hoy creo que se equivocaban en una sola cosa. El futuro no empieza mañana; empieza cada vez que un joven decide actuar en lugar de quedarse como espectador. Empieza cuando alguien organiza una colecta, escribe una historia, crea una obra, levanta la voz por una causa, ayuda a un compañero o simplemente se niega a aceptar que las cosas siempre tendrán que ser iguales.

Quizá nunca sepamos el alcance de nuestras acciones. Tal vez jamás descubramos cuántas vidas cambió una conversación, un abrazo o una decisión valiente.

Pero la historia siempre ha sido escrita por personas que decidieron dar el primer paso sin tener la certeza de llegar al final. Eso también es esperanza. No la esperanza que espera sentada. La esperanza que trabaja. La que se equivoca y vuelve a intentarlo. La que entiende que los grandes cambios empiezan con pequeños actos repetidos a diario.

Cuando pienso en mi generación, no veo una generación perdida. Veo una generación que aún con miedo, sigue soñando y aprendió a levantarse después de las decepciones; que entiende que participar no siempre significa ocupar un gran cargo, muchas veces significa escuchar, servir, proponer y construir desde donde uno está.

Ojalá que, dentro de algunos años, cuando alguien pregunte quiénes fuimos los jóvenes de esta épo-

ca, no nos recuerden por las veces que dijeron que no podíamos.

Ojalá nos recuerden por haber encontrado el valor de responder con una pregunta más poderosa. Porque los sueños más grandes de la historia comenzaron exactamente igual.

Con tres palabras.
“¿Y si sí?”.

Sofía Fernanda Moreno Ochoa





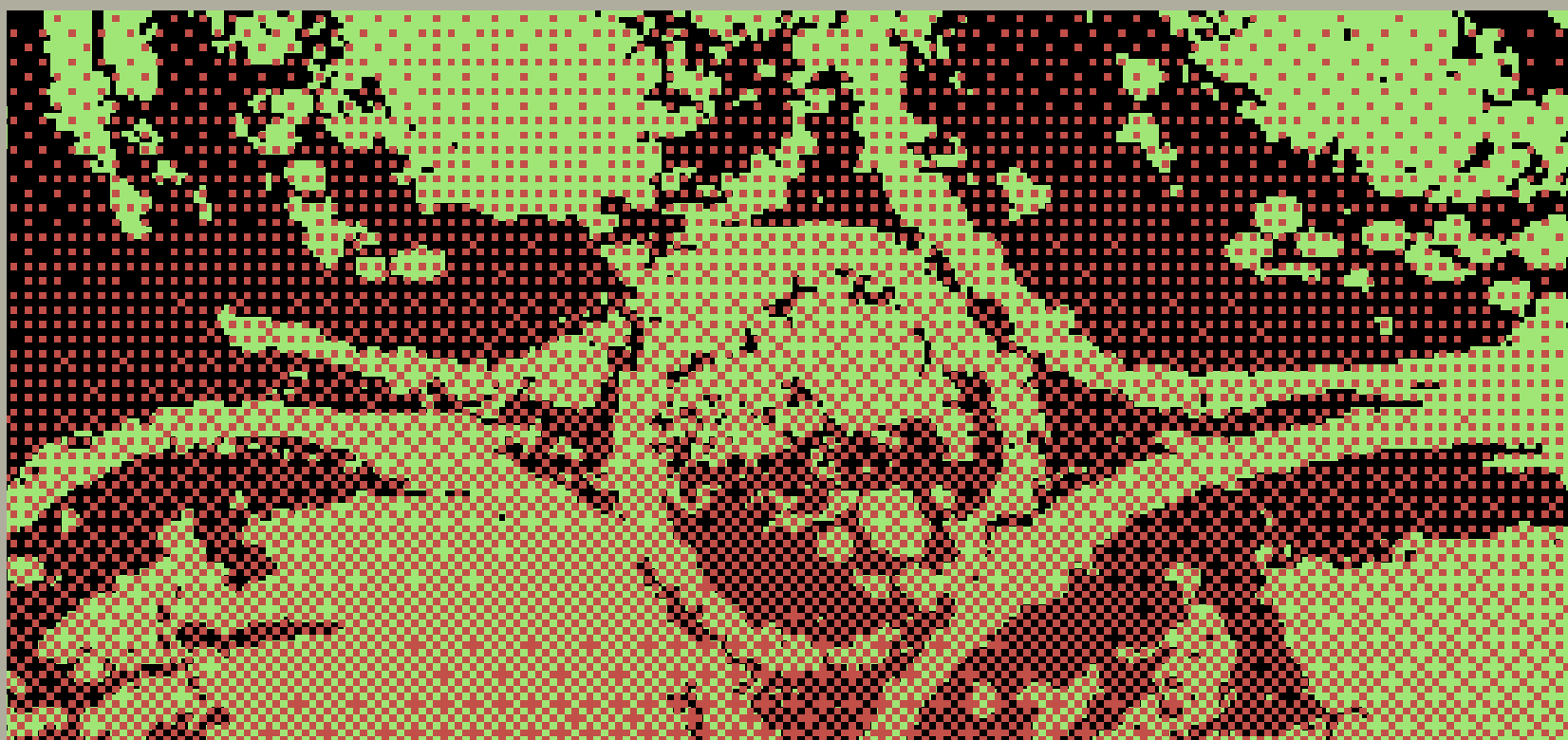
Es inevitable preguntarse ¿El inicio de una vida en sociedad de manera activa comienza al adquirir la famosa INE tras haber cumplido la mayoría de edad en México? O ¿Acaso tengo que esperar hasta ese momento para levantar la voz o decidir en mi localidad?

Estas y otras tantas preguntas me inundaron algunos años atrás, ¿Realmente niñas, niños y adolescentes existimos hasta los 18 años? la respuesta corta es no, sin embargo, tal parece que aprender sobre los distintos tipos de democracia consagrados en nuestra Constitución Política de la Ciudad de México, así como el funcionamiento y características de cada una, no es tan relevante para el gobierno de la capital cuando se trata de la juventud chilanga. No obstante organismos autónomos como el Instituto Electoral de la Ciudad de México con fundamento en el numeral tercero del artículo 24 de nuestra carta magna local, amplían los derechos del grupo etario mencionado al crear observatorios electorales para infancias y adolescencias, sirva de ilustración Ciudad Keve, mientras que por otro lado, más allá de la observación, el proponer proyectos para mejorar nuestra colonia, también es posible para personas de 6 de edad en adelante, a través del Presupuesto Participativo, un gran mecanismo de democracia participativa que permite que las personas jóvenes e infancias no solo sean espectadores, sino propias mentes

promovientes de una verdadera alternativa en su colonia.

En contraste del Instituto Electoral de la Ciudad de México, el Instituto de la Juventud de la Ciudad de México, poco se encarga de aplicar y promover mecanismos para incentivar que más personas jóvenes se involucren desde edades más tempranas en asuntos que les interesan y afectan, como lo es un parque abandonado, falta de zonas de recreación cerca de sus hogares. Sentir a una administración pública indiferente y solo enfocada en ejercer presupuesto en programas sociales que no colaboran a mejorar la educación cívica y la construcción de ciudadanía para poder convivir en sociedad de una forma donde la violencia no tenga cupo, donde ser joven no sea sinónimo de inexperiencia, sino que por el contrario sea sinónimo de esperanza y total capacidad para hacer de esta ciudad un lugar que pare de sobrevivirse y comience a vivir dignamente.

Aún hay muchas cosas que podemos mejorar antes de cambiar siglo, ir más allá de la democracia representativa y apostarle a más mecanismos de democracia participativa, es algo que sin duda como joven me encantaría que fuera una realidad.



Ricardo Abdali Villa Enriquez



Ricardo Abdali Villa Enriquez



Ricardo Abdali Villa Enriquez





La irrupción de la digitalización en la vida cotidiana ha planteado serios desafíos para los sistemas democráticos. La expansión de las tecnologías digitales ha modificado el funcionamiento de los mercados financieros y su relación con los Estados. Uno de los fenómenos que mayor relevancia ha adquirido durante los últimos años es el desarrollo de la economía digital y, particularmente, la consolidación de las criptomonedas como una alternativa al sistema financiero tradicional.

Si bien la génesis de los activos digitales son rastreables por lo menos cuatro décadas, su antecedente más reciente se produjo en torno a 2008, en el contexto de la crisis financiera ocasionada por la deuda *subprime*. La pérdida de confianza en la banca tradicional motivó el surgimiento de sistemas de pago descentralizados que prometían anonimato, independencia respecto de los bancos centrales y una arquitectura tecnológica resistente a la intervención.

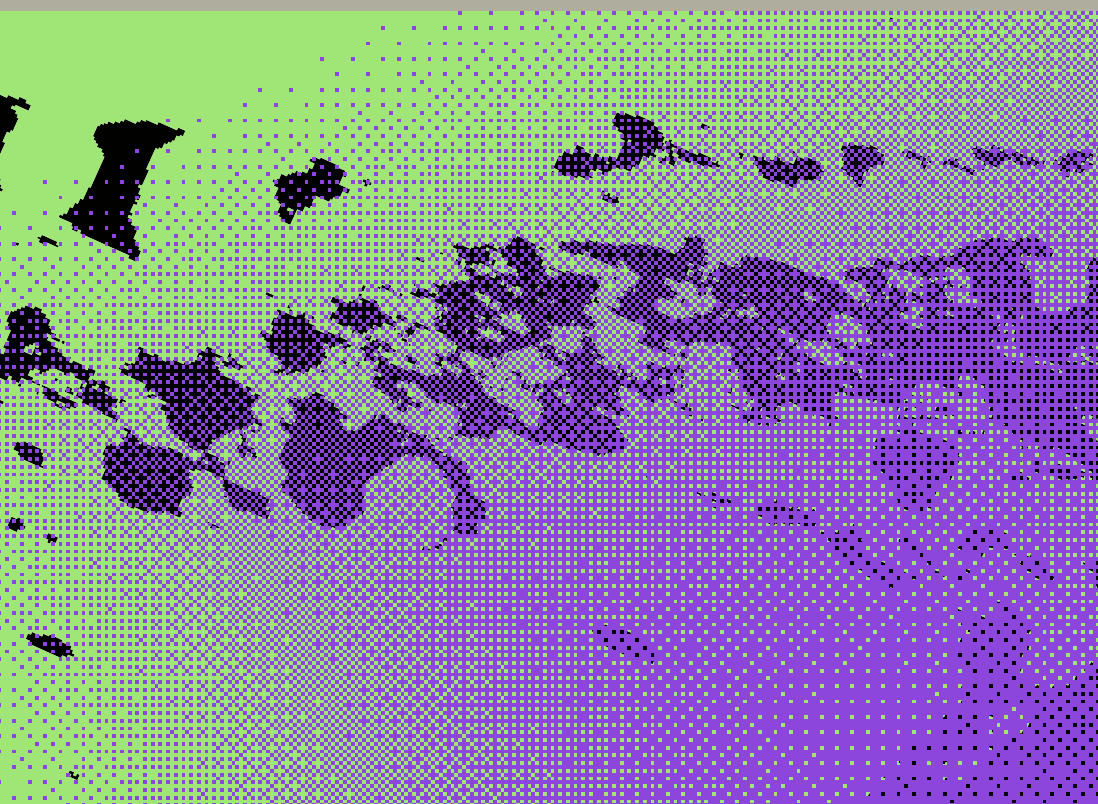
El 31 de octubre de 2008 apareció una nota titulada *Bitcoin: A Peer-to-Peer Electronic Cash*

System (Bitcoin: Un sistema de dinero electrónico entre pares), impulsando un ecosistema financiero inédito, la economía cripto. Desde entonces, las criptomonedas han experimentado una notable diversificación, dando lugar a proyectos, como Ethereum y sus contratos inteligentes (*smart contracts*), así como a una amplia gama de aplicaciones impulsadas por la masificación de los teléfonos inteligentes y las plataformas digitales.

Eventualmente, la economía superó la crisis financiera, como siempre lo hace; sin embargo, la crítica a los excesos de la banca tradicional fue retomada por una retórica antisistema autodenominada *libertaria* –qué pensarán Bakunin y Kropotkin del mentado nombre. La desconfianza fue incorporada por diversos movimientos políticos que comenzaron a construir un discurso antisistema, caracterizado por la crítica al Estado y a la regulación económica.

Los representantes de dicha narrativa integran hoy la nueva derecha populista, quienes han logrado capitalizar el descontento social mediante un discurso que combina *grosso modo* el liberalismo económico, un trasnochado nacionalismo y el rechazo hacia las élites políticas y económicas tradicionales.

Particularmente, tras el regreso de Donald Trump a la oficina oval, diversos liderazgos de derecha han fortalecido su presencia en América Latina –históricamente progresista. Figuras como Javier Milei en Argentina, Nayib Bukele en El Salvador, José Antonio Kast en Chile y, recientemente, Abelardo





de la Espriella en Colombia, han incorporado en distintos grados una narrativa favorable a la innovación tecnológica y la desregulación económica como mecanismos para sortear la crisis.

Aunque el desarrollo de las criptomonedas y el ascenso de estos liderazgos políticos obedecen a procesos históricos distintos, han encontrado importantes puntos de convergencia. Las monedas digitales han dejado de presentarse únicamente como una innovación tecnológica para convertirse también en un elemento discursivo asociado con la reducción del papel del Estado en la economía.

Al tiempo, las criptomonedas han sido vinculadas con cierta idea de innovación tecnológica, del mismo modo que ha ocurrido con el auge de la inteligencia artificial. Tal fue el caso de Nayib Bukele, quien convirtió al Bitcoin en moneda de curso legal en El Salvador en 2021, buscando proyectar al país como un laboratorio mundial de innovación financiera. El experimento tuvo serios descalabros fiscales que terminaron por conducir al gobierno salvadoreño a negociar un acuerdo de financiamiento con el Fondo Monetario Internacional en 2025.

En este proceso de financiarización digital, la dimensión ideológica parece haber desempeñado un papel secundario frente al efecto pragmático que representa un activo anónimo y desregulado. La promesa de libertad económica que acompaña al discurso libertario ha encontrado en las criptomonedas un vehículo para promover modelos de inversión altamente especulativos.

Diversos dirigentes políticos han participado activamente en este fenómeno. Donald Trump declaró ingresos cercanos a los 1,400 millones de dólares derivados de inversiones vinculadas con activos digitales. Javier Milei, por su parte, promocionó tan pronto como llegó a la Casa Rosada, *\$Libra*, otra cripto que resultó una estafa por la cual el presidente argentino enfrenta diversas acusaciones.

En menos de una década, las criptomonedas han dejado de ser un fenómeno marginal y se han convertido en un mecanismo que cuestiona uno de los fundamentos de la soberanía de los Estados como es la emisión de moneda. Su expansión cuestiona seriamente la capacidad de los Estados para regular los flujos financieros y preservar la estabilidad de sus divisas.

Las criptomonedas han evolucionado hacia instrumentos predominantemente especulativos, cuyo valor depende, en buena medida, de las expectativas de los mercados y de la confianza depositada por sus inversionistas. Ello ha permitido que actores privados acumulen una influencia creciente sobre un ámbito que históricamente estuvo reservado a los bancos centrales.

Su expansión obliga a reflexionar sobre los riesgos que entraña un sistema financiero insuficientemente regulado, lo que puede derivar en el financiamiento de actividades ilícitas o la evasión fiscal. Es responsabilidad de los Estados fomentar una legislación que motive e impulse el desarrollo tecnológico, sin perjuicio para las personas.

Simone Soberanes Bravo





Narrador: En un pequeño departamento, en una gran ciudad, entre miles de historias por contar con tantas palabras por usar, un pequeño escritor en compañía de su amigo se cuestionaba sin parar.

Escritor: solo piénsalo, el valor de un texto es incomparable, ya sea breve y fantasioso como una leyenda o extenso y exacto como un buen libro, son vistazos que cambian su contenido según lo que busques. Podrías ir por lo simple buscar lo que necesitas en el yyy ya... o podrías sentirlo puedes ver un poco de lo que un escritor deja plasmado en su obra de arte, cómo deja un poco de él en cada palabra; una vida contada de forma distorsionada que se distorsiona más cuando intentas explicarla, provocando que tenga más valor; un valor agregado que se vuelve único al tú volverte el portador de esa voz, que podría llevar a una nueva forma de viv...

Amigo: miau

Escritor: sí, quizás estaba exagerando, ¿Cómo unas palabras sobre un papel podrían tener un significado tan grande? Quizás sólo sirvan como un vistazo al pasado. Es emocionante leer a Fiona Barton hablando desde su trinchera, con una maestría tan sutil, sobre la represión de la mujer, dejando un poco de su brillante forma de pensar en unas cuantas palabras, que podrían parecer insuficientes, pero que al leerlas despiertan en hombres y

mujeres una concienciación acertada que te hace odiar no un género, no un personaje, sino una situación tan repetible....

Amigo: miau miau

Escritor: sí... también existen escritores como David Benatar, que no buscan retratar ni exponer una situación que nos hace daño. Libros que solo buscan tener un momento de controversia para venderse, aunque... creo que ya lo puedes ver, solo refuerza más lo que te digo. Esto es una clara representación del cómo en nuestro tiempo quedamos atrapados en discusiones banales y de cómo todo termina siendo una lucha de poderes por demostrar algo de superioridad. Ahora lo ves, ¿no?

Amigo: miau...

Escritor: sí, creo que debí escribir todo eso...

Amigo: miau, miau

Escritor: cierto, no tienes comida.



Rubí de los Milagros Simental Ibáñez



El país que conocí a través de las terapias

84



Diana Laura Prieto Torres

Hay países que se conocen viajando. Yo conocí el mío sentada frente a una mesa de terapia.

La primera vez que me senté frente a un paciente, pensé que iba a enseñar. Nunca imaginé que serían las niñas, los niños y sus familias quienes terminarían enseñándome el país en el que vivo.

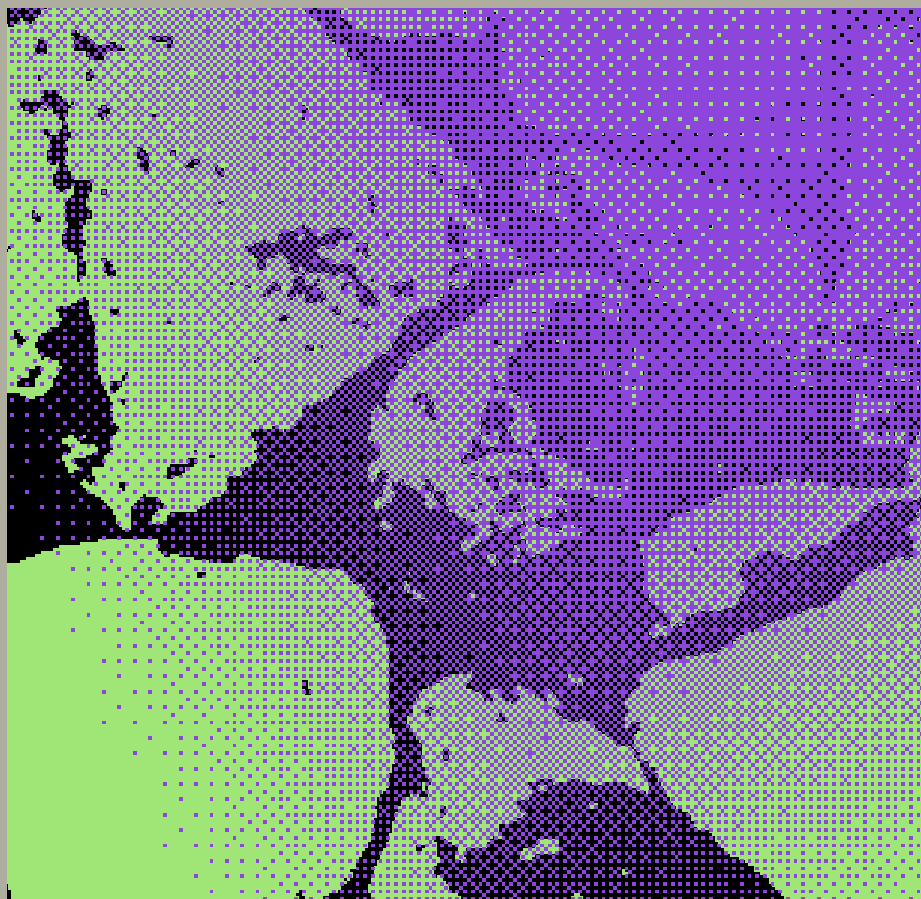
Cuando ingresé a estudiar Pedagogía imaginaba un futuro como docente, siguiendo el camino de mis padres, quienes dedicaron su vida a la educación pública. Creía que mi historia ya estaba escrita, hasta que mi servicio social en la Unidad de Educación Especial y Educación Inclusiva (UDEEI) cambió todo. Llegué pensando que ese no era mi lugar; sin embargo, bastaron unas semanas trabajando con niñas y niños con discapacidad y barreras para el aprendizaje para descubrir una vocación que no sabía que existía en mí. Comprendí que educar también era escuchar, acompañar y creer en quienes muchas veces habían sido subestimados.

Al concluir esa etapa acepté mi primer empleo en un centro terapéutico. Fue ahí donde confirmé que aquella experiencia no había sido una coincidencia, sino el inicio de la profesión que transformaría mi vida.

Mi primer paciente fue Diego, un niño de casi seis años que puso a prueba toda la seguridad con la que llegué. Al principio pensé que nunca lograría conectar con él. Meses después, cuando respondió por primera vez a una indicación con tranquilidad, entendí que los cambios más importantes comienzan con pequeños avances. Ese día confirmé que quería dedicar mi vida a las terapias.

Con el tiempo conocí a muchas familias, pero hubo una que cambió para siempre mi manera de entender la inclusión. Leo tenía dificultades en el habla y era tan tímido que apenas convivía con otros niños. Isabella, una niña con trastorno del espectro autista TEA, lloraba constantemente, dormía muy poco y algo tan cotidiano como cepillarse el cabello parecía imposible. Mientras ellos enfrentaban sus propios retos, sus padres luchaban contra el cansancio, los gastos y la incertidumbre de no saber si algún día sus hijos encontrarían un espacio donde fueran comprendidos.

Meses después, la mamá de Leo llegó emocionada para contarme que su hijo ya pronunciaba con claridad las palabras, recitaba trabalenguas y, por primera vez, tenía amigos en la escuela. Tiempo después, Isabella salió del consultorio con el cabello cepillado. Ese día, mis padres fueron testigos de cómo un gesto que parecía cotidiano representaba una enorme victoria. Su mamá rompió en llanto. No celebraba un peinado perfecto; celebraba algo que durante mucho tiempo creyó imposible. En ese momento comprendí que las terapias no solo transforman a quien las recibe: también sostienen familias enteras.





A lo largo de estos años he acompañado procesos de lenguaje, desarrollo cognitivo, regulación conductual y socioemocional, integración sensorial, motricidad y aprendizaje. Cada terapia es distinta porque cada persona también lo es. Ninguna historia merece ser reducida a un diagnóstico.

Con esa convicción decidí crear mi propio centro terapéutico: De la Mano Hacia el Éxito. Elegí ese nombre porque comprendí que el éxito no siempre significa obtener un título universitario, conseguir un buen empleo o cumplir las expectativas de la sociedad. A veces, el verdadero éxito consiste en pronunciar una palabra por primera vez, hacer un amigo, dormir una noche completa o derribar una barrera que parecía imposible.

Gracias a esta profesión conocí el trastorno del espectro autista TEA, el TDAH, el síndrome de Down y muchas formas distintas de experimentar el mundo. Pero, sobre todo, conocí personas extraordinarias. Ellas me enseñaron que detrás de cada diagnóstico existe una historia, una familia y un enorme potencial que solo necesita oportunidades para desarrollarse. Las terapias me enseñaron mucho más que técnicas de intervención; me enseñaron otra forma de entender el éxito, la inclusión y, sobre todo, a México.

Sueño con un México donde ninguna familia tenga que recorrer este camino sola; donde las terapias sean un derecho y no un privilegio; donde la inclusión deje de ser un discurso para convertirse en una realidad dentro de las escuelas, los espacios públicos y la vida cotidiana. Porque cuando una socie-

dad derriba barreras, no solo cambia la vida de una persona: avanza junto con ella.

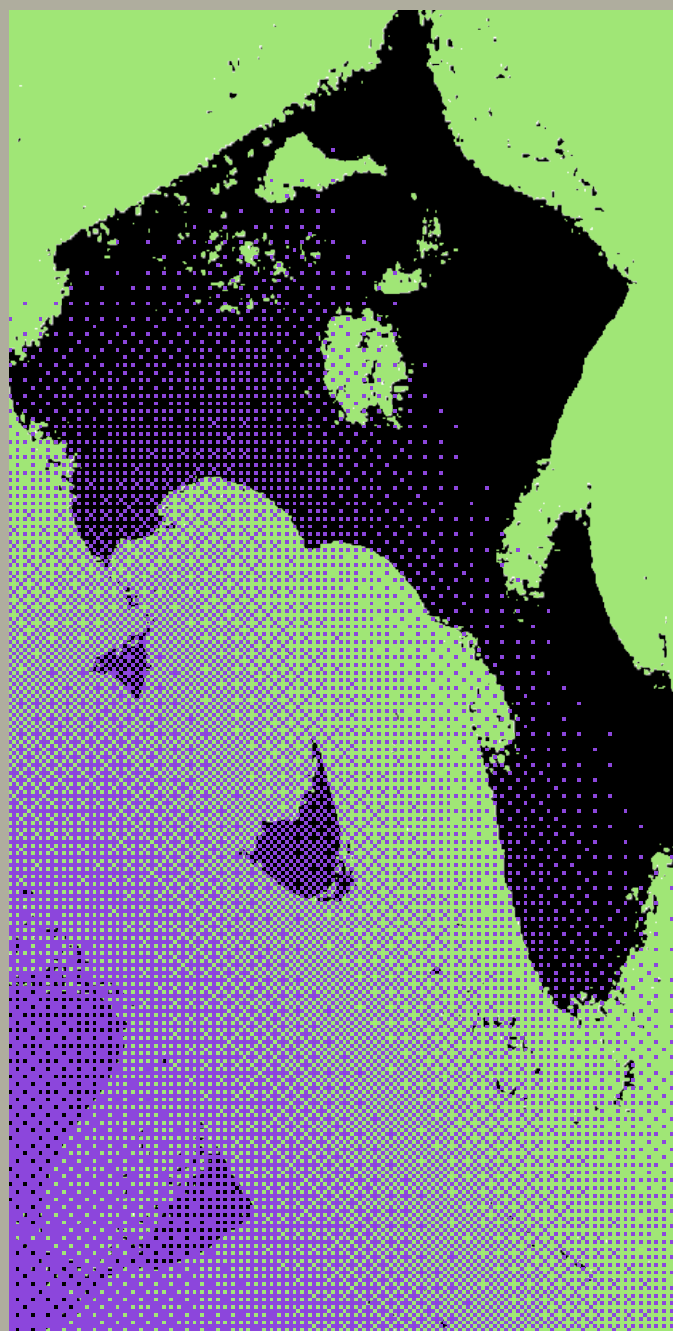
Elegí ser terapeuta pensando que ayudaría a cambiar la vida de algunas personas. Con el tiempo entendí que quienes cambiaron mi forma de ver a México fueron ellas. Las terapias me enseñaron que el éxito no se mide por las metas que la sociedad aplaude, sino por las barreras que una persona logra derribar. Mientras exista una sola persona esperando una oportunidad para ser escuchada, las terapias seguirán siendo mucho más que un tratamiento: serán un acto de justicia, de dignidad y de esperanza.



Quiero volver a encontrarme, quiero por fin conocerme, quiero volver a ser yo, no, corrijo QUIERO SER YO, la semana pasada me gustaba un chico, o más bien me atraía la idea de creer que yo le gustaba y es triste, porque desde pequeña ha sido difícil que yo le pueda llegar a gustar a alguien, antes era porque la falda de mi uniforme era demasiado larga, porque en secundaria no me atrevía a ir contra las reglas y no me maquillaba, porque mis calcetas o mis zapatos no eran los adecuados y en ese momento incluso tenía “amigas” que me decían que debía peinarme diferente, que debía plancharme el cabello, que debía ponerme listones o moños para ser más femenina e incluso decían que debía de ponerme brillo de labios así sin labial que eso me haría ver menos mal y que alguien en ese entonces solo así querría besarme, hoy por hoy, creo que ya hice las pases con mi cabello y no me agrada la idea de plancharlo, me gustan las trenzas, pero hace unos meses no me las hago porque me duele la cabeza, y le traigo unas ganas increíbles a las trenzas esas como tipo africanas, espero algún día pagarmelas, hoy por hoy sé que detesto los moños y los listones, creo que no van conmigo, hoy por hoy sé que detesto “enseñar” y que yo jamás haría algo así, hoy por hoy sé que soy morena, que no tiene nada de malo pero también que ponerme solo brillo labial se me ve fatal y que necesito labiales color tipo vino, cafés, rojo intenso, tengo un recuerdo muy presente de mis inseguridades, recuerdo muy particularmente a un chico,

¿ubican que hubo un tiempo en nuestra adolescencia que los chavos se besaban por tantos minutos o segundos solo porque sí, enfrente de

los demas? Pues un día me llamaron a mi, hubo alguien con quién me debía besar por un minuto y medio, ese chico estaba dispuesto pero yo no accedí porque creí que se querían burlar de mí, me parecía incorrecto besarme con alguien sin que me gustara y delante de muchas otras personas me diera lo que en ese momento sería mi primer beso, sin amor, sin tener una relación y solo porque sí, después de años ese chico me mandó un mensaje, me confesó que en ese entonces yo le gustaba, que esa persona que me había llamado para el beso era él único quien lo sabía y que le había pedido el favor porque él quería besarme, peor aún, nunca fue capaz de decirme que le gustaba, creía que se querían burlar y me causo más inseguridad de la que ya sentía conmigo misma, en ese entonces dejaba que cualquier persona dijera quien soy





o como debía ser, hoy por hoy me sigo sintiendo inferior y me cuesta sentirme bien conmigo misma, sigo permitiendo que otros decidan mi valor, hace unos cinco días aún me ponía nerviosa por ese mensaje “de él” y me di la regañada de mi vida yo sola, que hago yo inventándome que soy alguien que no soy, solamente por querer atraerle a una persona en específico o solo porque ya me había imaginado que él sería quien me regalara flores por primera vez, realmente había imaginado esto: que llegaban flores a la escuela y que una de las secretarias me decía: licenciada Trini le mandaron flores, que era un ramo medianito con lilies y rosas con una tarjeta

que decía: las mereces solo por ser tú atte. Fulano, que ilusa yo, que no sé que es que te regalen flores, tengo muy presente que no te responde quien no te quiere responder, no es porque la persona este ocupada o algo por el estilo, es simplemente que no quiere, hoy en día los jóvenes pasamos el día entero con el celular incluso teniendo muchas cosas que hacer, además, ¿puede ver mis historias, pero no puede responder? JAJAJA pues que pendeja yo, leí la conversación que llevábamos (quiero aclarar que ya se pasó la adrenalina que sentía) caí en cuenta que me estaba gustando porque me hacía sentir viva y también deseada, pero tampoco me hacía sentir lo que yo quiero que me hagan sentir: que puedo ser yo y que soy amada, que hacía yo en la conversación bien inventada disque con una vida perfecta, la más cool y profesional con un futuro brillante y “contactos”, con casa, carro y hasta un perro a mi nombre, aunque claro que voy a tener un futuro brillante porque espero

en Dios y porque sé que me estoy esforzando pero no soy esa que estaba siendo con él, yo soy romántica, apasionada y poeta, me gusta escribir lo que siento, pero él me hacía sentir vergüenza de mis sentimientos porque me estaba quejando de más, porque debo vivir mi vida en privado, porque no está mal tener secretos, porque no debería publicar ciertas cosas en redes, pero es que aver, la realidad es que desde que era pequeña me gustaba mucho escribir, tenía siempre conmigo una libretita escondida en dónde escribía absolutamente todo, si estaba triste o feliz, si alguien me gustaba y hasta quien era, si me sentía un bicho raro y la más excluida, y dejar de ser yo por atraerle a alguien, el día de hoy me parece lo mas innecesario y tonto que yo podría hacer, ya habrá alguien en este mundo que quiera quedarse a amarme incluso cuando me sienta un caos y que abraza todo lo que por años creí que era un defecto, tal vez haya alguien que se enamore de mí cabello que parece melena de león, talvez haya alguien que se enamoró de mis rarezas y de mis brackets, talvez haya alguien que se enamore de mí por ser yo misma, tal vez haya alguien que me vea mil kilos arriba de mi peso ideal toda obesa pero él físico no le parezca el punto principal más importante para salir con alguien, tal vez algún día pueda ser yo completamente sin esconderme y me sienta segura e incluso en confianza, tal vez alguien algún día me haga entender que todo eso que hoy parece un defecto horrendo me hace ser yo, mientras tanto, yo no debo ocultarme por culpa de nadie, porque una vela no se hizo para estar debajo de la mesa, se hizo para alumbrar y yo también tengo mi peculiar y extraordinaria manera de brillar.



La vida fluye de una manera tan rápida que pocas veces nos detenemos a analizar, ¡sí!, analizar. Damos por hecho que nuestros gustos y nuestras ideas nos pertenecen por completo, como si siempre hubieran estado ahí, pero ¿realmente nos pertenecen? Mucho de lo que hoy somos se ha forjado desde que apenas tenemos memoria, las cosas que nos gustan, las causas que defendemos, la forma en la que nos vestimos, e incluso la música que escuchamos.

Pero, de cierta forma mucho comienza porque queremos pertenecer. Y es que nadie disfruta sentirse diferente todo el tiempo. Ser aceptados es una necesidad profundamente humana. Todos, en mayor o menor medida, hemos suavizado alguna parte de nuestra personalidad para encajar en un grupo, para evitar el rechazo o para sentirnos parte. Y es que el problema de pertenecer es dejar de pertenecernos a nosotros mismos.

Sin darnos cuenta hemos abandonado nuestra propia esencia en el camino, tal vez lo que defendíamos o incluso nuestro color favorito cambió, pero no por elección propia, aunque creas que sí, analízalo un poco más, ¿la música que hoy te gusta es por elección propia o comenzó a gustarte porque un día alguien más te dijo algo como “mira mejor escucha esto”?, o el color que te gusta, ¿te gusta realmente o comenzó a gustarte cuando te dijeron que “el verde es poco femenino” o que “el rosa no es para niños”?.

Imagínalo algo así, un día un adolescente borra una canción de su playlist porque sus amigos se bur-

laron. O imagina a alguien que un día decide que dejará de levantar la mano para opinar porque la gente siente que siempre lo haces.

Muchas veces perdemos nuestra autenticidad por encajar, dejamos de defender las causas que nos movían por defender algo más “común”, deja de gustarnos nuestra música favorita, por pertenecer, por sentirnos parte de algo, por ser parte de un grupo, de un equipo, y sin darnos cuenta un día nos perdimos por completo, ya no recordamos porque comenzamos a hacer lo que hoy hacemos, ya no recordamos esa canción que tanto nos gustaba o esa película que amábamos ver los fines de semana, y no digo que este mal cambiar, eso está perfecto, muchas veces es muy positivo, lo que está mal es perdernos, no recordar por que hacemos lo que hacemos, pero más allá de todo, dejar de ser nosotros por encajar. Y así es como el mundo se esta haciendo más gris, y, digo, no pasa nada si te gusta ese color, pero has notado el mundo esta perdiendo su diversidad, sus colores, hoy somos un montón de iguales conviviendo con más iguales y con algunos otros que quieren convertirse en iguales, limando sus orillas para entrar en la parte incorrecta del rompecabezas.

Cambiar es inevitable.

Todos cambiamos.

Maduramos.

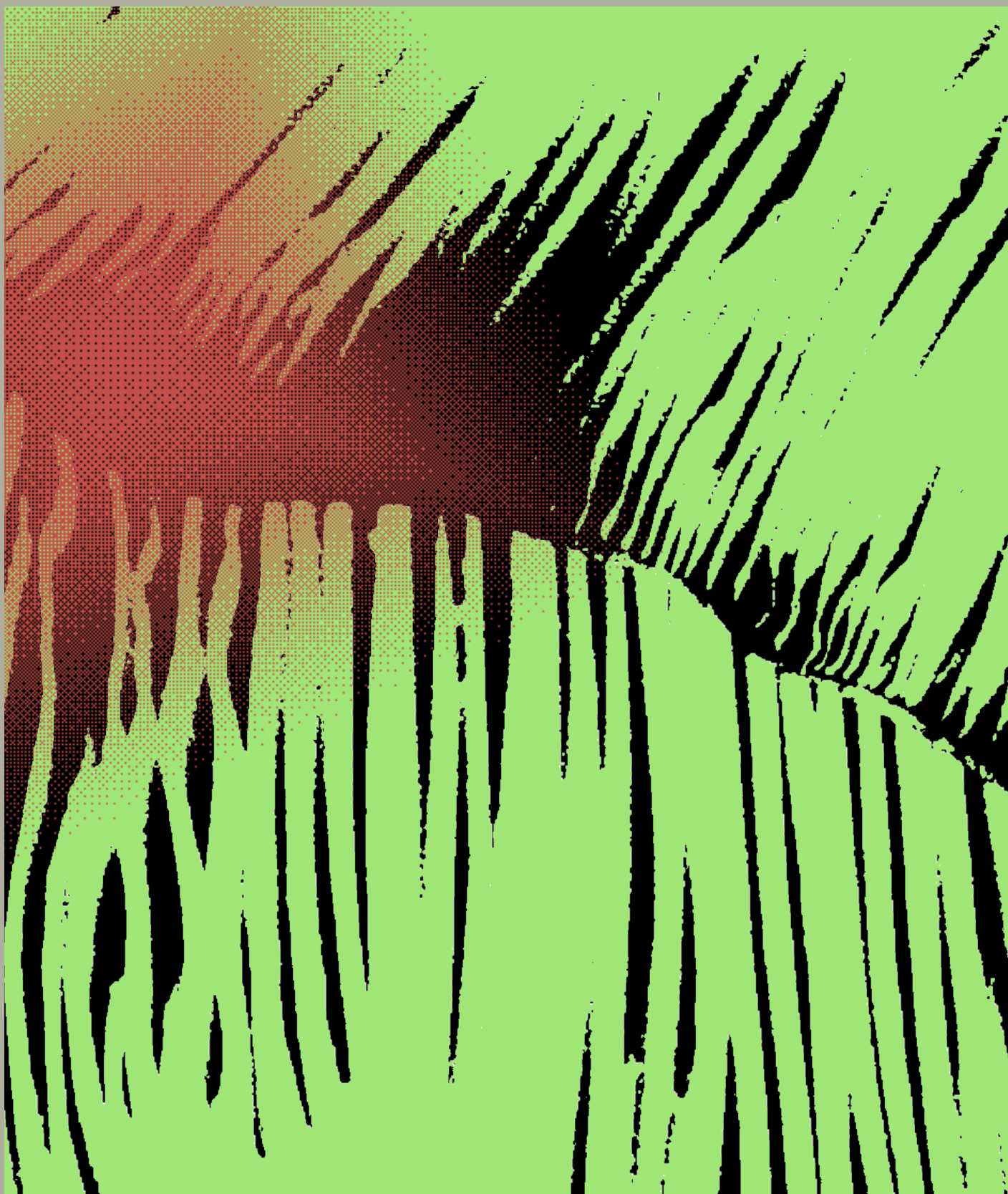
Aprendemos.

Nos deconstruimos.



Pero hay una diferencia enorme entre evolucionar y diluirse. Tal vez las pérdidas más importantes de nuestra vida sean justamente esas que ni siquiera notamos. No hacen ruido. No duelen. No tienen una despedida. Simplemente un día dejamos de hacer algo que que era muy nuestro y seguimos como si nada hubiera sucedido. Pero sin aviso un día ya no somos más nosotros, es como morir en vida. Y es ahí donde sufrimos la mayor pérdida de nuestras vidas, la que no deberíamos permitirnos, la única

que realmente podemos evitar, y si duelen tanto las pérdidas, ¿por qué nos permitimos la más triste de todas?.



El relevo que México necesita

90



Adriel Cuevas Chande

Durante décadas, a las y los jóvenes nos han hecho creer que los asuntos públicos son exclusivamente para quienes tienen mayoría de edad y cuentan con recursos económicos, contactos o influencias.

El sistema nos desacredita constantemente por falta de “experiencia”. Se nos subestima y se nos cierran las puertas para participar en la vida pública de nuestra nación.

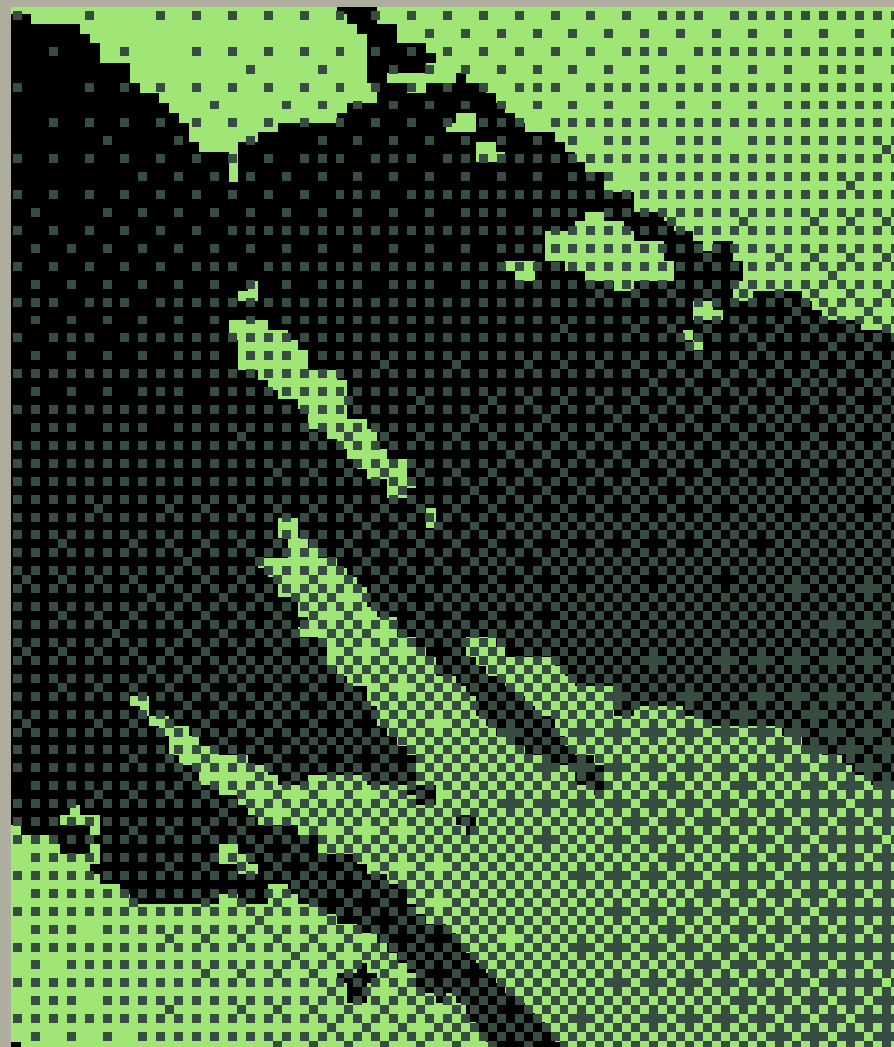
Nos han intentado mantener lejos de la toma de decisiones de nuestro país. Y aunque suene duro, quienes hoy trazan el rumbo de México, probablemente no estarán aquí para vivir las consecuencias de la historia que están escribiendo.

Lo que no han entendido es que las juventudes ya estamos construyendo el futuro de México.

Lo acabamos de presenciar en el deporte: con Gilberto Mora, un futbolista de 17 años que nos hizo sentir orgullosos a las y los mexicanos, portando la playera del tricolor.

Con Gabriela Agúndez, una clavadista mexicana olímpica que, con menos de 25 años, obtuvo la tercera posición en Tokyo 2020.

O con Marco Alonso Verde, quien ganó la medalla de plata en París 2024; y le demostró al mundo que un mexicano puede recibir golpes, pero nunca echarse para atrás. Podríamos seguir citando a más jóvenes excepcionales, no sólo en el deporte, sino también en la ciencia, en la tecnología o en el activismo, pero entonces:



¿Por qué unos cuantos siguen creyendo que en política la capacidad depende de la edad?

¿Por qué invalidar la opinión de alguien, sólo porque no es del milenio pasado?

¿Por qué creen que una persona joven no puede participar en la arena pública y contribuir con su visión y su realidad, en la construcción de un mejor país?



México necesita nuevas ideas, la energía, la disposición y, sobre todo: la participación de las y los jóvenes. Lamentablemente, quienes asumen el liderazgo de este país, han preferido asumir a las juventudes como una fuerza pasiva, y no como actores capaces de generar alternativas y soluciones para los grandes problemas que enfrenta el país.

Las juventudes pagaremos los platos rotos de quienes han actuado ante el pueblo y ante el mundo con impulsos, con intereses personales y sobre todo, con ignorancia. No pedimos participación e incidencia en espacios de toma de decisiones por una cuestión de edad, sino por una cuestión de responsabilidad.

Quienes vamos a vivir el México de los próximos treinta o cuarenta años también debemos tener voz, voto e intervención para ayudar a construirlo desde hoy.

Los datos reflejan que el relevo generacional todavía está lejos de ser una realidad. En la Cámara de Diputados, integrada por 500 legisladoras y legisladores, menos de 30 tienen entre 18 y 29 años.

En el Senado de la República la situación es todavía más evidente. La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos establece, en su artículo 58, que para ser Senador se requiere tener al menos 25 años de edad. Aun así, de los 128 escaños que integran la Cámara Alta, apenas cinco son ocupados por personas de entre 25 y 29 años.

Si las juventudes representamos una parte importante de la población mexicana y somos más de 20 millones de personas que conforman el padrón electoral, ¿por qué nuestra voz sigue siendo tan reducida en los espacios donde se toman las decisiones más importantes del país?

Mientras los mismos de siempre debaten si somos lo suficientemente maduros, capaces o cuestionan nuestra forma de hacer las cosas, nosotros ya estamos ganando medallas, ya estamos llenando estadios de orgullo, ya estamos construyendo el país que ellos han dejado a medias.

Porqué nosotros también entendemos y sabemos lo que necesita México. México necesita que la vivienda sea asequible para todas y todos. México necesita un sistema de cuidados digno para quienes entregan su vida para cuidar la de los demás. México necesita que las y los trabajadores tengan un salario digno y una jornada humana. Las y los jóvenes crecimos viendo a nuestros padres tronarse los dedos para llegar a fin de mes, cubrir la renta y salir de casa para traer un sustento. Mientras que los de siempre se acordaban de ellos sólo en tiempos electorales.

Somos testigos de cómo van a nuestras casas, tocan nuestras puertas y nos prometen que todo va a cambiar, si les damos por milésima vez nuestra confianza.

Estoy seguro de que muchos estamos cansados y cansadas de lo mismo de siempre. Así que no. No vamos a esperar treinta años a que nos cedan un espacio. Vamos a sentarnos, porque nos corresponde. México no necesita más discursos sobre

UtopIA: la revolución que destruirá para crear

92



Adrian Martinez Perez

La IA promete una era de abundancia, pero antes nos obligará a redefinir el trabajo, la economía y el significado de ser humanos.

La revolución ya comenzó. Toda generación hereda una pregunta. La nuestra heredó una inteligencia capaz de responder a casi cualquier cosa, excepto una: ¿qué lugar ocupará el ser humano cuando deje de ser indispensable para producir?

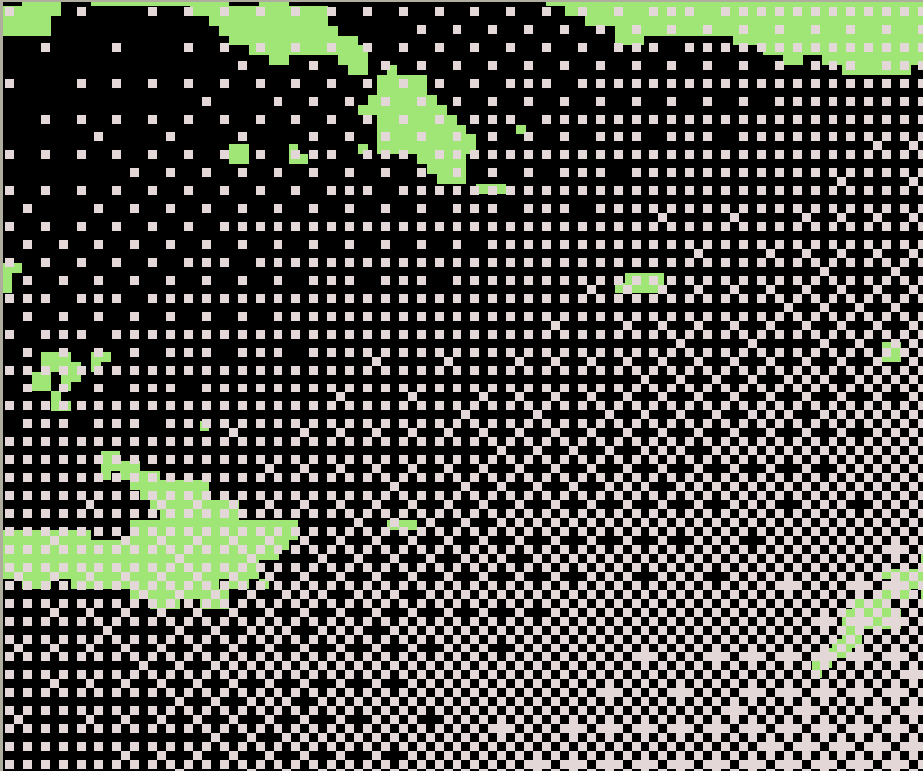
Desde el lanzamiento de ChatGPT en 2022, la Inteligencia Artificial dejó de ser una herramienta de unos cuantos para convertirse en una herramienta multiusos masiva. Hoy, desde grandes bancos hasta la señora de la tiendita buscan hacer más con menos. Pero, como toda revolución, tiene un costo, en este caso, una paradoja.

La paradoja es simple, pero peligrosa: la IA vuelve a las empresas significativamente más eficientes y rentables, pero, al mismo tiempo, amenaza con reducir el número de consumidores que sostienen esa misma economía. ¿Quién comprará los productos de las empresas ultraeficientes si millones de personas dejan de encontrar un lugar en esa nueva economía debido a los despidos masivos generados por la IA?

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) publica proyecciones sobre el impacto de la IA en

el empleo durante los próximos años. ¿El error? Están viendo el desarrollo e implementación tecnológica de manera lineal, cuando en realidad es exponencial. Cada nuevo lanzamiento tecnológico, por pequeño que parezca, acelera en potencia futuras innovaciones.

Ciertamente se crearán nuevos trabajos, tal como lo fue Community Manager con el nacimiento de las redes sociales. Pero esta revolución es distinta. Las innovaciones anteriores sustituían tareas específicas y repetitivas; la IA tiene la capacidad de resolver múltiples funciones cognitivas simultáneamente: analizar, redactar, programar, diseñar y tomar decisiones.



Más allá del instinto

La autoconciencia como
evolución humana

93



Abraham Navarro

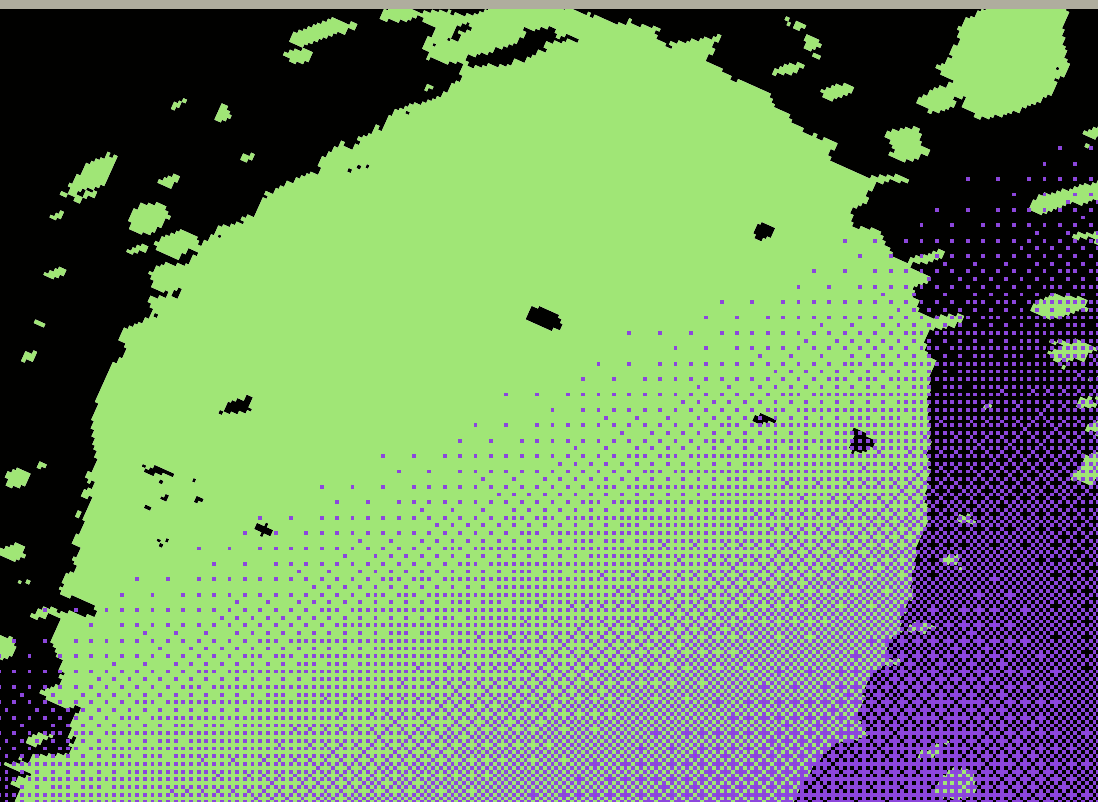
A diferencia del resto de las especies que habitan este mundo, el ser humano posee una cualidad única y transformadora; la capacidad de ser plenamente consciente de su existencia. Esta noción de nuestro propio ser nos ha permitido convertirnos en arquitectos de nuestro entorno, tanto material como interior. A lo largo de la historia, el autoco-
nocimiento ha sido la herramienta con la que la humanidad ha intentado descifrar sus instintos, decidiendo cuáles reprimir y cuáles potenciar. Bajo esta premisa, se vuelve evidente que el ser humano, al estar más consciente de su naturaleza y existencia, se perfecciona a sí mismo como especie, siendo capaz de inhibir los males propios de su biología y obteniendo una vida de mayor propósito y significado. Por lo tanto, los dolores que aún aquejan a nuestras sociedades no son fatalidades inevitables, sino el resultado de nuestro propio fracaso al generar conciencia, continuando así el ciclo de alimentar una naturaleza primitiva que nos condiciona a perpetuar el sufrimiento humano.

Para comprender el verdadero alcance de la autoconciencia, es indispensable mirar hacia atrás y

descifrar el origen de nuestros impulsos más primitivos.

La conducta humana, ha sido origen de diversas ideas que han intentado dar explicación a la misma, pero en la presente reflexión se tomarán dos ideas fundamentales como lo son: «La Selección Natural» y «La Teología Cristiana» Por un lado, la perspectiva de la selección natural plantea que somos el producto de miles de años de evolución biológica, nuestra naturaleza animal fue moldeada bajo la ley de una adaptación cada vez más cambiante, es decir, que fuimos programados con instintos de supervivencia agresivos, donde el egoísmo, la desconfianza hacia lo extraño y la violencia eran herramientas necesarias para asegurar los recursos y la descendencia. Por otro lado, la teología cristiana aborda esta misma realidad mediante el concepto del pecado original, siendo la noción que ilustra la caída del ser humano y su inclinación inherente hacia el egoísmo, la soberbia y la destrucción.

Lo fascinante es que estas dos perspectivas que en un inicio aparentan ser opuestas, nos ofrecen un mismo diagnóstico y coinciden en una perspectiva interesante «El ser humano es una especie que ha venido al mundo con una herencia pesada que condiciona a su naturaleza al conflicto», por lo tanto, cuando permitimos que estos impulsos primitivos ya sea que les llamemos instintos animales o inclinación al pecado, gobiernen nuestras decisiones sin el filtro de la razón, el resultado inevitable es el sufrimiento y el caos social.





Es precisamente ante este determinismo biológico y moral donde emerge la mayor virtud de nuestra especie, la virtud del pensamiento reflexivo y la noción de la propia existencia. A diferencia del resto de los seres vivos, que actúan movidos por el instinto, el ser humano es el único capaz de convertirse en un observador de su propio mundo interior. Esta capacidad de mirarnos a nosotros mismos es lo que comúnmente llamamos «autoconocimiento», una facultad que nos permite entender nuestra naturaleza, reprimir ciertos impulsos destructivos, moldear nuestras conductas o potenciar nuestras virtudes. La noción de que existimos nos da la capacidad de dejar de ser esclavos de la biología y convertirnos en amos de nuestra conducta.

Al entender las leyes de la naturaleza, el ser humano ha sido capaz de combatirlas y reescribirlas a su favor, gracias a este despertar, la incertidumbre del entorno exterior y el dominio de los depredadores dejaron de ser amenazas fatales, aprendimos a prever el futuro, acumular agua y comida, domesticamos el entorno y fuimos conscientes de nuestra propia reproducción. Quizás el triunfo más noble de este proceso es que logramos concebir la idea de una sociedad guiada por la conciencia, que ser físicamente débil ya no significa ser vulnerable, pues desarrollamos la medicina y la empatía para proteger a los más desfavorecidos, entonces, la autoconciencia, es el mecanismo mediante el cual transformamos el instinto de supervivencia en un acto de trascendencia colectiva.

Para ejemplificar esto a lo que llamamos «Auto-

conciencia» existe un fenómeno cotidiano que ilustra esta conducta, ese fenómeno es la gastronomía. Para cualquier otra especie, alimentarse es un acto instintivo, una respuesta para saciar el hambre, recuperar fuerzas y evitar la muerte. Sin embargo, el ser humano intervino este proceso meramente biológico y decidió dotarlo de sentido y trascendencia. Con la gastronomía, la humanidad demostró que es dueña de su naturaleza, dejando de comer únicamente para sobrevivir y transformando el alimento en una fuente de disfrute sensorial.

El trayecto de la humanidad demuestra que no estamos condenados a ser prisioneros de esa herencia biológica, si bien es cierto que compartimos impulsos primitivos también poseemos la capacidad de elevarnos sobre ellos. Solo cuando asumamos plenamente la «Autoconciencia» de nuestra naturaleza, seremos capaces de mitigar nuestro sufrimiento como especie y construir una existencia humana guiada por el sentido y la trascendencia.

Más allá del instinto

La autoconciencia como
evolución humana

95

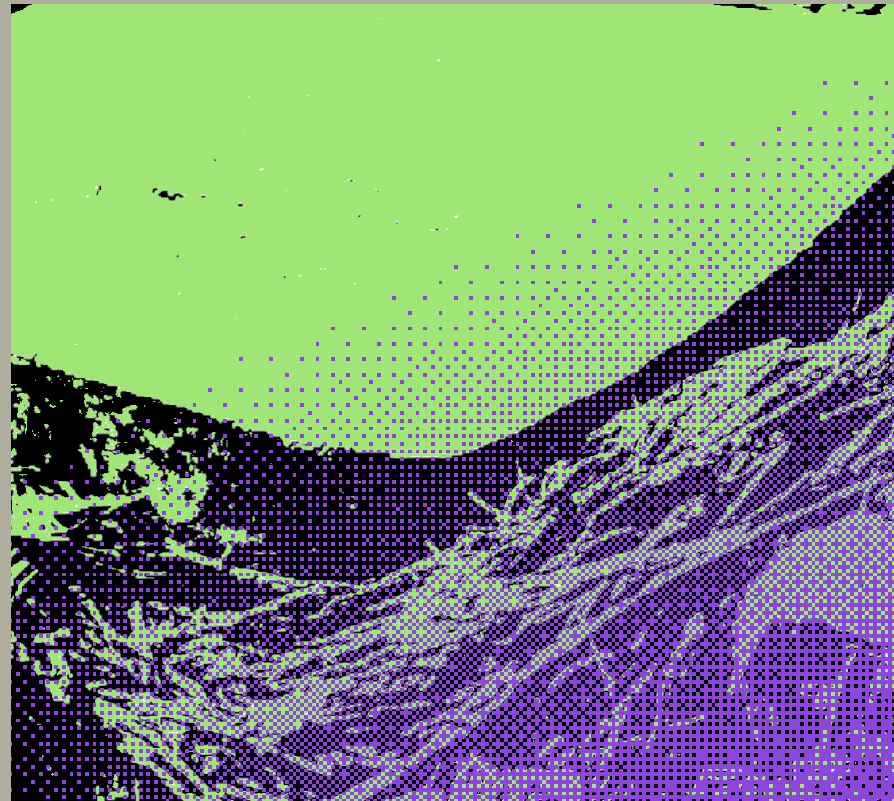


Abraham Navarro

A diferencia del resto de las especies que habitan este mundo, el ser humano posee una cualidad única y transformadora; la capacidad de ser plenamente consciente de su existencia. Esta noción de nuestro propio ser nos ha permitido convertirnos en arquitectos de nuestro entorno, tanto material como interior. A lo largo de la historia, el autoco-
nocimiento ha sido la herramienta con la que la humanidad ha intentado descifrar sus instintos, decidiendo cuáles reprimir y cuáles potenciar. Bajo esta premisa, se vuelve evidente que el ser humano, al estar más consciente de su naturaleza y existencia, se perfecciona a sí mismo como especie, siendo capaz de inhibir los males propios de su biología y obteniendo una vida de mayor propósito y significado. Por lo tanto, los dolores que aún aquejan a nuestras sociedades no son fatalidades inevitables, sino el resultado de nuestro propio fracaso al generar conciencia, continuando así el ciclo de alimentar una naturaleza primitiva que nos condiciona a perpetuar el sufrimiento humano.

Para comprender el verdadero alcance de la autoconciencia, es indispensable mirar hacia atrás y descifrar el origen de nuestros impulsos más primitivos.

La conducta humana, ha sido origen de diversas ideas que han intentado dar explicación a la misma, pero en la presente reflexión se tomarán dos ideas fundamentales como lo son: «La Selección Natural» y «La Teología Cristiana» Por un lado, la perspectiva de la selección natural plantea que somos el producto de miles de años de evolución biológica, nuestra naturaleza animal fue moldeada



da bajo la ley de una adaptación cada vez más cambiante, es decir, que fuimos programados con instintos de supervivencia agresivos, donde el egoísmo, la desconfianza hacia lo extraño y la violencia eran herramientas necesarias para asegurar los recursos y la descendencia. Por otro lado, la teología cristiana aborda esta misma realidad mediante el concepto del pecado original, siendo la noción que ilustra la caída del ser humano y su inclinación inherente hacia el egoísmo, la soberbia y la destrucción.

Lo fascinante es que estas dos perspectivas que en un inicio aparentan ser opuestas, nos ofrecen un mismo diagnóstico y coinciden en una perspectiva interesante «El ser humano es una especie que



ha venido al mundo con una herencia pesada que condiciona a su naturaleza al conflicto», por lo tanto, cuando permitimos que estos impulsos primitivos ya sea que les llamemos instintos animales o inclinación al pecado, gobiernen nuestras decisiones sin el filtro de la razón, el resultado inevitable es el sufrimiento y el caos social.

Es precisamente ante este determinismo biológico y moral donde emerge la mayor virtud de nuestra especie, la virtud del pensamiento reflexivo y la noción de la propia existencia. A diferencia del resto de los seres vivos, que actúan movidos por el instinto, el ser humano es el único capaz de convertirse en un observador de su propio mundo interior. Esta capacidad de mirarnos a nosotros mismos es lo que comúnmente llamamos «autoconocimiento», una facultad que nos permite entender nuestra naturaleza, reprimir ciertos impulsos destructivos, moldear nuestras conductas o potenciar nuestras virtudes. La noción de que existimos nos da la capacidad de dejar de ser esclavos de la biología y convertirnos en amos de nuestra conducta.

Al entender las leyes de la naturaleza, el ser humano ha sido capaz de combatirlas y reescribirlas a su favor, gracias a este despertar, la incertidumbre del entorno exterior y el dominio de los depredadores dejaron de ser amenazas fatales, aprendimos a prever el futuro, acumular agua y comida, domesticamos el entorno y fuimos conscientes de nuestra propia reproducción. Quizás el triunfo más noble de este proceso es que logramos concebir la idea de una sociedad guiada por la conciencia, que ser

físicamente débil ya no significa ser vulnerable, pues desarrollamos la medicina y la empatía para proteger a los más desfavorecidos, entonces, la autoconciencia, es el mecanismo mediante el cual transformamos el instinto de supervivencia en un acto de trascendencia colectiva.

Para ejemplificar esto a lo que llamamos «Autoconciencia» existe un fenómeno cotidiano que ilustra esta conducta, ese fenómeno es la gastronomía. Para cualquier otra especie, alimentarse es un acto instintivo, una respuesta para saciar el hambre, recuperar fuerzas y evitar la muerte. Sin embargo, el ser humano intervino este proceso meramente biológico y decidió dotarlo de sentido y trascendencia. Con la gastronomía, la humanidad demostró que es dueña de su naturaleza, dejando de comer únicamente para sobrevivir y transformando el alimento en una fuente de disfrute sensorial.

El trayecto de la humanidad demuestra que no estamos condenados a ser prisioneros de esa herencia biológica, si bien es cierto que compartimos impulsos primitivos también poseemos la capacidad de elevarnos sobre ellos. Solo cuando asumamos plenamente la «Autoconciencia» de nuestra naturaleza, seremos capaces de mitigar nuestro sufrimiento como especie y construir una existencia humana guiada por el sentido y la trascendencia.

La libertad no ha
muerto,
porque vive a través de
quienes alzan la voz.
Mediante la palabra
se desencadenan
las revoluciones.

Una reflexión sobre la importancia de la palabra como expresión de la libertad y como motor de lucha social y política.

Todavía estamos a tiempo

Todavía estamos a tiempo de transformar nuestras dudas en oportunidades, creer en nuestras causas y demostrar que nunca es tarde para construir el futuro que queremos.

ARCHIVO 21 es una publicación digital gratuita de Movimiento Ciudadano, con la contribución de las juventudes mexicanas. Busca plasmar las perspectivas de las personas menores de 29 años sobre su realidad social y percepción de México y el mundo, creando una crónica del momento presente.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida bajo ninguna forma o por ningún medio sin permiso por escrito del titular de los derechos.

Primera edición: agosto 2026

Movimiento Ciudadano, Partido Político Nacional.

Louisiana 113, esquina Nueva York, Col. Nápoles, Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, C.P. 03810.

Elaborado por la Comisión Nacional Editorial:

Rodrigo Cordera Thacker

Coordinador de la Comisión Nacional Editorial

Germán Alejandro Valdez Servín

Secretario Técnico de la Comisión Nacional Editorial

Giovanni Gamba

Editor en Jefe

Diego Gamba

Diseño Gráfico

